La taxista de EDIMBURGO



Antonia García Lozano

La taxista de

EDIMBURGO

Antonia García
Lozano

Sello: Independently published

Título: LA TAXISTA DE EDIMBURGO
Antonia García Lozano © 2024

Cubierta: Rubén y Raquel Ortega
Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Nota de la autora

Apreciado lector, en primer lugar, quiero presentarme para que nos conozcamos un poco mejor. Soy una autora vocacional que disfruta escribiendo y por esa razón te doy las gracias por haber escogido esta lectura. Es la sexta novela que publico, aunque con la misma ilusión que las anteriores. Espero que disfrutes de las páginas que estás a punto de descubrir. Como siempre, yo estaré esperando tu reseña y opinión. Puedes pensar que es irrelevante querer conocerlas, pero te aseguro que para mí son importantes. Los comentarios de los lectores me ayudan a continuar avanzando en el difícil recorrido de la autopublicación.

Por suerte, para este sueño de la escritura, cuento con el apoyo incondicional de mi familia, a la que adoro y me empujan a ir hacia adelante. Por otro lado, gracias a las redes sociales, estoy conociendo a geniales personas que también me acompañan en este camino, tanto lectores como autores.

La idea de esta novela surgió un buen día cuando yo paseaba por Barcelona. Antes de cruzar una calle muy transitada, en la que por cierto en aquel momento no funcionaba un semáforo, una amable conductora paró su taxi en un paso de cebra, cediendo el paso a quienes esperábamos cruzar la calle. Por supuesto, di las gracias con una sonrisa y con la mano levantada. Muy propio de mí, suelo sonreír con frecuencia. Algunos de vosotros podéis pensar que aquel día, la taxista estaba en la obligación de pisar el freno del vehículo para dar prioridad a los transeúntes, pero otros pensaréis como yo, que no todos los conductores los respetan y cuando lo hacen, considero que lo correcto es darles las gracias por su acción. Así fue como ella me inspiró a escribir sobre su trabajo y por entonces decidí crear esta obra basándome en una mujer taxista. Pretendí que la novela fuera romántica y aquí tienes el resultado.

En esta ocasión, encontrarás la historia de una mujer española que, en el año 2024, decide ejercer como taxista en la capital escocesa. Su vida dio un giro inesperado cuando cumplió los quince años, en el año 2014. En plena adolescencia, una difícil tormenta personal se cruzó en su camino de manera irremediable. Dicen que después de una fuerte tempestad, siempre sale el sol y con la estrella luminosa, hay un esperanzador rayo de luz. He de decir, que nunca he viajado a Escocia, digamos que es uno de mis sueños pendientes de realizar. No sé si podré visitarla alguna vez, pero mientras tanto, decidí escribir unas líneas sobre el mágico país del Reino Unido del que tanto he oído hablar.

Los hechos y nombres de los personajes de esta trama son ficticios, si hay algún dato que pueda resultar conocido, es pura casualidad.

Una vez más, te agradezco que emprendas este insólito viaje por la mágica carretera de las letras, sobre todo que quieras conocer a Keyla, la emprendedora taxista. Una chica como cualquier otra, con defectos y virtudes.

Deseo que el contador del taxímetro de la conductora marque para ti unas entretenidas horas hasta que leas la palabra FIN en la última página.

Capítulo 1



Un pasado que deja huella

Keyla Cárpena Báez, nuestra profesional protagonista, ha cumplido los veinticinco años en la actualidad, año 2024. Tuvo una bonita infancia junto a sus padres que la han mimado toda su vida.

Los considera sus héroes, los clásicos héroes de cine de ficción que son capaces de derrotar al enemigo con valentía para proteger de todo mal a quienes más quieren. Se sentía segura estando con ellos y, de hecho, hoy día, sigue admirando a sus protectores.

Nunca tuvo miedo de nada, fue una niña extrovertida que jugaba con sus amigos tanto con muñecas como con coches teledirigidos y muchos otros más, sus juguetes no eran sexistas.

El tiempo transcurrió, dejó la infancia atrás, su vida cambió años después. De la niña que fue, quedó algo en su interior.

Nunca se esfumó su espíritu emprendedor, pero a partir de cumplir los quince años, las circunstancias en casa iban a ser otras muy diferentes a las que había vivido hasta entonces.

A esa edad, vivió una complicada situación para ella. La separación de sus padres en el año 2014, la dejó muy abatida.

Fue la razón de su amargura, la que tantos quebraderos de cabeza le iban a dar en el futuro. Les había visto felices y nunca hubiera sospechado que iban a darle esa noticia.

Keyla jamás pudo imaginarse que una sólida relación como la suya, tuviera un punto y final.

No estaba preparada para saberlo, fue difícil admitirlo. Aunque algunos padres de sus amigas habían pasado por la misma situación, nunca habría dicho que los suyos irían por ese camino.

No lo entendía por más que ellos intentaban que entrara en razón.

Hay épocas que dejan buenos o malos recuerdos y para ella no fue distinto.

Sufrió bastante a nivel personal durante aquellos amargos días, eso la dejó muy desanimada a nivel emocional.

Con los años, no ha querido creer en el amor debido a los hechos de entonces. Aún se niega a tener ese sentimiento hacia un hombre. Ha creado a su alrededor una invisible barrera difícil de atravesar. Desconfía de cualquier chico que intenta mantener una relación duradera con ella.

Al cumplir los catorce años, soñaba con una vida digna de princesa de cuento de hadas. Imaginaba vivir junto a su guapísimo príncipe azul.

Un año después, a los quince, la ruptura de sus padres, quienes ella creía que formaban una pareja idílica, desmoronó por completo su castillo y el príncipe de sus sueños se desvaneció como por arte de magia.

Pese a que intentó seguir creyendo en las fábulas, no lo consiguió.

Estaba desencantada por completo del amor.

Para que la conozcas un poco mejor, antes de seguir con su historia, te doy algunos datos más de Keyla.

Nació en un pueblo de Zaragoza, una lluviosa mañana de abril de 1999, es hija única. Algunas veces, añoró tener un hermano o hermana con quien haber jugado en su infancia, contarle sus miedos e inquietudes con plena confianza. Le hubiera gustado tener pequeñas trifulcas con él, típicas de hermanos, así como hacer travesuras juntos.

En definitiva, disfrutar de todo lo que supone tener un hermano a tu lado.

De pequeña se lo pedía con frecuencia a sus padres, los compañeros de colegio los tenían y contaban sus hazañas con ellos. Keyla veía injusto no poder hablar del suyo porque no existía. Siempre preguntaba cuándo vendría uno a casa, pero respondieron con alguna excusa. Años más tarde, supo que su madre jamás volvió a quedarse embarazada, pese a desear dar a luz a un segundo hijo. Los padres tampoco pudieron adoptarlo, pues la estrecha economía familiar se lo impidió.

La taxista es una mujer responsable, madura, independiente y sociable, segura de sí misma y con buen sentido del humor. La alegría de la huerta, tal como la llaman sus amigas, a las que suele contagiar su optimismo. También tiene carácter, no se deja manipular por nadie, a menudo es criticada entre sus conocidos por ser temperamental.

Expresa lo que siente tal como le viene en gana, sin tapujos, con sinceridad. En varias ocasiones, tiene pequeñas disputas con cualquiera de su entorno más cercano, sobre todo si cree que lleva la razón sobre algún tema.

No le importa dar su opinión, incluso si con ello queda mal, detesta la hipocresía y defiende con orgullo su percepción de la vida.

Es incapaz de fingir, gracias a ello su círculo de amistades se reduce a pocas personas. Sus amigos se pueden contar con los dedos de una mano. Prefiere tener buenos amigos y que sean verdaderos, que no muchos y falsos.

Odia que le sonrían a la cara y la critiquen por la espalda. Aunque es muy tolerante, intenta alejarse de las personas tóxicas y negativas, como también de las que buscan discusiones que no conducen a nada.

Tiene sueños que no ha podido cumplir, desde pequeña ha imaginado ser periodista, sin

embargo, no quiso seguir estudiando tras finalizar la enseñanza obligatoria. El hecho de tener que estar horas y horas delante de un libro para estudiar, le aburría y tuvo que desistir.

Cuando salió del colegio, comenzó a trabajar. Una amiga de su madre le ofreció un empleo en su negocio, una panadería. Allí estuvo hasta que aprendió a conducir y su padre le cedió la licencia de su taxi.

A Keyla no le falta valor, es sagaz y despreocupada, alardea de ser una gran observadora. Su sexto sentido femenino raras veces le ha fallado.

Su mejor amiga la llama bruja, no lo niega, pero se define como una bruja sabia que reconoce que no es perfecta, de hecho, pretende no serlo.

Día tras día intenta hacer el bien a todos los que la conocen, es muy generosa y no puede ver sufrir a nadie.

La definen como una maravillosa mujer que tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

Atractiva, aunque no demasiado guapa, sin embargo, su sentido del humor y su buen carácter, llaman la atención de quienes la conocen.

El trabajo como taxista le resulta agobiante en ocasiones, suele comentarlo con sus padres casi a diario. La animan cuando se deprime por alguna circunstancia laboral.

Todos los clientes masculinos que suben a su vehículo no son iguales, pero alguno que otro, intentó sobrepasarse con ella.

Algunas veces ha tenido miedo de que le hagan daño. Teme que, un día, el acoso llegue más lejos y pueda verse comprometida sin darle tiempo a avisar a la policía, que es lo que suele hacer cuando alguna vez se ha sentido asediada.

Por norma general, los hombres la respetan, incluso con algunos ha vuelto a coincidir por la ciudad.

Respecto a su físico, es una chica normal con un poco de sobrepeso, tal como le recuerdan los médicos cada vez que va a hacerse una analítica anual, hecho que no le preocupa.

¿Quién dijo que para atraer a un chico, hace falta tener medidas perfectas?

Ella se siente bien con su cuerpo cuando se mira al espejo. Cuando viste ropa elegante para alguna fiesta o evento, sus bonitas curvas femeninas no pasan desapercibidas entre la gente que ve a una mujer normal que no está obsesionada por conservar la línea, como se suele decir.

Tiene un poco de celulitis en las piernas y en el abdomen, pero se acepta tal como es.

De hecho, no se preocupa excesivamente por llevar una alimentación equilibrada para mantener la figura, no tiene prejuicios por lucir su cuerpo en la playa, aunque procura hacer deporte para mantenerse en forma.

A diario, lleva prendas de ropa que son de temporada, lo mismo viste un pantalón, que una falda o un vestido.

No tiene preferencias a la hora de guardar en su armario ropa juvenil, está repleto de bonitas prendas. Tiene buen gusto, prefiere ir a la moda. En el vestidor, no hay ningún par de zapatos de tacón alto. Su estatura es de metro sesenta y aunque a veces siente que los necesita para según qué eventos a los que asiste, elige ir cómoda al caminar y escoge otro tipo de calzado. Sobre todo, procura que sea elegante y a su propio estilo informal.

Tiene el cabello de tono castaño largo y ondulado, con un corto flequillo que cae por la frente, cortado por una de las mejores estilistas de Zaragoza. La melena le llega hasta el hombro con naturalidad. Siempre que se lava el cabello, lo deja secar sin utilizar el secador, aunque sea en invierno.

Jamás ha cambiado de peluquería, su estilista es una gran profesional que suele destacar sus grandes ojos de color miel y el gracioso gesto que hace con su pequeña nariz chata al sonreír. Si

la agradable sonrisa aparece en su rostro, muestra unos dientes blancos como la nieve en sus llamativos labios, a los que de vez en cuando les da color. Principalmente de tonos suaves.

Una de sus muchas aficiones, por destacar algunas, aparte de caminar y bailar —ya sea salsa, bachata, rumba, jota aragonesa y lo que se tercie, incluido un pasodoble en alguna fiesta de barrio—, es la lectura. Puede estar varias horas con la cabeza agachada sumergida entre las páginas de una buena novela, le encanta descubrir nuevas historias, disfruta leyendo.

Siempre fue una niña alegre y simpática que se recreaba hojeando cuentos cuando aprendió a juntar las letras con interés.

Por Navidad, cuando era pequeña, escribía cartas a los Reyes Magos, aparte de juguetes pedía libros.

Algunos ejemplares aún los conserva en la estantería del salón de su casa. Es aficionada a la lectura desde que levantaba pocos palmos del suelo. Le fascina oler las páginas de papel de un libro, pasar cada una para saber lo que sucede en la siguiente. Solo los apasionados lectores comprenderán estas palabras, esa adicción es magnífica.

Habitualmente, Keyla intenta descubrir libros nuevos con los que desconectar del estrés de la vida cotidiana. También es seguidora de varios autores autopublicados, a veces ha leído tramas muy buenas e interesantes, escritas por todos ellos en sus preciosas novelas.

Los fines de semana, procura organizarse en su trabajo para tener unas horas libres.

Le gusta viajar y probar platos culinarios típicos de la ciudad o pueblo que visita, para ello coge una mochila con lo básico, dispuesta a vivir una inolvidable aventura. Suele hacer fotos por dónde quiera que va para presumir de esas imágenes en sus redes sociales.

Los sábados por la noche, sale con sus amigos, ya sea a la discoteca o a tomar algo, la jarra de cerveza no puede faltar en su estómago, así como las bebidas alcohólicas dulces, aunque el whisky escocés también lo pide con frecuencia.

Una vez cada cierto tiempo, va al cine, disfruta mucho al comprar una bolsa de palomitas dulces recién hechas mientras toma una bebida. La gran pantalla le fascina. Tiene por costumbre ir a ver películas de género romántico o de fantasía, jamás de terror.

En el amor, no puede decir que le ha ido ni bien ni mal, simplemente nunca se ha enamorado. No ha buscado nada serio en ninguna relación. Cuando le gusta un chico y se sienten atraídos uno por el otro, acostumbran a reservar una habitación de hotel para poder estar a solas y tener una buena dosis de sexo. Keyla jamás ha querido verse con el mismo hombre más de tres veces seguidas, no quiere cogerle cariño a ninguno ni tampoco complicarle la vida a nadie.

Es desconfiada por naturaleza. Para mantener las distancias, tiene unas normas que ella misma se ha impuesto, no las incumple para no sentirse herida por amor.

La desunión de sus progenitores le dejó bastante huella a nivel personal, al punto de que no quiere comprometerse con ningún chico. Cuando lo comenta con sus amigas, suelen preguntar las razones de su curiosa actitud respecto a los hombres. Keyla considera que tiene una buena razón para hacerlo.

La taxista es una simpática mañica de Zaragoza que, desde que nació, reside en la capital aragonesa y se siente orgullosa de su tierra.

Como he mencionado con anterioridad, Keyla sufrió mucho por la separación de sus padres cuando tenía quince años, hace diez que sucedió, pero aún no puede olvidarlo.

Gracias a ellos, tuvo una infancia feliz, quizás por esa razón le dolió tanto lo que hizo su madre.

Alicia Báez se fue de casa una calurosa mañana de verano para ir a vivir con el hombre que le daba todo el amor que creía merecer. Keyla no toleró que se implicara sentimentalmente con otra persona. Alicia es cariñosa y hay una gran complicidad entre ellas, pero la taxista se negó a aceptar a otra persona en la vida de su excepcional progenitora.

Siempre la consideró una buena madre. Cuando era pequeña y no sabía leer, Alicia solía contarle un cuento antes de irse a dormir. Cada día la mimaba con dulzura, se sentía muy feliz. Siempre ha sido la pequeña de casa.

Alicia quería hacerle entender, a sus quince años, que nada ni nadie iba a cambiar el hecho de que, para ella, Keyla era su mayor tesoro.

Se lo volvió a repetir aquel mismo día, antes de irse de casa. Las dos estuvieron siempre muy compenetradas hasta que tomó aquella decisión que iba a dar un giro en sus vidas.

Al cumplir los cincuenta años, hace diez, la madre de Keyla se enamoró del empleado de un banco, soltero y de buena posición social. Se veían a escondidas, llevaban su relación de forma muy discreta hasta que, dos semanas antes de irse, dio la noticia a su familia quienes se quedaron muy impactados.

Jesús Cárpena, el padre de Keyla, amaba a su mujer. Seguía enamorado de ella cuando decidió marcharse de la casa que habían comprado nada más llegar a Zaragoza. A solas en su habitación intentó disuadirla para que se quedara a su lado, no obstante, fue inútil.

Es un hombre muy guapo que, a sus sesenta años, no ha perdido su carisma. Sus ojos verde esmeralda, resaltan en su rostro de tez morena, su cabello es negro y fuerte. Keyla lo ha heredado tanto de él como de su madre. Jesús, de metro setenta y cinco de altura, se mantiene en forma gracias a los paseos diarios que suele hacer. El senderismo es una de sus aficiones.

Las amigas de su hija lo admiran por su buen carácter y su amabilidad, algunas lo ven como si fuera de su familia. Lo consideran un hombre benévolo y de gran corazón.

Los abuelos paternos de Keyla eran gaditanos. En su casa pasaron penurias cuando Jesús era pequeño, aunque a él nunca le faltó un trozo de pan que echarse a la boca.

Años más tarde, los padres recibieron una herencia por parte de un familiar cercano que no tuvo descendientes directos. Con ese dinero, compraron el taxi para que su hijo tuviera un empleo, estaban muy orgullosos de él, su nuera no pudo conocerlos por desgracia.

Alicia viene de una familia distinguida de Alicante. Hija de un famoso cirujano. Su mujer y él mantenían una buena posición económica, ambos ya fallecidos en la actualidad.

Nunca ha aparentado la edad que tiene, es una mujer muy atractiva de abundante cabello del que a menudo suele presumir. Su melena corta y rizada y las blancas y rebeldes canas de los sesenta, brillan por su sano y vigoroso cabello, ha renunciado a volver a teñirlo.

Es una mujer que llama la atención por sus buenos modales.

Sus prendas las luce con elegancia, suele comprarlas en tiendas de marca. Jamás ha ido a un mercadillo semanal, le resultaría bochornoso que alguien la viera comprando ropa en las diferentes paradas ambulantes.

Nunca sale de casa sin maquillar, cuida mucho su imagen, así como su dieta, es muy estricta con su línea. Cada mañana camina durante un par de horas, parece que los años no pasan por ella, nadie logra adivinar su edad.

Jesús y ella se conocieron en una discoteca de Alicante, donde residían. Los dos son muy

fogosos, nada más verse se sintieron atraídos el uno por el otro. Fue amor a primera vista y no ocultaron sus sentimientos.

El deseo creció entre las ardientes miradas apasionadas que se dirigían. A pocos metros, había un hostal y pasaron la noche juntos. Esa misma noche, sin tomar ningún tipo de precaución, Alicia se quedó embarazada. A la mañana siguiente, después de desayunar en la cafetería, se despidieron para siempre. Él quiso volver a verla, pero ella se negó en rotundo, no quería salir con nadie. Era muy independiente y no necesitaba tener a ningún hombre a su lado.

Durante unos meses, no coincidieron en ningún lugar. Alicia vivía en un pueblo cercano y no volvieron a encontrarse.

Dos meses antes de dar a luz, cuando ya era bastante evidente su embarazo, averiguó el domicilio del muchacho. Fue a verlo para darle la noticia de su futura paternidad. En ese mismo momento, un sorprendido Jesús que soñaba con ella desde que la conoció, le pidió matrimonio en cuanto supo que la chica esperaba un hijo suyo.

Alicia tuvo que irse a vivir con él, ya que los padres la echaron de casa al saber que estaba embarazada de un hombre que no pertenecía a su mismo círculo social. Se opusieron rotundamente a su matrimonio, incluso la repudiaron al enterarse de que el padre de la criatura era un simple taxista, tal como lo llamaron, ya que para ellos era una deshonra.

Por su parte, Jesús se sintió despreciado por su humilde trabajo en el taxi, nunca conoció a sus suegros por esta razón. Alicia había estado acostumbrada a tener una vida derrochadora, tuvo que renunciar a todo eso al casarse.

Sufrió mucho al sentirse rechazada por toda su familia.

Con el tiempo, los futuros padres decidieron irse de Alicante y alejarse de quienes les hacían la vida imposible con sus desplantes. Se mudaron a Zaragoza antes de nacer Keyla.

Toda su vida, Jesús procuró ser cariñoso con su esposa, amarla y respetarla como se merecía, pero no fue suficiente para ella. En ocasiones, se sintió ignorada por su marido.

Antes de que Alicia les dijera a Keyla y a él, hace diez años, que estaba dispuesta a irse de casa, Jesús sospechó cuáles eran las razones de su abandono, aunque evitó hacer algún comentario en presencia de su hija para no herir sus sentimientos.

Estaba convencido que Alicia había procurado conocer a un hombre de alto poder adquisitivo para mantener el nivel de vida al que había estado acostumbrada en casa de sus padres, o al menos esa era la percepción que él tenía. Jamás podría darle lo mismo que había tenido desde que nació, no podía recriminarle su actitud, en cierta manera, la entendía, aunque no compartiera su forma tan drástica de proceder.

Siempre procuró complacerla en lo posible durante los años que estuvieron casados, pero para ella no fue suficiente el amor.

Tuvo muy claro que no quería dar a su matrimonio una segunda oportunidad, fue muy tajante con él en ese aspecto.

El marido siempre tuvo la impresión de que ella no era feliz, sus tristes ojos no lo engañaron. Con impotencia, iba viendo que la llama de la pasión se apagaba a diario. Pese a que intentó con todas sus fuerzas, cambiar la complicada situación económica que vivieron una gran temporada, su esfuerzo fue en vano. Jesús siempre pensó que es injusto que el dinero condicione a una pareja.

Desde que la conoció, admiró a la maravillosa mujer alta y robusta, de cutis terso y bien hidratado. Apenas tiene arrugas alrededor de sus ojos marrones y grandes que lo hipnotizaba, se perdía en ellos. Los amigos que tienen en común decían con frecuencia que formaban una bonita pareja, aunque su matrimonio tuvo un final. A todos les pilló por sorpresa, no obstante, siguen

manteniendo la amistad con la pareja.

—Mamá, no te vayas de casa, por favor —le rogó Keyla hace diez años, en el 2014, cuando contaba con quince años.

Nunca se le olvidará ese día, fue un sofocante martes de julio. Al pasar por la habitación, vio a su madre haciendo el equipaje, estaba dispuesta a marcharse. Ha pasado el tiempo, pero la chica aún lo recuerda con amargura. Se acercó a ella y, desesperada, comenzó a sacar su ropa de la maleta para impedir que se fuera.

—Debo hacerlo, siento decírtelo, no soy feliz junto a tu padre. Lo quiero mucho, ni te lo imaginas. Jamás le haría daño, pero no estoy enamorada de él, entiéndeme. Hace dos semanas os dije que había decidido irme y esperaba que os fuerais haciendo a la idea. Ten por seguro que mi amor por ti no cambiará nunca —respondió Alicia con lágrimas en los ojos, le dolía marcharse de la casa donde su tesoro más preciado, su hija, vivía junto al que aún era su marido.

Precisamente por Keyla, se había planteado no dar ese paso hacia adelante, sin embargo, al final, decidió vivir su vida junto al hombre que amaba.

—No soy tonta, sé que ya no amas a papá, os vigilo desde hace tiempo y veo que discutís por cualquier tontería sin importancia. Vuestra indiferencia no me ha pasado desapercibida, pero yo te necesito. Estaba convencida de que finalmente te echarías para atrás… ¿Has pensado en mí?

—Por supuesto, no lo dudes —contestó a su hija asombrada por su comportamiento—. Sigo siendo tu madre y nada ni nadie lo va a cambiar. No me lo estás poniendo fácil. Acepta la realidad, tienes quince años, deberías entenderme y saber que no suelo retroceder cuando tomo una determinación. Estaré cerca de aquí, recuerda que no me voy al fin del mundo, sino a Calatayud, que está a menos de cien kilómetros de casa y de nuestra Basílica del Pilar.

—¿Qué más da la distancia? No te veré con frecuencia y no me hago a la idea de que te marches, me gustaría que siguiéramos siendo una familia feliz.

—Y lo seguiremos siendo, somos tus padres, esto no cambia nada. Siempre podrás contar con nosotros. Yo seguiré viéndote muy a menudo y tú podrás venir a nuestra casa cuando te apetezca. Te aseguro que habrá una habitación solo para ti, podrás decorarla como quieras.

—Te lo agradezco, aunque no creo que vaya a quedarme a dormir, sabes que tu nuevo novio no me cae bien.

—Eloy te aprecia, no lo conoces lo suficiente. Él no tiene nada que ver con mi decisión de irme de casa, te lo aseguro, compréndeme. Si hemos decidido irnos a vivir allí es por su trabajo, aunque yo he sido quien lo ha convencido para aceptarlo. En Calatayud comienza una buena oportunidad para él. Un hombre honrado que me quiere con locura. Me duelen tus comentarios fuera de lugar.

—Intento entender tu postura, pero es imposible.

—Cualquiera que te oiga referirte a mi nuevo novio, como lo llamas, pensará que soy una mala mujer y no es así, no me considero como tal. Tu padre y yo hemos sido dichosos durante unos años, te recuerdo que fui desheredada por mis padres a causa de este matrimonio. He sido muy feliz a su lado, en cambio, el amor se marchita si no lo cuidas, es comparable a una preciada flor, hay que mimarlo cada día porque de lo contrario se seca.

—Pues habla con papá, desahógate y dile todo lo que piensas. La buena comunicación en una pareja es crucial para mantenerla. Te rindes fácilmente, por lo que veo.

—Estoy harta de luchar en vano. Me he sentido sola en algunas ocasiones, he derramado muchas lágrimas en mi almohada y nadie se dio cuenta, sobre todo él que solía darme la espalda para dormir. Pero basta, no quiero que oigas mis reproches hacia él, no es justo para ti.

—En ciertos aspectos podría llegar a entenderte, aunque me cuesta aceptarlo. Por favor, no

menciones a tus padres. Nunca han querido conocerme, se avergonzaron de tener como yerno a un taxista honesto. Ya es imposible que vengan a vernos porque fallecieron. No los considero abuelos por lo mal que se comportaron contigo. En lo referente a tu comentario, pienso que todos estos años atrás no has estado sola, sino conmigo. Papá trabajó muchas horas diarias para darnos lo esencial, no podía estar en dos lugares a la vez.

—Comprendo que lo defiendas, tu padre es muy trabajador, no lo niego, pero yo me he dedicado a cuidarte desde que naciste. También he hecho las labores de esta casa sin estar asalariada, eso a veces no se valora lo suficiente. Que conste que no te lo estoy reprochando, pero es que no soy perfecta, solo he procurado que fueras feliz.

—Siempre he dicho que soy afortunada de tener unos padres tan generosos como vosotros, valoro mucho lo que hacéis por mí. No te confundas. Tal como yo lo veo, creo que estás actuando de forma egoísta.

—Cuando supimos que íbamos a ser padres, quisimos dedicarte todo nuestro tiempo, él ha trabajado fuera, yo dentro de casa y no me pesa en absoluto, mi intención era cuidarte como mereces y lo he logrado. No voy a tolerar que me llames egoísta, considero que ya eres mayor y debo buscar mi propia felicidad.

—Reconozco que he tenido una infancia muy bonita gracias a los dos y os lo agradezco, no sé a qué ha venido ese argumento, sé que me quieres mucho, pero me gustaría que vivieras en Zaragoza y no en otra ciudad. ¿Qué tan extraño te resulta? Eres mi madre, desde hace rato seguimos dando vueltas a lo mismo sin llegar a nada en concreto.

—Te entiendo, es normal que quieras tenerme cerca, a mí también me gustaría. Debes aceptar que quiera vivir mi vida. No deberíamos perder ninguna oportunidad de ser felices, la vida es muy breve y se debe aprovechar cada minuto, es un consejo para ti también. Siempre serás mi hija, aunque no vivamos juntas. Me gustaría que cambiaras de conducta.

Estuvieron un buen rato discutiendo sobre la difícil situación para Keyla, hasta que Alicia cerró la maleta, le dio dos besos y un abrazo antes de salir de casa, con lágrimas en los ojos.

La acalorada discusión no iba a hacerla retroceder, pero se marchaba de casa con una profunda tristeza por lo sucedido.

Su marido observó la escena desde el pasillo sin atreverse a intervenir en la conversación. Sabía que Alicia sufrió en el pasado un duro episodio familiar cuando era más joven. Perdió a una de sus tías, a quien adoraba, y en parte esa tragedia marcó su futuro y su forma de ver la vida. Consideraba que tenía una buena razón para no dejarse manipular por nadie, ni siquiera por su hija. No estaba dispuesta a renunciar a su felicidad, tal como hizo su cariñosa tía Emma, años atrás.

Alicia conoce muy bien la triste historia de su tía, quien no pudo afrontar el grave problema que sufría en casa. Se la contó a Jesús en una ocasión. Esto fue lo que sucedió y que fue tan determinante en la vida de Alicia:



Una soleada mañana de agosto, de años atrás, en un pueblo marítimo del sur de España, las máquinas demolieron una casa abandonada que estaba situada cerca de la playa. Fue propiedad de los abuelos paternos de Alicia que decidieron borrar de su hogar un oscuro pasado que les atormentaba. Se fueron a vivir a otro pueblo, no pudieron soportar el extraño fenómeno que se producía en la playa cada año en la misma fecha y que comenzó a ocurrir cuando Emma desapareció de sus vidas.

Por lo visto, cada veinticuatro de octubre, se veía en esa misma playa una niebla espesa que no dejaba contemplar con claridad lo que había a escasos metros.

Quienes pasean por la orilla, a día de hoy, aún suelen escuchar de vez en cuando el llanto de un bebé, por lo que se alejan aterrados del lugar.

La vida de Emma no fue fácil, siempre estuvo sometida a la voluntad de sus estrictos padres. Se enamoró perdidamente de Enrique, el humilde y guapo chico que cada mañana repartía el pan por las casas con su furgoneta, así fue cómo se conocieron.

Los dos prometieron mantener su relación en secreto.

Un día a la semana, ella salía al jardín de su casa a altas horas de la madrugada, procurando no ser descubierta por sus padres.

En una zona poco visible, los muchachos se tumbaban encima de una pequeña manta, que extendían en el suelo, donde hacían el amor.

Eran dos jóvenes que disfrutaban descubriendo juntos el sexo.

Mantenían una bonita relación que acabó en un embarazo no deseado.

Nadie lo supo excepto la madre de Emma, ella misma se lo confesó cuando su próxima maternidad era demasiado visible, su abdomen iba aumentando de tamaño y debían buscar una solución.

La mujer ocultó el secreto a su marido, fue comprensiva con la hija, pero le exigió que una vez diera a luz, se deshiciera del bebé como fuera.

Hizo que Emma rompiera la relación con el padre de la criatura que iba a nacer. Tuvo que renunciar al hombre que amaba.

Él jamás supo que, de ese amor, iba a nacer un bebé tanto suyo como de la mujer que había conquistado su corazón.

Días atrás, le había propuesto huir juntos para casarse. Ella, que aún no sabía que estaba embarazada, se negó a fugarse con él, alegando que no quería romper su vínculo familiar.

Durante los siguientes meses de embarazo, no se volvieron a ver, Emma estuvo recluida en una habitación.

La madre les anunció a todos los vecinos, incluso también a su marido, que la hija se había ido a otro pueblo con una tía suya, pero no era verdad. La mantuvo oculta en la residencia de verano para no sentir vergüenza ajena.

Cuando se puso de parto, una comadrona la atendió aquella mañana, era 24 de octubre. El padre no estaba en casa y la madre pudo seguir adelante con el siniestro plan.

Emma tuvo una preciosa niña, al nacer la miró un momento. La pequeña buscaba su pezón para amamantar. No paraba de llorar debido al hambre que tenía. Emma cogió a su hija en brazos y con todo el dolor de su alma, una vez vestida y sin que nadie la viera, bajó a la playa y arrojó a la niña al mar. Tal como fue obligada por su propia madre.

La niebla cubría la arena aquella mañana. El llanto de la pequeña cesó, murió ahogada.

Días después, Emma salió de su habitación fingiendo haber vuelto a casa. Supuestamente, regresó del hogar de su tía e hizo como si nada hubiera sucedido.

Cuando coincidía con su sobrina Alicia, a la que adoraba, intentaba sonreírle, pero su conciencia, por lo que había hecho, no le permitía vivir en paz. Se veía como un monstruo, incluso por las noches, creía oír el llanto de su bebé.

Por culpa de su madre, renunció a su recién nacida y a su novio, finalmente comprendió que nunca se lo perdonaría.

No pudo soportar la pena, se sentía culpable por asesinar a su hija. Se arrepintió nada más cometer el terrible crimen, aunque ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Con el paso del tiempo, sufrió una fuerte depresión que terminó en suicidio.

Los secretos se descubren, el de Emma no fue una excepción. Su padre se enteró de lo sucedido y fue cuando decidió mandar a destruir la casa de verano en la que la hija estuvo recluida.

Siguió casado con su mujer, pero no le perdonó lo mal que se comportó con ella.

Enrique supo un tiempo después las razones de su suicidio y a causa de esa tragedia jamás volvió a enamorarse.

Cada 24 de octubre, iba a esa playa y veía la niebla que la cubría, allí fue donde Emma arrojó a la hija que tuvieron, él solía tirar al mar un ramo de flores en memoria de las dos.

Dicen que cada año, por esas fechas, no solamente se escuchan los llantos de un bebé, por lo visto, algunas personas también han creído ver al fantasma de Emma paseando por la orilla, descalza y vestida con un camisón blanco, buscando a su recién nacida.

Esa playa tiene un nombre en honor a la niña que nunca pudo ser bautizada: Playa de la Luz, porque la de la pequeña, fue apagada entre la niebla.



Alicia por entonces era pequeña, lloró mucho cuando le dijeron que su tía había fallecido de manera accidental. Le ocultaron la realidad para que no sufriera más aún.

Siempre la echó de menos, para ella fue como una hermana mayor. Aún la sigue añorando.

Años después, conoció la verdadera historia de Emma por boca de su madre.

Cuando supo la verdad, volvió a llorar de rabia e impotencia. Estaba segura de que su muerte podría haberse evitado si Emma hubiera tenido más comprensión.

Fue entonces cuando se prometió a sí misma que nunca renunciaría a su bienestar por hacer dichosos a los demás, tal como hizo Emma, aunque las dos vivieran situaciones diferentes.

De hecho, lo ha cumplido y aunque le costó separarse de Keyla, su propia felicidad es lo primero.

A su hija, que aún no le había explicado la historia de Emma, pudo parecerle que su comportamiento era egoísta al irse hace diez años de casa, sin embargo, ella no se sintió así. Tenía la esperanza de que ella pudiera entender algún día las razones de su marcha.

Jesús luchó aquellos días por el amor de su mujer, pero fue en vano.

Al verla salir por la puerta principal, después de despedirse de él con unas simples palabras, sintió un gran dolor en el pecho.

Fue una situación incómoda para ambos.

Alicia había sido la única mujer que había amado, su abandono le rompió el corazón en pedazos. Siempre procuró que no les faltara nada a ninguna de las dos, ni a su hija ni a ella.

Es un hombre comprensivo y honesto que la quiso con locura.

Al irse, Jesús se acercó a Keyla para consolarla, quien lloraba de rabia y tristeza. Sintió pena por ella, no obstante, jamás le haría daño con ningún comentario despectivo hacia la que todavía era su esposa.

—Llora todo lo que necesites, cariño, pero hoy mismo se acaban las lágrimas. Piensa que, para mamá, seguirás siendo su tesoro más preciado. Te necesita tanto como tú a ella y siempre te querrá. —La abrazó dándole un tierno beso en la frente, le dolía en el alma verla tan afectada.

—No lo dudo, papá, pero no sé cómo puedes estar tan tranquilo, te he visto sufrir y no te has inmutado cuando ella ha cogido su maleta. Al mirar por la ventana del comedor, he visto que él la estaba esperando. El descarado de Eloy me ha saludado con su típica e hipócrita sonrisa, es un chulo de pacotilla que no la hará feliz.

—Yo espero que sí, lo merece. Aunque pueda parecer lo contrario, me entristece verla abandonar esta casa en la que hemos sido tan dichosos, pero es libre de hacer lo que quiera. No puedo retenerla a mi lado si no es feliz conmigo.

—Y luego dices que yo crea en el amor, ¿para qué vivirlo, si tiene fecha de caducidad? Erais el matrimonio perfecto. Mis amigas también me lo decían, aunque veo que estaba equivocada. Visto lo visto, no pienso enamorarme nunca, no quiero sufrir por amor como tú lo estás haciendo. Prefiero estar sola y sin compromiso.

—Hija, ya te he dicho muchas veces que no somos la primera ni la última pareja que se separa. El amor a veces tiene un punto y aparte, nadie es culpable de que se esfume. Quiero tanto a tu madre que prefiero verla feliz con otra persona si no lo es conmigo.

—Te admiro, la amas tanto que has preferido renunciar a ella con tal que sea dichosa con otro hombre. Eres el mejor del mundo, pero sé que nunca conoceré a nadie como tú, tan comprensivo y tolerante.

—Lo dices muy convencida porque me idolatras, me admiras por ser tu padre, pero te aseguro que algún día encontrarás a un hombre, igual o mejor que yo, que hará que crezcan las alegres mariposas en tu estómago. Estoy seguro de que te cuidará como mereces. Mientras tanto y hasta que eso suceda, no olvides ser como la luna, que, aunque esté sola, nunca dejará de brillar.

—Papá, tus filosóficas palabras las sé de memoria, no sé de dónde las sacas. Ahora me dirás que procure llevar el sol conmigo para iluminar mi camino, chorradas así. —Esas dos últimas palabras, le hicieron soltar una gran carcajada.

—Entonces continuaré diciendo que procures no ser como la tormenta, que atrae días oscuros, sino que consigas ser como el arcoíris, intenta dar color al mundo que te rodea. Eres aún muy joven para entenderlo y algún día me darás la razón.

—Te lo agradezco, pero déjame que te dé un consejo yo también. Busca a una mujer que te haga feliz, no te costará mucho encontrarla porque eres un hombre maravilloso.

—Gracias, hija, aunque no creo que vuelva a enamorarme. De momento, para distraerme,

procuraré continuar disfrutando de mis aficiones con los amigos. Caminaré algunos días por la montaña, que siempre va bien para el estrés y me hace desconectar de mis preocupaciones. A partir de hoy, seguiremos con nuestra vida y no olvides nunca que tu madre te quiere tanto como yo.

—Ya lo sé, pero en estos momentos estoy muy deprimida. Por tu parte, busca las aficiones que quieras y por favor, no te hundas en la tristeza, debemos ser fuertes. —Keyla cogió un pañuelo de papel y se limpió las lágrimas, demostrando una vez más su amargura.

Jesús la convenció para que no le guardara rencor a Alicia, quien siempre le demostró ser una madre ejemplar. El hecho de que su matrimonio se hubiera roto no significaba que no mereciera respeto. Admiraba a la que fue su mujer durante años y no iba a consentir que Keyla tuviera un mal recuerdo de ella.

Capítulo 2



Avanzar hacia adelante

El tiempo ha ido curando su aflicción. Tras diez años, Keyla se ha dado cuenta de que los hechos del pasado no justifican su mal comportamiento hacia su madre, pero nadie puede retroceder las agujas de reloj para enmendar sus errores. Ella no es una excepción. Hay huellas que permanecen con el paso del tiempo, cicatrices en lo más profundo del corazón que dejan una herida.

Su problema de aquel entonces lo fue asumiendo, restándole importancia y sintiéndose avergonzada por el comportamiento que tuvo hacia su madre. Hoy día se arrepiente de su actitud, le duele recordar su incomprensión, inmadurez y egoísmo de entonces, cuando tenía quince años. Procura no mencionarlo en ninguna reunión familiar para no remover el pasado.

Han transcurrido diez años desde que Alicia se marchó de casa, madre e hija siguen manteniendo una buena relación y complicidad. Aunque vivan en ciudades distintas, se ven con frecuencia. Keyla jamás ha vuelto a mencionarle lo difícil que fue para ella ese episodio de su vida, pero sí le ha reiterado en varias ocasiones, que no quiere enamorarse nunca. Alicia respeta su opinión, aunque no la comparte.

Suelen ir juntas de compras o quedan para comer en algún restaurante. En alguna ocasión han

hecho algún que otro viaje por las costas españolas, disfrutando de las playas y practicando deporte. Keyla ha visitado la casa materna un par de veces en todo este tiempo, en la cual Alicia vive con Eloy. No soporta a ese hombre, por muy atento que sea con ella. Solo quiere que su madre sea feliz y a simple vista lo parece, es lo único que le importa.

Jesús, por su parte, ha encontrado de nuevo el amor al lado de una buena mujer, Mercedes, quien también roza los sesenta años. Él, que se negaba a volver a enamorarse, sintió que su corazón volvía a palpitar con ilusión.

No hace mucho, le cedió la licencia del taxi a su hija. Es una taxista muy profesional de la que se siente muy orgulloso, siguen viviendo juntos en la misma casa.

—Buenos días, papá, ¿por qué te has levantado tan temprano? Son las siete de la mañana, voy a desayunar y me voy. Me llevo un bocadillo para almorzar. Por cierto, el jamón dulce que compraste ayer, de la tienda nueva que han abierto, está riquísimo.

—Buenos días, Keyla, me alegro de que te guste, Mercedes me la recomendó. He visto que tienen un embutido muy bueno, aunque yo prefiero no abusar. En los últimos análisis me ha salido alto el nivel de colesterol y tengo que ser prevenido —responde Jesús cuando la ve entrar en la cocina—. He preparado café, me gustaría comentarte algo antes de que te vayas.

—Tus cafés son los mejores, creo que los haces con tanto amor que me saben diferente a cualquier otro. En cuanto a tu dieta, no te preocupes. El médico te aconsejó que tuvieras una buena alimentación, aunque no fue demasiado estricto. —Se acerca a él y le da un cariñoso beso en las mejillas—. Soy todo oídos.

—Primero de todo, sabes que daría mi vida por ti y que nada ni nadie cambiará ese sentimiento. —Jesús estaba apurado, no sabía cómo sacar el tema por el que llevaba días angustiado sin saber cómo reaccionaría su hija al recibir la noticia.

—¿Qué te pasa? Dime ya lo que sea, no te andes con rodeos. Entre nosotros siempre ha habido confianza. Me extraña tu actitud, te noto nervioso, incluso te sudan las manos y no es normal en ti.

—Verás, cariño, Mercedes y yo hemos decidido vivir juntos. Ya llevamos un tiempo conociéndonos, queremos dar un paso adelante en nuestra relación. ¿Te importa que venga a vivir a casa? ¿Supondría algún problema para ti?

—¿Eso es todo? ¡Por favor! Parece mentira que no me conozcas, deberías haberte imaginado mi respuesta. No me importa que viva con nosotros, al contrario. Me alegro ya que hacéis muy buena pareja, es una mujer maravillosa.

—Gracias, hija, no sabes lo mucho que significan tus palabras para mí.

—Ella misma me contó que, al quedarse viuda, tuvo que afrontar unos pagos desorbitados, sé que apenas puede mantener mensualmente los gastos de su piso. ¿Al final ha decidido venderlo? Supongo que por eso os habéis planteado vivir juntos.

—Supones bien, cuando haya un comprador y Mercedes liquide su deuda, se vendrá a casa. Hace años que se quedó viuda, pero hasta ahora no ha podido poner a la venta su propiedad.

—La pobre ha sufrido mucho, merece esta segunda oportunidad a tu lado. La harás muy feliz.

—Es que se lo merece. Una vez que se haya instalado aquí, haremos algún que otro viaje por Europa, continuaremos recorriendo diferentes ciudades. Reservaremos parte de nuestro dinero para hacer excursiones juntos y descubrir mundo, ya sabes que nos encanta viajar. Estoy jubilado y pienso disfrutar todo lo que pueda ahora que no tengo achaques ni ninguna enfermedad grave que me impida hacer lo que me gusta. Los gastos de este piso serán a medias, confío en ella y sé que no me defraudará.

—Es tan generosa como tú, yo también seguiré aportando una parte de mi sueldo para esos

gastos. Como he hecho hasta ahora, no lo olvides. Formáis una pareja envidiable y sé que nos llevaremos bien durante la convivencia.

—Somos muy dichosos cuando estamos juntos, ella es encantadora. Lo cierto es que me ha costado volver a confiar en una mujer después de la ruptura con tu madre.

—Yo lo veo, papá, basta con miraros a los ojos. Si tú eres feliz, yo también lo soy al verte. Esta casa es tuya, puedes hacer lo que quieras. Algún día me independizaré y prefiero que estés bien acompañado.

—Agradezco tu apoyo, hija, aunque digas que esta casa es mía, no te doy la razón, es de los dos. Lo mío es tuyo y siempre lo será.

—Gracias a ti por dedicar tu vida a cuidarme, ya soy adulta y en un futuro cercano volaré del nido familiar. Mercedes es la mujer ideal para ti, sé que estarás bien a su lado. Es cariñosa y humilde. Me trata como una hija, la que nunca tuvo.

—Tienes toda la razón, por lo visto y según me ha contado sufrió mucho al no poder realizar su sueño de ser madre. Te ha cogido mucho cariño, no voy a decir que te quiere como mamá, sabes que no me gustan las comparaciones. Pero estoy seguro de que te aprecia y a veces te mira como si fueras parte de su familia.

—Ella es genial y me siento cómoda a su lado, no suelo mentir, soy sincera. Gracias por todo lo que has hecho por mí en estos años. Eres un buen padre, estoy orgullosa de ti.

—Mi deber ha sido intentar prepararte para el difícil camino de la vida. Me hubiera gustado quitarte todas las simbólicas piedras, pero te aseguro que todos los baches que has sufrido serán experiencias que te harán madurar. ¿Cómo no iba a cuidar de ti?

—Nunca te lo he dicho, pero al marcharse mamá me quedé muy desolada, a solas en mi habitación lloré cada noche, gracias a ti superé el mal trago.

—¡Mi niña! Eres muy valiosa para mí, no puedo verte sufrir. Como has podido comprobar, el tiempo ha suavizado la herida. Insisto una vez más para que lo tengas claro, tanto tu madre como yo te queremos muchísimo.

—Por eso quiero agradecértelo, has confiado siempre en mí, incluso prometiste pasarme la licencia de tu taxi en cuanto me saqué el carnet de conducir.

—Cuando seas madre, que estoy seguro de que tendrás hijos, comprenderás por qué hago todo lo que puedo por ti.

—Dudo que los tenga, pero bueno, nunca se sabe.

—Me refería a que los padres hacemos todo lo que está en nuestra mano para conseguir el bienestar de nuestros hijos.

—Te he entendido perfectamente, papá. Siempre has sido muy comprensivo conmigo, incluso cuando te dije que renunciaba a mi sueño de ser periodista, me has ayudado en lo que has podido, soy muy afortunada. Mamá y tú me habéis demostrado que os importo.

—¿Acaso lo dudabas? Daríamos la vida por ti si fuera necesario.

—Ya lo sé. Hoy día mantenéis el trato cordial pese a vuestro divorcio, os admiro. Habéis dejado vuestras diferencias atrás. Reconozco que no ha sido fácil, pero lo habéis hecho por mí y lo agradezco. Por entonces quise quedarme a vivir contigo, no me arrepiento porque eres un padre ejemplar.

—Bueno, hemos intentado que no salieras muy perjudicada emocionalmente. En cuanto al tema del periodismo, siempre he sabido que eres muy inteligente, sin embargo, nunca ha sido lo tuyo tener que hincar los codos delante de un libro de estudio, seamos sinceros. Ahora vamos a dejarnos de piropos que se te hace tarde y tienes que ir a trabajar. —La broma hace reír a Keyla —. Sé que soy un pesado, cariño, pero quiero que tengas cuidado, el otro día no me hizo gracia

lo que me contaste acerca de ese tipo que intentó propasarse contigo.

—No te preocupes, algunos hombres piensan que la mujer taxista está disponible para cualquier cosa, pero me defiendo bien, sé cómo actuar si intentan faltarme al respeto. Por cierto, gracias por las tostadas que me has preparado, ya has visto que he devorado tu rico desayuno. Me encantan estas charlas y los ricos almuerzos contigo, lo mejor de todo es tu compañía.

—Eres un ángel, se me cae la baba al escucharte. Una chica guapa y buena, cualquier día encontrarás a un hombre que merezca tu amor.

—Ya te he comentado varias veces que no creo en el amor. Dudo que encuentre a un hombre como tú, comprensivo, cariñoso, que me respete, acepte y valore como soy. Que no juzgue mis acciones. Que valore mis defectos y virtudes por igual, porque no soy perfecta ni pretendo serlo. No creo que haya un hombre que esté dispuesto a acompañarme en mis días amargos, que esté a mi lado cuando necesite su apoyo. Un hombre que me haga sentir especial y admirada. Sé que es imposible encontrarlo, así es como veo que tú miras a Mercedes y así también percibía el amor que le tenías a mamá.

—Me idolatras porque soy tu padre, me siento halagado, pero estoy convencido que hay alguien esperándote en algún lugar. Te hará muy feliz, porque eres maravillosa.

Jesús la abraza y Keyla se cobija en sus brazos en los cuales se siente segura, con frecuencia le recuerda lo mucho que la quiere, desde que su exmujer se fue de casa, ha intentado darle más cariño. Cuando Alicia se marchó, su hija era una joven de quince años y pensó que a su edad tenía que protegerla de las malas influencias. Sentía que Keyla era más vulnerable por lo sucedido, procuró estar muy pendiente de ella. Por suerte, sus amigos eran de fiar y la mayoría son buenos chicos. Keyla creyó sentirse rechazada por su madre sin ningún motivo, aunque él la convenció de lo contrario. Impidió que su separación le causara un trauma.

A los pocos días de irse su mujer, los dos hablaron por teléfono y decidieron no reprocharse nada. Dieron por hecho que su matrimonio había llegado a su fin, eran adultos y debían afrontar su ruptura, sobre todo por su hija. Continúan manteniendo un fuerte vínculo entre ellos, se consideran buenos padres de una chica encantadora.

Ella y su mamá suelen quedar semanalmente, tienen buena relación. Jesús se siente feliz al saberlo. Aprendió a vivir sin Alicia, aunque le guarda un gran cariño, ya no la ama.

Cuando Jesús conoció a Mercedes, le atrajo nada más verla. Paseaba sola por la plaza, fue una mañana de agosto y hacía un calor sofocante. Se fijó en ella y la siguió con discreción, vio que entraba en la Basílica del Pilar. Encendió una vela a la virgen como ofrenda, es muy devota. La luz iluminaba su rostro angelical, a él le pareció la octava maravilla del mundo. Se enamoró al instante de la malagueña salerosa y decidió entablar conversación con la excusa de las altas temperaturas estivales.

—Buenos días, disculpa mi intromisión, pero es que me he fijado que tienes las mejillas bastante rojas, ¿te encuentras bien?

—Sí, gracias, no te preocupes. Es que, a cierta edad, los sofocos en las mujeres son frecuentes. Los cambios hormonales me afectan como a cualquiera, hoy no he traído mi abanico en el bolso y lo estoy pasando mal pero bueno, no es lugar para charlar contigo de estos temas personales.

—Aquí al lado hay un bar en el que sirven granizados, ¿te apetece uno? Te invito —propuso Jesús con determinación.

—Te lo agradezco mucho, pero es que no suelo tomar nada con desconocidos.

—Entiendo que desconfíes de mí. Sin embargo, puedes estar tranquila, soy un tío legal, como diría mi hija, no tienes de qué preocuparte. Por cierto, me llamo Jesús Cárpena. Vivo en esta bella ciudad. —Extendió su mano para saludarla, ella la aceptó de buen grado.

—Yo soy Mercedes Angulo. También resido aquí —respondió con una sonrisa, él le inspiraba confianza, aunque no suele fiarse de nadie extraño.

—Encantado de conocerte. Mi propuesta sigue en pie. —Jesús tiene carisma y don de gentes, al momento convenció a Mercedes para tomar el refrescante granizado.

—De acuerdo, pero si no te importa, prefiero tomarlo en una mesa de la terraza. Hoy corre un poco el aire y en la sombra se está mejor.

—Como prefieras, a mí me da igual donde nos sentemos. Cuando venga el camarero, que nos diga de qué sabores hacen los granizados. Si te apetece una cerveza, un vermut o algún otro refresco, lo pides.

A partir de ese día, surgió la chispa entre ellos, siguieron viéndose con frecuencia.

Mercedes presume con orgullo de su metro cincuenta de estatura, es muy coqueta. En invierno, siempre suele tener frías sus pequeñas manos que él coge con dulzura entre las suyas para darle calor mientras pasean por la calle.

La mujer cuida su salud para mantenerse en forma gracias a que practica deporte.

Se maquilla de forma discreta y luce bonitas prendas de vestir. Tiene el cabello color negro y los ojos marrones, de rostro risueño, transmite confianza nada más conocerla.

Cuando va a la playa, su piel coge un bonito bronceado que aún la hace más atractiva para su pareja. Le fascina que el agua salada del mar bañe su piel al nadar. Se queda muy relajada tras caminar por la orilla de la playa. Suele tomar el sol, tumbada en la toalla, sin la parte superior del bikini y así evita que la prenda le oprima sus grandes y redondeados senos.

No tiene prejuicios, siempre dice que el cuerpo debe exhibirse sin ningún pudor, Jesús le da la razón. Admira a esa gran mujer, jamás hubiera imaginado que volvería a sentir un amor tan intenso por otra que no fuera Alicia.

Mercedes le ha enseñado a bailar sevillanas. Cuando van a una sala de fiestas y suena un tema para lucirse en la pista, presume de ello.

Llevan dos años de relación, hay buena química. Se siente vital y en plena forma cuando está a su lado.

El exmarido de Mercedes murió a consecuencia de llevar una vida ajetreada. Era adicto al alcohol y jamás acudía a las visitas médicas. Finalmente, esa dependencia causó su muerte.

Ella no fue feliz a su lado, ya que, para su desgracia, él la maltrataba, no físicamente para no dejar ninguna evidencia, sino psicológicamente, haciendo que se sintiera menospreciada y poco valorada, solo quería humillarla.

Al morir su marido, sintió tristeza, pero, por otra parte, su pesadilla terminó cuando le dio el último adiós.

Desde entonces decidió viajar, recorrer el mundo, ya que con él no pudo hacerlo debido a las grandes deudas que tenía a causa del juego. Lo poco que ganaba ella en su trabajo de modista, lo derrochaba su exmarido en vicios.

Al conocer a Jesús, un año después de enviudar, se mostró reacia a confiar en un hombre, en cambio, el tiempo le ha demostrado que todos no son iguales.

A su lado se siente una mujer nueva, por fin siente que su vida tiene algún sentido. Él la comprende, la mima, la cuida como merece.

Mercedes le corresponde con la misma intensidad, mantienen largas conversaciones de todo, se conocen a la perfección. Tienen las mismas aficiones, caminar, viajar e ir al cine, entre algunas más.

Ambos son muy románticos y suelen ver películas de amor, de vez en cuando, Keyla los acompaña. Cuando la chica no queda con sus amigos algún sábado por la noche, los tres suelen

jugar en casa a juegos de mesa, parchís, dominó y otros más, incluso al bingo.

Ella acostumbra a ser la ganadora, pero lo importante para los tres es la buena compañía, así como pasar unos momentos entrañables juntos.

La hija de Jesús pronto le cogió cariño a Mercedes. Aunque no es su madre, y no puede quererla como tal, la considera un hada madrina, pues entre las dos hay una buena amistad.



Keyla se dirige a la oficina de su jefa y mejor amiga, Teresa Vázquez, la propietaria del negocio en el que trabaja como autónomo. Teresa y su hermano gestionan la empresa familiar de taxis que fue fundada por sus padres, ambos ya jubilados, y en la que hay varios empleados más. En total son ocho personas quienes trabajan en Taxis Vázquez.

Teresa es una muchacha de veinticinco años muy atractiva, con un largo, abundante y rizado cabello rubio. Sus labios son gruesos y la nariz respingona. Tiene unos impresionantes y grandes ojos azules, parece una actriz de cine. Su madre es de origen alemán, ha heredado de ella el tono de su llamativa melena rubia. Le gusta hacer deporte y practica el senderismo. Su altura, de metro setenta y cuatro y sus bonitas curvas, son envidiadas por sus amigas. Cuando salen de fiesta, es la primera del grupo de chicas que llama la atención de hombres y mujeres. Keyla y ella se conocieron en el gimnasio, hace bastante tiempo, y desde entonces mantienen una bonita amistad.

—Hola, Tere, ya estoy aquí, te advierto que no puedo entretenerme mucho, ¿para qué me has llamado? —le pregunta al entrar a la oficina de la empresa situada en un moderno edificio de la capital. Se dan dos besos en las mejillas.

—Buenos días, brujita, por lo que veo, hoy estás un poco apurada. Tienes las mejillas muy rojas. Se nota que has venido casi corriendo, pero no te preocupes, no te robaré mucho tiempo. Sé que a estas horas hay mucha faena en la ciudad, las fiestas del Pilar son esta semana y hay bastante turismo en Zaragoza.

—Sí, y quiero aprovecharlo, ya sabes que me tomo muy en serio mi trabajo —le responde sonriendo mientras saca de la máquina un café para las dos. Adora a Teresa, viven muy cerca una de la otra, en el mismo barrio del Casco Viejo, son como hermanas.

—Iré al grano para no entretenerte. Te aconsejo que no te agobies tanto, no vale la pena que vayas tan estresada. No es bueno para la salud, siéntate y tomamos el café tranquilas.

—De acuerdo, es que estos días hay bastante afluencia en la ciudad. Como sabes, el turismo ha aumentado de forma notable.

—Es cierto y te doy la razón, pero tómalo con calma. Verás, te he comentado varias veces que mi buen amigo, el mallorquín, Lucas Guzmán, tiene junto a su pareja un pequeño hotel de cocina española en uno de tantos impresionantes condados que hay en Escocia, concretamente en Peebles.

—Sí, lo sé, al que por cierto estamos invitadas cuando queramos ir. Acuérdate que una vez me

lo dijiste. Creo recordar que cuando estuviste de visita en Escocia, ellos aún no vivían allí si no me equivoco.

—Exacto, y Lucas mantiene su proposición. Suelo hablar casi cada semana con él, ayer mismo lo llamé por teléfono. Me enteré por su madre que tiene gripe, ya te comenté que es muy amiga de la mía y se lo cuentan todo. Cuando lo he sabido, quise interesarme por su salud.

—Has hecho bien, según dices, es una excelente persona.

—Sí, ya sabes cuánto lo admiro. Al menos estuvimos una hora hablando durante la conversación, él ya está mejor, aunque sigue en la cama. No ha cambiado nada desde que estábamos juntos en el colegio, sigue siendo encantador.

—Yo nunca lo he visto, pero según lo que me has contado, es un buen chico, aunque supongo que no me has llamado para charlar sobre él. Espero que me lo digas pronto, estoy deseando irme para comenzar a trabajar. —Keyla comienza a estar apurada, se levanta de la silla dispuesta a marcharse cuanto antes.

—Vale, ahí va la buena noticia por la que te he llamado. Al comentarme mi amigo que actualmente está creciendo el turismo en Peebles, me he planteado dar un cambio a nuestro futuro, incluso él me animó a dar ese paso. He estado toda la noche dándole vueltas al asunto y he pensado que no nos vendría mal expandir el negocio en Edimburgo, ¿qué opinas? Lucas se ha ofrecido a ayudarnos en todo lo que pueda, confío mucho en él.

—Amiga, yo no puedo opinar sobre tu futuro, aunque a simple vista parece buena idea, pero la decisión es tuya, ahí no tengo nada que ver. —comenta Keyla con asombro sin intuir lo que Teresa quería proponerle.

—Pues te equivocas, este tema te concierne a ti también. Eres una buena taxista, amable y respetuosa con los clientes. He pensado que puedes ir tú a ejercer allí. Te veo como la candidata perfecta para ese puesto. Aparte de mi hermano, eres la única de los que trabajamos en esta empresa que domina el inglés.

—¿Me lo estás diciendo en serio? A ver, me siento halagada por tu confianza, sin embargo, no puedo irme de Zaragoza, mi padre vive aquí y mamá muy cerca. Reconozco que ya no hay tanta gente que coja el taxi, sé que la demanda ha disminuido, pero no es suficiente motivo para dejar de conducir en nuestra ciudad.

—Y no me extraña, han bajado los precios del transporte público.

—Es que las nuevas tarifas están muy bien, entiendo que algunos clientes se decantan por esta opción, yo en su lugar también lo haría. Por otra parte, estoy satisfecha con mi sueldo, no puedo quejarme. Creo que no necesito marcharme de España.

—Por lo que veo no me he explicado bien, te ofrezco mejores condiciones económicas. Te las he redactado en este contrato que es un simple borrador. Lo he escrito solo para que lo veas, échale un vistazo. —Teresa le extiende una hoja—. Si decides aceptar —prosigue—, la gestoría lo redactará de forma específica, como es debido. Ya verás que nuestra empresa se encargará de los gastos de tu alojamiento hasta que encuentres una vivienda a tu gusto en Escocia.

—Tal como lo explicas suena muy bien, pero allí estaría sola, no conozco a nadie.

—No te preocupes, Lucas se compromete a ayudarte en todo lo que sea posible, te alojarías en su hotel nada más llegar.

—¡Qué majo es! Todo esto lo haría por ti, te aprecia mucho.

—No importa por quién lo haga Lucas, sino que estarás acompañada en Escocia y es lo que cuenta. En cuanto a tus padres, veo que están felices con sus parejas. Pienso que algún día tendrás que volar del nido familiar, digo yo, ¿o es que te vas a quedar a vivir con tu padre toda la vida?

—Para nada, mira que eres insistente y pesada a veces. Admito tu consejo porque nos llevamos muy bien, ya que de lo contrario te mandaba a freír espárragos. De hecho, no eres la más indicada para hablar, tú también sigues viviendo todavía en casa de tus padres.

—Tienes razón, no debería darte consejos que yo misma no he aplicado. Espero que pronto pueda independizarme, estoy deseando tener mi propio espacio en otro lugar.

—Yo también tengo ganas de independizarme para estar sola y hacer lo que me dé la gana, no pretendo vivir con mi padre toda la vida. Hace un rato, me ha preguntado si me importa que Mercedes venga a vivir a casa y no me he negado. Faltaría más, pero sé que tengo que irme algún día. Te lo he referido varias veces.

—Piensa en mi propuesta, no quiero presionarte, pero estoy convencida que te irá bien un cambio de aires. Además, puedes alojarte un tiempo y si no estás cómoda o los escoceses te agobian, vuelves a Zaragoza, no hay problema. Allí necesitamos a alguien de confianza, se lo he comentado a mi hermano y me ha dado su aprobación.

—Si no fuera porque su mujer es médico y está embarazada, igual hubiera ido él a Escocia, ¿me equivoco?

—Así es, Ricardo domina varios idiomas, pero tanto él como mi cuñada quieren que el bebé nazca en Zaragoza, nunca se irían de aquí. Además, ella es una de las más prestigiosas oncólogas de España, su labor es muy importante en este país. Ojalá algún día logren erradicar esa dichosa enfermedad que no quiero nombrar. —Keyla asiente a ese último comentario de su amiga.

—Déjame que lo medite un poco, mañana te doy una respuesta, no te prometo nada. Escocia es una asignatura pendiente para mí, uno de los países europeos que no he visitado y he visto muchos, ya lo sabes, pero reconoce que tu idea es un poco precipitada, gracias por vuestra confianza.

Keyla coge su bolso, le da dos besos en las mejillas a Teresa y se va, lleva consigo el borrador del contrato.

Durante todo el día y mientras trabaja, piensa en la opción de irse de Zaragoza al menos un año, pues necesita dinero, su ilusión es comprarse un piso en la capital aragonesa, ya que se ha acostumbrado a vivir allí. El precio de la vivienda ha subido mucho en los últimos meses. Su padre con frecuencia refiere que no le hace falta irse de su casa, pero ella quiere tener su intimidad. En realidad, nunca ha conocido a nadie que le haga tener mariposas en su estómago a causa del amor. Al vivir acompañada, no puede invitar a ningún chico a casa y quiere remediarlo. Es una mujer que disfruta del sexo y no tiene tapujos a la hora de quedar con un hombre que le atraiga. Si se fuera a Escocia, ganaría dinero suficiente para tener su propio piso. Medita esa opción con las ventajas y desventajas de ese posible cambio en su vida.

Esa misma mañana y durante un rato que estaba libre, aparca el coche en una calle poco transitada y mira el contrato. Al leerlo, ve que Teresa le ha ofrecido una gran oportunidad laboral, calcula los ahorros que podría conseguir en el caso de aceptar la oferta de trabajo. Con esa buena suma de dinero, más el que tiene en su cuenta corriente, podría emanciparse en poco tiempo. Lo cierto es que la idea le seduce, al inicio le ha parecido una auténtica locura, pero le está dando vueltas a la cabeza y poco a poco va cambiando de opinión.

El día transcurre normal, bastante ajetreado a causa de los turistas que han ido a la fiesta del Pilar. A las ocho de la tarde, después de un servicio por la ciudad, se va a casa. Su padre es propietario de un moderno y amplio piso de tres habitaciones con unas vistas impresionantes al río Ebro.

—Hola, hija, ¿cómo te ha ido? —la saluda Jesús al llegar.

—Muy bien, he tenido mucho trabajo, he dado varios viajes al aeropuerto. Zaragoza está

repleta de turistas, hace buen tiempo y las fiestas se celebran a lo grande. Estoy muy cansada, ¿sabes? Tengo noticias. Esta mañana he recibido una propuesta que no esperaba, voy a darme una ducha y te cuento los detalles mientras cenamos.

A los quince minutos, sale al comedor ya vestida y dispuesta a preparar la mesa. Su padre ha cocinado unos guisantes hervidos con cebolla rehogada y jamón serrano, que a ella le encantan. Una vez que se sientan para cenar, explica con entusiasmo la propuesta de Teresa. Jesús la escucha con atención, cuando su hija le enseña el contrato de trabajo, lo revisa antes de dar su opinión.

—Keyla, eres una gran mujer y te mereces tener éxito, pero quiero que lo pienses bien antes de aceptar esta oferta. Me siento culpable, justo esta misma mañana hemos hablado del tema de la mudanza de Mercedes a esta casa y te planteas irte. Tengo la impresión de que soy el causante de tus dudas.

—No te sientas mal, lo tuyo no tiene nada que ver, ha sido casualidad. Le he estado dando vueltas al tema todo el día y creo que, aunque sea muy precipitado, aceptaré la propuesta. Ganaré un buen sueldo, el suficiente para ahorrar y dar una buena cantidad de dinero para comprarme un piso en Zaragoza. Sabes que estoy mirando vivienda de segunda mano en diferentes inmobiliarias. Cuanto menos interés de la hipoteca pague, mejor. No puedo permitirme tenerla muy alta.

—Te entiendo, pero pienso de forma egoísta y no quiero que te alejes de mí.

—Papá, necesito mi independencia personal. Si sigo trabajando en la ciudad no podré conseguirlo. El negocio del taxi es cada vez más complicado porque hay bastante competencia, tú lo sabes mejor que nadie. Las cosas se están poniendo muy difíciles en nuestro país.

—Tienes razón, yo también observé otra cosa, permíteme que te lo diga. Con tu sueldo sueles hacer viajes por Europa, que me parece muy bien, pero reconoce que así no puedes ahorrar mucho.

—Yo no voy a renunciar a mis viajes, pienso seguir recorriendo el mundo con mi mochila a cuestas.

—Vale, como quieras, pero piensa que ahora los gastos de casa los pagamos a medias, aunque cuando te emancipes correrán solo a tu cargo, tenlo en cuenta. Que te quede claro que no quiero influenciar en nada, es solo un consejo, la última palabra la tienes tú.

—No puedo rechazar este empleo, soy muy aventurera y me gusta vivir nuevos retos. Tú siempre me verás como una niña, lo veo normal, pero tengo veinticinco años y sé defenderme sola. Irme a trabajar a Escocia me seduce ya que nunca he estado, pactaré los días festivos con mi jefa. No te preocupes, vendré de vez en cuando a visitaros a ti y a mamá, a la que por cierto llamaré mañana para decírselo. Espero que también vengáis a verme con vuestra pareja.

—Llámala, sí, tu madre se quedará tan sorprendida como yo con la noticia. Otra cosa, ten por seguro que Mercedes y yo iremos más de una vez a visitarte.

—Reconozco que me he comportado como una niña durante todos estos años al no querer ir a casa de mamá, tan solo lo he hecho un par de veces. Estoy dispuesta a enmendar mi error. Sé que es feliz con su actual marido, quiero llevar a partir de ahora una relación más cordial con él. Veo que es dichosa al lado de Eloy y para mí es lo importante. Por otro lado, Mercedes vendrá a vivir contigo y no estarás solo cuando me vaya. Tanto a ti como a mamá, os dejo en buenas manos.

—Parece que ya has tomado la decisión de irte. Tus palabras suenan a despedida y ante ese hecho no me queda nada más que añadir. Solo quiero desearte suerte, cariño, te echaré de menos. Eres una mujer madura, confío en ti porque sabes lo que haces. ¿Te ha comentado Teresa cuándo te marcharías en caso de aceptar su propuesta?

—De eso no hemos hablado, pero creo que lo mejor sería irme en cuanto tenga el billete de avión, como mucho en un par de semanas.

—¿Tan pronto? ¿Has pensado qué hacer con nuestro taxi? Supongo que la empresa te proporcionará uno en Escocia para ejercer tu trabajo.

—Sí, de hecho, en una cláusula del contrato, consta bien especificado que se harán cargo de comprar un coche para mí. Respecto al nuestro, de momento puedes dejarlo en el garaje. Aún conduces y tal vez yo lo necesite más adelante, nunca se sabe. La empresa se compromete a arreglar los papeles que necesito para mi nuevo empleo. La gestoría que los lleva se encarga de redactar el contrato legal como es debido, el que te he enseñado es un borrador que ha hecho Teresa. Más que nada para que yo supiera cuáles son las condiciones.

—Es una buena jefa, aunque tú eres la mejor de sus empleados y lo sabe. Respecto a lo que me has comentado sobre hacer las visitas a tu madre con más frecuencia, lo acepto. Es más, creo que ya era hora que dieras tu brazo a torcer, te quiere con locura y la harás feliz.

—¿Qué vas a decir siendo mi padre? Gracias por tu apoyo, es muy importante para mí. — Keyla se levanta de la silla y le da un beso.

Al recoger la mesa, se despide y se va a dormir, aunque no puede hacerlo pensando en Escocia. Una vez acostada, coge su teléfono móvil y busca por internet información de Peebles. Se imagina conduciendo por sus calles. Le ha enviado a Teresa un WhatsApp, ha quedado en darle la noticia de su decisión al día siguiente.

Capítulo 3



El viaje de Alexander

A las siete de la mañana del 11 de octubre, el avión privado del escocés Alexander McMoray, de treinta años, aterrizó en Zaragoza. Su propietario llegó desde el aeropuerto de Edimburgo por un viaje de negocios.

Es un respetado empresario, dueño de una de las empresas de whisky más reconocidas y valoradas del mundo. Ejerció sus estudios superiores en la reconocida Universidad de Edimburgo. Buen estudiante que durante todo ese período quiso esforzarse al máximo por cumplir sus metas. Sabe lo que quiere e intenta alcanzarlas tanto a nivel personal como en el ámbito laboral, no teme a nada.

De pequeño era tímido y apenas quería hablar con sus compañeros de clase, pero años más tarde, su vida cambió. Cuando mira atrás y ve algunas fotos, sabe que aquel niño que fue se quedó en esas imágenes y ya no volverá a ser el mismo.

Tiene un carácter desenfadado, es extrovertido con la gente que conoce, fiel a sus principios. Un hombre con las ideas muy claras respecto a lo que quiere.

En su época colegial sufrió *bulling*, le costó decírselo a sus padres que en cuando lo supieron por él, denunciaron a la tutora del pequeño por no haberlos informado debidamente. Lo

cambiaron de centro escolar esa misma semana. En el nuevo colegio se sintió un alumno más, bien acogido por sus compañeros.

Aquella etapa le hizo ver que los amigos verdaderos te aceptan tal como eres, sin pretender cambiarte ni ser como a ellos les gustaría.

Un chico responsable y familiar, hijo único de una pareja que lleva bastantes años de feliz matrimonio, Diarmad y Bonnie, sus padres.

Desde que era pequeño, aprendió que la familia y en concreto la suya, el Clan Moray, es muy importante en su vida. Para él es fundamental ser un hombre de tradiciones.

Algunos sábados suele ir a casa de sus padres, que viven en una lujosa y amplia casa de Stirling. En las cuadras, tiene un caballo de raza escocesa llamado Hope que cuida desde que nació. Le encanta cabalgar por las tierras de los McMoray, la extensa finca tiene algunos años de antigüedad. Disfruta manteniendo largas conversaciones con sus padres, mientras cabalgan juntos y pasan un magnífico día los tres juntos. Aunque Diarmad y Bonnie tienen dos personas a su servicio, a los que aprecian como si fueran parte de la familia, Bonnie cocina un solo día de la semana en el que prepara a su único hijo los platos que más le gustan.

Alexander no se considera un hombre de lujos, odia estar obligado a relacionarse con gente de su círculo social debido a su negocio.

En ocasiones, piensa que algunas personas son hipócritas y le sonríen con interés. Está convencido de que el dinero no hace la felicidad. Cree que nadie es superior a otros por tener una buena cantidad de dinero en su cuenta corriente.

Con veinticinco años, dejó el hogar materno. Compró un bonito apartamento de estilo georgiano en Peebles, situado a orillas del río Tweed, el que ve a través del gran ventanal que hay en su estancia personal. Cerca hay un frondoso bosque en el que suele correr a diario.

La vivienda tiene doscientos cincuenta metros distribuidos en cuatro habitaciones dobles, una en suite, tres baños, sala de estar y una gran cocina con una isla que el chico suele utilizar con frecuencia.

Los fines de semana, que no va a ver a sus padres por alguna razón, disfruta preparando para sus amigos sabrosos platos típicos de varios países que acostumbra a visitar para promocionar su whisky.

Su sencillez es el tema principal en las revistas escocesas de prensa rosa. Jamás ha dado pie a las críticas, procura escabullirse de los periodistas que al reconocerlo por la calle intentan sonsacarle ciertos aspectos de su vida privada, él prefiere mantenerla en secreto, aunque no tenga nada que ocultar.

No le gusta airear sus relaciones personales, es discreto e intenta que no salga a relucir el nombre de ninguna mujer por breve que sea su aventura juntos.

Alexander admira la relación que mantienen sus padres. Desde que se conocieron a sus quince años, nunca se han separado uno del otro. Cuando se miran a los ojos, les brillan de forma asombrosa, el amor ilumina sus corazones. La clase de amor que hace especial a la otra persona cuando provoca en su pareja ese sentimiento. Bonnie es una mujer cariñosa y familiar que intenta con frecuencia aconsejar a su hijo en lo que haga falta, sin influenciarlo en ninguna decisión. Se ha convertido en su mejor amiga y confidente. A sus sesenta años mantiene un tipo envidiable, su cutis es terso. Su espíritu jovial causa admiración en quienes la conocen.

A sus sesenta años recién cumplidos, Diarmad quiere viajar por España con su mujer y pretende que conozca cada ciudad del país natal de su suegro. Bonnie disfruta mucho en sus viajes y España es uno de sus rincones preferidos, más sabiendo que su padre nació en el país, concretamente en Burgos. Con treinta y dos años emigró a Edimburgo donde conoció al amor de

su vida, de esa unión nació Bonnie, su única hija, en Escocia. Ella domina perfectamente el idioma paterno y se lo ha ido enseñando a Alexander desde que era pequeño.

El marido la quiere sorprender y ha reservado un maravilloso crucero por el Mediterráneo.

Una vez que finalice el crucero y el barco regrese a España, tiene previsto alquilar un coche para recorrer todo el país de norte a sur. Está deseando darle la sorpresa a la única mujer que ha amado, su maravillosa Bonnie. Ella le ha enseñado a querer incondicionalmente y a saber que la vida es corta y vale la pena ser feliz.

A Diarmad le costó mucho sacrificio fundar la destilería que dirige Alexander, actual propietario de una de las más prestigiosas empresas de whisky, el negocio familiar desde hace varios años. Hace pocos meses, decidió dejar a su hijo a cargo de la empresa. Es un hombre que se propone ser justo en todo momento. Al decidir ceder su puesto de director general a Alexander, sabía que triunfaría. El chico es responsable, su padre considera que sabe llevar el negocio mejor que él.

En el negocio del whisky hay bastante competencia y gracias a Bonnie, Diarmad fue un buen emprendedor, ella es su amiga y compañera.

Juntos han sabido desafiar al difícil destino. Su vida no ha sido un jardín de rosas precisamente debido a los obstáculos, pero han procurado no pincharse con alguna espina de ese rosal, manteniendo encendida la llama del amor por encima de cualquier bache.

Ese intenso sentimiento es envidiado por su hijo, quien cree que nunca podrá disfrutarlo al lado de ninguna mujer. Está convencido de que su alma gemela no existe y así se lo ha mencionado a su madre varias veces.

—Hijo —responde Bonnie siempre que él hace algún comentario sobre ese tema—, sé que vas a conocer a una mujer que te va a querer locamente y sabrás que es la ideal para ti cuando la mires a los ojos. Sentirás en tu interior que no hay nadie como ella. Olvidarás en ese instante el mundo que te rodea y solamente existirá tu alma gemela. Cuando eso suceda, déjate llevar por el corazón, el amor no entiende de razones sino de latidos. —Esas palabras las repite con frecuencia, pero él no quiere ni oír hablar del tema.

Alexander es un apasionado de la música clásica, cuando llega a su apartamento cada tarde después de la jornada, acostumbra a servirse un whisky de su destilería y se sienta en el sofá para tomarlo mientras sus oídos disfrutan de ese placentero momento.

Cuando conduce su coche suele oír pop o rock, si alguno de sus grupos preferidos da algún concierto, no se pierde ninguno. Goza de la magia de esos eventos multitudinarios. Su abuelo paterno le enseñó a tocar la gaita de las Highlands, al fallecer este, su instrumento fue uno de los objetos personales que él heredó. En las reuniones familiares, el chico suele tocarla mientras recuerda emocionado los momentos especiales que disfrutaron los dos juntos, incluso alguna vez luce su kilt. En general, está muy orgulloso de su legado celta.

En algunas ocasiones, no tolera la sinceridad en una persona, prefiere la prudencia, ya que no es un hombre que exteriorice sus sentimientos fácilmente. Se considera un romántico empedernido, de la clase de hombres que envía flores con frecuencia a su chica, le hace regalos sorpresa y algunos detalles más, incluso escribir alguna carta de amor si fuera necesario, pero hasta ahora no ha tenido que hacerlo. La flecha de cupido no ha alcanzado su corazón. Nunca ha estado comprometido, tiene varias amigas y con alguna de ellas comparte alguna buena velada de vez en cuando en la que no falta el champán.

Por alguna razón, el guapo empresario da una imagen errónea a la gente que no se corresponde con su personalidad. No hace nada por evitarlo, le da igual lo que opinen de él. Creen que es un chico engreído que tiene todo lo que desea a su alcance y por ese motivo no da valor a nadie. Es

todo lo contrario, pese a la imagen que puedan tener de él, da bastante importancia a la gente que le rodea, valora mucho la amistad.

Sale a divertirse muy a menudo con sus colegas por los lugares de ocio más famosos de la ciudad. Lo que más admiran de él, es que no es prepotente ni vanidoso por su buena posición social, el dinero no es su prioridad. Quienes frecuentan los mismos lugares, lo reconocen al instante, pues suele salir de vez en cuando en la prensa debido a sus negocios.

A los seis años, ya comentaba con ilusión que cuando fuera mayor quería ser piloto de aviones comerciales, aunque al crecer le cogió miedo a volar. Tuvo un percance en un avión en el que iba con sus padres de vacaciones a Río de Janeiro. Desde entonces prefiere otro medio de transporte para desplazarse, procura no viajar en su avión privado si no es imprescindible.

El soltero más deseado de Edimburgo presume de su altura, metro setenta y siete, así como de su complexión atlética. Cuida mucho su imagen personal practicando ejercicio físico a diario. En su apartamento tiene una sala con todo lo imprescindible, aparatos de cardio, máquinas de entrenamiento y algunas cosas más, le gusta causar buena imagen. Sus músculos están bien marcados gracias a su constancia y dedicación.

Sus ojos tan azules como el cielo contrastan con su piel clara y poco bronceada, odia tomar el sol, pues casi siempre que se expone a la radiación ultravioleta, la piel se irrita demasiado, aunque se ponga protector. Sus labios son gruesos, tiene la nariz aguileña. Cuando sonríe, y lo hace con frecuencia, se forman dos graciosos hoyuelos en sus mejillas que lo hacen aún más atractivo. Su cabello es abundante, pelirrojo y ondulado, lo lleva corto por la parte inferior de la cabeza y más largo por la superior. Se lo cuida con esmero, igual que su cuerpo.



Los proveedores que le suministran a Alexander las barricas de roble españolas para su empresa de whisky, lo han invitado a las fiestas del Pilar. Su intención es enseñarle su nuevo proyecto, una barrica de mayor tamaño del habitual. Los dueños de la fábrica querían tener un detalle con su mejor cliente extranjero y corren con los gastos de su alojamiento en el prestigioso hotel Hiberis, de cinco estrellas, situado en el centro de Zaragoza.

No es la primera vez que viaja a España, un país que le gusta por su cultura, el clima, la sabrosa cocina mediterránea y sus amables gentes. Ha estado en las principales ciudades españolas, cada una de ellas tiene su encanto. Le gusta probar los platos típicos de la zona que visita, así como pasear por los lugares que le aconsejan para hacer turismo.

Cuando sale del aeropuerto, Alexander se dirige a la parada de taxis. Al momento se acerca un vehículo que estacionó justo delante de él, la taxista abre el maletero del coche para que guarde el equipaje, aunque él lleva solamente una pequeña maleta de cabina, color negro, de piel.

Una vez acomodado en uno de los asientos traseros, le indica a la conductora el hotel en el que se aloja.

Ella pone el taxímetro en marcha.

El tráfico es fluido y mientras conduce le gusta escuchar la radio, suele sintonizar una emisora de música pop con la que se distrae del agobio de la ciudad. Su cliente no es muy hablador por lo que parece, pero no tiene intención de interrogarlo, procura no preguntar a nadie los motivos de su viaje. Cree que hay gente a la que podría molestarle su indiscreción.

No puede evitar mirarlo con disimulo por el retrovisor, le resulta un hombre atractivo. Se fija en su brillante cabello corto y anaranjado, le da la impresión de que debe ser algún ejecutivo adinerado por su ropa de marca. Viste un pantalón tejano color negro y un jersey tricolor de tono blanco y gris. Justo antes de entrar al coche, ha podido oler la fragancia de su caro perfume.

El hombre tiene algo especial que le atrae, no sabe cuál es el motivo, se pone nerviosa con solo oírlo respirar.

Intenta concentrarse en la carretera para no pensar en el desconocido. Conduce con cautela cuando él interrumpe sus pensamientos, prefiere no dar rienda suelta a sus impulsos. Ese chico podría ser el inspirador del sueño erótico de cualquier persona. Es del tipo de hombres que hace enloquecer con su mirada, lo ha sabido nada más verlo.

—Disculpa, ¿te importaría bajar el volumen de la radio? Me molesta un poco. No puedo concentrarme en mis negocios, estoy trabajando con la tablet y me distraigo con facilidad si oigo algún ruido —pide Alexander muy amablemente a la taxista.

—Para nada, lo hago en un santiamén —contestó ella con educación, dispuesta a bajarlo, pero en ese momento observa por el espejo retrovisor que él da un bufido. Por lo visto se siente fastidiado por la situación, no puede disimularlo y ella se enfada sin poderlo evitar.

La conductora no solo decide en ese momento ignorar su petición, sino que, sin pensárselo dos veces, debido al comportamiento casi infantil del muchacho, hace todo lo contrario de lo que él le ha pedido con educación. Ella comienza a cantar uno de sus temas favoritos del solista inglés que está sonando en la radio, subiendo el volumen aún más.

Alexander no sale de su asombro, la engreída taxista lo está sacando de quicio. Por lo visto, para ella el cliente no siempre tiene la razón ni tiene por qué respetar sus peticiones.

Decide cerrar su tablet, con el ruido que hay dentro del vehículo es imposible concentrarse, la cabeza le va a estallar. Piensa poner una pésima valoración, también una queja si descubre que la chica trabaja para alguna empresa.

En adelante, no volverá a comentarle nada al respecto, mantiene el silencio, pero siente una extraña decepción por el desinterés que muestra la chica. Es preciosa, eso sí, por un instante ha imaginado besar sus llamativos labios, sin embargo, con ese carácter, duda que la pudiera besar, seguro que ella mordería los suyos sin dudarlo. Ni loco intentaría conquistar a una mujer tan temperamental, y no porque no le gusten, sino porque pocas veces están de buen humor.

—Hemos llegado, son cincuenta y un euros con ochenta céntimos —informa la taxista a su cliente cuando estaciona el coche en la puerta del lujoso hotel. Ha solicitado el dinero que marca la tarifa en el taxímetro.

—Toma, quédate con el cambio —responde Alexander extendiendo un billete de cincuenta euros y una moneda de dos. Hubiera preferido pagar con tarjeta, pero como dispone de dinero en efectivo, se ha propuesto darle una lección a la muchacha por su mal comportamiento hacia el cliente.

Saca su maleta del vehículo, la mira y le sonríe de una forma maliciosa. Intencionadamente, solo le ha dado veinte céntimos de gratificación. Por norma general, suele dar las gracias con buenas propinas, allá por dónde viaja, aunque esta vez ha hecho una excepción. Solo espera no volver a verla nunca y si llegara el caso, intentaría no coger el taxi de la atractiva pero maleducada española.

Ella ha preferido no bajar del coche, el atractivo chico ha resultado ser un hombre tacaño y prepotente. Está convencida que es el típico niño de papá que se cree superior a los demás por su dinero.

—Hombres, otro que no sabe cómo respetar a una mujer. Menudos modales tiene el soplagaitas —dice en voz alta, una vez que se queda sola, nunca ha tenido un cliente peor que ese, del que cree que es un imbécil. Pone en marcha el coche y se aleja del hotel, una nueva clienta ha solicitado el servicio.

Al entrar Alexander al hotel y registrarse, el botones lo acompaña a su habitación, situada en la décima y última planta del edificio, en el cual hay unas espectaculares vistas a la ciudad de Zaragoza y al río Ebro. Se aloja en una lujosa habitación individual de unos treinta metros cuadrados con baño completo en el que hay una gran bañera con hidromasaje.

El huésped da una generosa propina al empleado, quien le ha informado de los servicios del hotel con una amable sonrisa, da las gracias y se retira cerrando la puerta al salir.

Cuando se queda solo, abre la maleta, coge ropa limpia para dejarla encima de la cama, se dispone a darse un buen baño. Necesita relajarse antes de ver a uno de sus proveedores españoles a quien conoció personalmente meses atrás, no es la primera vez que visita la capital aragonesa.

Mientras se desnuda, abre el grifo de agua caliente, va graduando la temperatura óptima, cuando está a su gusto se introduce en la bañera cerrando los ojos. En ese precioso instante, imagina que la taxista se encuentra junto a él. Alexander lava su largo y sedoso cabello con delicadeza. Ella tiene la espalda apoyada en su pecho, sonríe mientras se deja mimar por él. El deseo aumenta y el muchacho deja volar su imaginación. Acaricia su cuerpo para darle el máximo placer posible, besa sus labios apasionadamente. Su corazón late a un ritmo acelerado, sin pretenderlo se excita.

De pronto, abre los ojos al oír el sonido de su teléfono móvil, maldiciendo a la persona que ha interrumpido su erótico sueño. Lo más increíble, es hacerse a la idea que la protagonista, no ha sido otra que la descarada taxista que le ha sacado de sus casillas hace apenas un rato.

—Hola, amigo —contesta al descolgar el teléfono y ver quién lo llama.

—Bienvenido, colega, ¿qué tal el viaje? Te llamo porque, si te parece bien, antes de ir a mi tonelería podemos tomar algo en el restaurante, me gustaría hablar contigo sobre un tema. Después te enseñaré la nueva barrica de roble que queremos comercializar este mes y de la que tanto te he hablado en los últimos días por sus características.

—Perfecto. Estaba dándome un baño, hoy me he estresado bastante y no ha sido por el viaje, te lo aseguro. ¿Quedamos en la recepción en media hora? Me visto enseguida, no tardaré en bajar. —Al colgar el teléfono, se prepara para reunirse con Gerardo Durán, un buen amigo de Cantabria que reside en Zaragoza debido a su negocio y con el que mantiene el contacto con frecuencia.

Alexander y él se conocieron en un evento europeo que se celebró en París, aquel día se reunieron varios empresarios relacionados con las destilerías y Gerardo acudió acompañado por su mujer. Por circunstancias, el matrimonio tuvo un percance con una de las copas de vino que servían los camareros y Alexander, que se sentó a su lado durante la comida, les ayudó a resolver el problema. Desde aquel día mantienen una buena amistad.

El directivo de Escocia incluso invitó a la pareja a alojarse diez días en su casa en una ocasión.

Al volver a verse en Zaragoza, se saludaron con un apretón de manos, a simple vista se percibe una buena amistad entre ellos.

—Hola, amigo mío, te he citado aquí porque no quería comentar por teléfono lo que está pasando con Daryl Connor —menciona el español con preocupación.

—Tranquilízate, Daryl es mi rival en el negocio de la destilería de whisky, pero no tiene nada que hacer. Mi empresa es mil veces mejor que la de mi contrincante inglés, te lo aseguro. Los clientes que prueban nuestro whisky de malta saben que ofrecemos calidad y buena textura. Lo dejamos madurar como mínimo durante cinco años para coger su tonalidad en los buenos barriles que tu empresa nos suministra. Sus varios aromas frutales, la intensidad y su sabor son inigualables. No en vano obtuvimos una medalla de oro en un concurso internacional.

—Bien merecido ese premio, tu padre salió en la portada del periódico con su trofeo en la mano. No hace mucho me regalaste una botella de vuestro whisky y lo cierto es que nunca he probado uno tan suave al paladar, te felicito —dijo Gerardo con sinceridad.

—Gracias por tu fidelidad, pero ahora estoy deseando saber qué te preocupa, nada de lo que me digas sobre Daryl me va a sorprender.

—Verás, el caso es que ha llegado a sus oídos que en breve anunciaremos al mundo la nueva barrica de roble con la que, sin duda alguna, ofreceremos mejor calidad que hasta ahora. Daryl me ha propuesto patentarla a nombre de su empresa, incluso ir al cincuenta por ciento, pero no me fío de él. Quería consultarlo contigo porque te di mi palabra de que tú serías el primer cliente al que se las vendería, yo siempre cumplo lo que prometo. Eres uno de mis mejores clientes, también mantenemos una buena amistad, estoy deseando conocer tu opinión —comenta Gerardo mientras toman un café.

—Eres muy leal, te doy las gracias. Es cierto que me diste tu palabra, pero no quiero presionarte. Tienes derecho a velar por los intereses de tu empresa como también a vender tus barricas a varios comerciantes. Respecto a Daryl, te aconsejo que no le des la opción de patentarlas a su nombre, pues de lo contrario nunca te dejará tomar ninguna decisión por tu cuenta. Lo conozco un poco y sé que le gusta ser el centro de atención, es bastante controlador. A sus treinta y un años es un hombre muy inmaduro.

—Sí, me consta que algunos de sus empleados se fueron de su empresa para trabajar en la tuya porque él pretendía que ampliarán la jornada laboral más horas de las permitidas.

—Y no solo eso, recuerda que al saber que la fábrica de alambiques de Edimburgo estaba en crisis, estuvo a punto de comprarla. Sus propietarios, entre ellos mi buen amigo Philip, no quisieron venderla. Preferían cerrarla antes de que el engreído Daryl se apropiara del negocio. Por suerte aquella etapa quedó atrás y la mala racha terminó, la empresa sigue en auge dando buenos beneficios —informa Alexander a su proveedor, recuerda cuánto sufrió su amigo durante aquel tiempo, incluso él se ofreció a ayudarlo económicamente para que no perdiera la empresa, finalmente contactó con un inversor inglés que financió la solvencia del negocio salvando a Philip y a su socio de la ruina.

—Alexander, gracias por tu consejo. Tenía mis dudas respecto a él, pero te haré caso, no me dejaré embaucar. Eres un hombre justo y has sabido coger las riendas del negocio familiar con orgullo y valentía. Tienes fama de mujeriego, sin embargo, pocas personas te conocen de verdad. A simple vista, pareces un chico rico que no aprecia nada más que el dinero y no respeta a nadie, aunque eres todo lo contrario, tu empatía por los demás es admirable. —Gerardo ha dicho esas palabras con total sinceridad, se levantan de la silla de la cafetería para dirigirse a su empresa. Mientras conduce el coche, Alexander, que está sentado en el asiento del copiloto, le comenta el motivo de su estrés. La causante ha sido la taxista que ha conocido esa misma mañana.

—Lo peor de todo es que a pesar de lo guapa que es me ha sorprendido su poca amabilidad. Creo que como cliente debería presentar una queja. Al apearme, me he fijado en el coche y he visto que pertenece a una reconocida empresa de taxis, con muy buenas opiniones en su web, pero yo no opino igual que la mayoría de personas que han publicado su experiencia, estoy muy

decepcionado.

—¿Qué compañía es? Conozco una de Zaragoza que tiene mucho prestigio, cuando ha venido algún cliente extranjero yo mismo la he recomendado. Pensé que a ti también te lo había dicho, disculpa. —Gerardo sigue conduciendo mientras conversa con el escocés.

—Me fijé que el vehículo tenía una pegatina azul en un lateral de la puerta trasera, había un nombre con un logo y una frase que me llamó la atención. «Taxis Vázquez, el mejor coche que te llevará a tu destino».

—Es la misma empresa familiar que te he mencionado. Una de sus propietarias, Teresa Vázquez, suele coincidir con mi mujer en el supermercado y allí se hicieron amigas. No sé cómo será la taxista que te recogió en el aeropuerto, pero conozco un poco a Teresa y dudo que ella precisamente te hubiera dado una mala respuesta. Es una mujer con un carácter apacible, una chica encantadora. —Después de comentar algunos detalles del físico de la conductora, dedujeron que Teresa no era la mujer con la que Alexander había coincidido ese mismo día.

—Da igual quién sea, no me gustaría verla de nuevo. La próxima vez que venga a Zaragoza y vea este logo azul en alguno de los taxis que recorren la ciudad, procuraré no subir a ninguno, te lo aseguro. Me niego a llevarme un disgusto. Si puedo evitar ver a la taxista de hace un rato, lo haré.

—No te desanimes, reconoce que no a todas las mujeres les podemos caer bien, a los hombres nos sucede lo mismo.

—En eso estoy de acuerdo, pero me irrita que en algunas ocasiones cause una mala impresión. No sé qué razones ha tenido esa chica para ignorarme por completo. Intento encontrar una respuesta. Aunque pueda parecerlo a simple vista, no soy un hombre frívolo, me conoces muy bien. Respeto a las mujeres y las admiro, son dignas de alabanza. Lo digo en serio, no quiero ser un cursi con mis palabras. Verás, hace poco leí un libro de relatos que le compré a mi madre como recuerdo, nunca leo ese tipo de publicaciones, lo vi en una librería de Tarragona. Eché un vistazo a sus páginas y quise llevárselo porque sabía que le iba a gustar, en efecto así fue.

—¿Alexander McMoray leyendo un libro? No me lo creo, eres alérgico a según qué lecturas, me lo comentaste una vez.

—Así es, pero este libro me llamó la atención por su título: *Escritos de un Hada*, a mi madre le fascina la fantasía y lo compré creyendo que era de ese género. Una vez en el hotel quise mirarlo con detenimiento y vi que los relatos no son de hadas mitológicas. Su autora escribió algunos de género romántico y en su mayoría la mujer tiene un gran protagonismo. Las hadas existen, según redactó ella, cada día las vemos entre nosotros. Aunque no vuelen con alas mágicas, son especiales, como mujeres que son.

—Oye, me estoy preocupando, dime qué te ha hecho el libro que mencionas y dónde está mi buen amigo.

—Sigo aquí, no me he ido. Simplemente que con el tiempo me he dado cuenta de que las mujeres merecen tener aquello por lo que luchan a diario. Este libro me emocionó, intuí los pensamientos de la autora a través de sus palabras. A tu mujer, seguro que también le gustaría. Berta es un cielo, cuando me la presentaste en aquel evento me cayó muy bien.

—Pues seguro que acabaré por regalárselo, una de sus aficiones es la lectura. Quiero mucho a mi catalana favorita —suspiró Gerardo hablando de su mujer con la que había contraído matrimonio hacía apenas un año—. Ojalá tengas la misma suerte que yo y encuentres a la mujer ideal, deseo que seáis tan felices como nosotros.

—No busco el amor, ni creo que tendré tanta suerte como tú. Estoy en un momento de mi vida en el que el negocio del whisky me ocupa la mayor parte del tiempo. Hace un momento te he

comentado que admiro a las mujeres por su constancia y valentía para afrontar los problemas que puedan surgir en sus vidas, pero desde que tuve un desengaño amoroso, me cuesta confiar en ellas. No puedo evitarlo.

Capítulo 4



Acontecimientos trascendentales

Keyla se ha levantado con hambre, va a desayunar sola, pues su padre ha pasado la noche en casa de Mercedes. Están preparando la mudanza del cambio de domicilio y la ayuda a embalarlo todo en cajas. Ella tiene un mal recuerdo de su matrimonio y quiere empezar una nueva vida, ha vendido todos los muebles que tenía en su hogar. En los últimos días, ha desechado todo lo que pertenecía a su marido. Intenta borrar de su memoria los días tan complicados que vivió en esas cuatro paredes, así como las lágrimas que derramó por culpa de ese hombre. A casa de Jesús solo quiere llevar su ropa y objetos personales, también algunas cosas de valor sentimental heredadas de sus padres.

Al desayunar, Keyla llama a su madre para darle la noticia de su próximo viaje.

—Buenos días, mamá, ¿cómo estás? Espero no haberte despertado.

—Hola, mi niña, en este momento me pillas preparándome un café, Eloy ha salido a caminar. Hoy me duele un poco la rodilla y no he podido acompañarlo. La edad no perdona. Qué temprano me llamas, sabes que me encanta charlar cada día contigo, pero nunca lo hacemos a esta hora. Son casi las ocho, debes estar a punto de irte a trabajar, ¿ha pasado algo?

—Estoy bien, no te preocupes. Te he llamado para comentarte que ayer recibí una oferta de

trabajo que me ofreció mi jefa. He decidido aceptarla, pero antes quería que lo supieras.

—Supongo que es muy buena cuando estás tan ilusionada, se te nota en la voz —comenta Alicia con amor, ha sufrido mucho en los últimos años al saber que su hija no aceptaba al que ya es su marido, pero la quiere más que a nadie en el mundo y jamás renunciaría a su mayor tesoro, ella. Escucha con atención todo lo que le explica acerca de su viaje con pelos y señales. Por un momento se sorprende de que esté decidida a irse a Escocia, sabe que es una gran oportunidad para la valiente de Keyla, que no teme a nada.

—¿Qué te parece? ¿Piensas que es buena idea lo que voy a hacer?

—Cariño, eres una mujer increíble y te quiero con toda mi alma. Me gustaría que te quedaras el tiempo posible cerca de mí, pero soy consciente que tienes tu propia vida y debes vivirla como quieras.

—Gracias por tus palabras, estos últimos meses me he sentido insegura en el taxi. Tanto a ti como a papá, os conté lo que me pasó con el tipo aquel que intentó sobrepasarse conmigo, por suerte conseguí pararle los pies. Si quiero marcharme, no es por ese motivo, intuyo que en Escocia me respetarán más, o tal vez no y quizás me equivoque, sin embargo, tengo derecho a vivir una nueva experiencia.

—Te entiendo y tienes mi apoyo en todo lo que hagas. No necesitas justificarte. Tu padre y yo aún no hemos hablado del tema, pero estoy convencida de que también está de acuerdo conmigo. Cada ser humano es dueño de su futuro, si por circunstancias no te va bien no te sientas obligada a quedarte, regresas a España y todo solucionado. Cuando la vida te ofrece una buena oportunidad hay que saber aprovecharla. A veces es bueno cambiar de domicilio y no quedarse estancado en el mismo lugar.

—Mamá, admiro tu optimismo y tu coraje. Papá y tú me transmitís mucha fuerza que es justo lo que necesito, me da miedo equivocarme. Quiero verte, el próximo fin de semana he pensado pasarlo en vuestra casa, eso contando que no tengas otros planes, de lo contrario ya nos veremos otro día. Igual me voy pronto a Escocia y me gustaría preparar mi equipaje la semana que viene con tranquilidad, por esa razón he pensado ir a veros antes. Dormiré en la habitación que decoraste para mí, desde que estáis viviendo ahí, aún no lo he hecho por mi tozudez.

—Keyla, no sabes lo feliz que me haces con tus palabras. He soñado muchas veces con este momento, si estuvieras a mi lado te comería a besos. Estoy muy orgullosa de ti, de hecho, desde que naciste. Eres una buena persona, mis amigas lo saben, no hay día que no les hable de ti mientras tomamos café cuando salimos a caminar juntas. —Alicia no puede evitar las lágrimas, es una mujer sensible que ha tenido que luchar contra demasiadas adversidades.

—Te quiero y me gustaría disculparme contigo. Tanto tú como Eloy, espero que vengáis unos días a Peebles cuando esté instalada. Perdóname por todo lo que te hice sufrir, nunca me lo has reprochado, pero sé que lo has pasado mal por mi culpa.

—No tienes que pedir perdón, dejemos el pasado, centrémonos en el presente y en el futuro. Por supuesto que te espero este fin de semana, hija. Para nuestra merienda, prepararé esas sabrosas tortitas de chocolate que tanto te gustan, les añadiré canela en polvo también.

—¡Qué ricas están! A veces las he comprado en la panadería de al lado de casa o en algún supermercado, pero no tienen el mismo sabor que estas. No sé cómo las haces, las tuyas son las mejores que he probado. Adiós dieta, vivan las calorías, pero qué narices, un día es un día. —A su madre se le escapa una carcajada, hacía tiempo que no se reía tanto. La conversación con Keyla, la ha hecho muy feliz.

—Estoy deseando que vengas. Cuando vivas en Peebles también iremos a hacerte una visita. En cuanto termine de desayunar, miro ese pueblo por el ordenador, ya sabes que soy una

enamorada de Escocia. Como aún no he ido, aprovecharé que estás allí para cumplir uno de mis sueños, visitar el castillo de Stirling. Hasta ahora solo he podido verlo en alguna película.

—Iremos donde queráis tú y Eloy porque pienso apuntarme a vuestras rutas turísticas. A papá también se lo diré. Yo conduciré cuando vengáis con vuestras parejas, también pienso coger el coche si mis amigas planean visitarme algún día, confío que sí. Sabes que soy muy independiente, pero, por otra parte, necesito tener cerca a las personas que quiero. —Keyla se despide de su madre, necesitaba informarla de sus planes y no quería esperar a verla el fin de semana.



Sale de casa, conduce el taxi hasta la oficina. Teresa la recibe con los brazos abiertos, la jefa no solo es guapa, sino un cielo de mujer, cariñosa y familiar.

—Buenos días, «cabbie», mi taxista preferida, ya te lo digo hasta en inglés y eso que no lo hablo. Dime que vas a aceptar mi oferta, anoche en tu mensaje me lo diste a entender, pero necesito que lo corrobores. —Está muy intrigada por saber lo que ha decidido su amiga.

—Hola, Tere, antes de empezar mi jornada laboral vengo a darte la noticia, cuenta conmigo para ser la taxista de Edimburgo. —Keyla sonríe y se acerca a ella para darle un abrazo, le hace ilusión hablar de las tierras escocesas.

—¡ME ENCANTA EL TITULAR! —grita con entusiasmo—. Más aún que quieras avanzar en tu vida. No dudes que iré a verte de vez en cuando, que conste que me tendrás que echar de tu casa con agua caliente porque seré muy pesada. Iré a visitarte muy a menudo, para que lo sepas.

—Ven las veces que quieras, así no te echaré tanto de menos. Suerte que está Lucas allí y no me sentiré tan sola, aunque sé defenderme.

—Él te facilitará tu estancia, ya lo verás. Hoy mismo hablaré con mi gestor para que vaya tramitando toda la documentación que necesitas para trabajar en Escocia. Esto hay que celebrarlo, si quieres, después de comer abrimos una botella de whisky. Brindaremos a la salud de los guapísimos escoceses, pronto estarás entre ellos y serás una ciudadana más.

—Ok, según cómo me encuentre decido si nos vemos. Hoy me duele mucho la cabeza, no estoy en mi mejor día, pero intentaré hacer mi trabajo. Lo cierto es que quiero dar este paso, ayer cuando me lo comentaste no estaba muy de acuerdo, aunque lo he meditado mejor y sé que es una buena oportunidad para mí. Espero que, como bien has dicho, Lucas me facilite las cosas. Voy muy perdida en ese país, no es lo mismo ir a veranear que trabajar allí. Tendré que adaptarme a los escoceses y su forma de vida. ¿Qué te voy a decir? Tú sabes mejor que yo cómo son todos ellos, estuviste un verano de vacaciones.

—No estés tan preocupada, ¿dónde se ha quedado la valiente Keyla? Yo no tengo ninguna duda de que todo te irá muy bien, ya lo verás, confío en ti. Una cosa, en cuanto veas a un chico guapo vestido con el kilt, haz una foto con disimulo y me la envías, por favor. Me vuelven loca esos hombres. Cuando visité Escocia me llamaron mucho la atención. Imaginaba mis manos subiendo esa prenda de vestir de un tío buenorro para llegar a cierta parte. Voy a parar de soñar despierta que me estoy yendo del tema.

Teresa guiña el ojo con picardía, dando lugar a la imaginación de su amiga. Las dos sueltan una sonora carcajada. Están solas en la oficina y pueden hablar de forma confidencial, pues no

hay ningún hombre delante que escuche una de sus frecuentes y divertidas conversaciones. Hablan sin tapujos de cualquier tema.

—Descuida, cuando vea a alguno le hago la foto, no te preocupes. Estás chiflada, que lo sepas.

Keyla la vuelve a abrazar con ternura. Congenian de maravilla. La quiere como si fuera la hermana que no tiene. Entre ellas hay complicidad, a Teresa le cuenta todo. Es la única que sabe que meses atrás pasó la noche con un chico que le gustaba bastante y a la semana siguiente supo que estaba casado, por lo que se sintió fatal, se sintió culpable pensando en la mujer del muchacho, pese a no conocerla. Se negó a volver a verlo y no quiso saber nada más de él. Antes, le reprochó que no le dijera la verdad desde el principio. Se enfadó mucho con él y ese mismo día llamó a Teresa para contárselo. Ella la consoló, Keyla estaba bastante afectada por lo sucedido. Odia las mentiras, prefiere saber la verdad por muy dura que sea.

Los viernes por la noche, las dos suelen quedar para ir juntas de fiesta. A Teresa no hay hombre que se le resista. Si le gusta uno, va a por él como una loba y se lanza a conquistarlo sin pensarlo dos veces. Es impulsiva y gracias a su carácter, algunos suelen caer rendidos a sus pies. Una chica muy guapa que expresa abiertamente lo que siente, en ese aspecto las dos se parecen mucho.

Keyla es más precavida, pero no se fía de ningún desconocido. Siempre lleva en el bolso protección para no quedarse embarazada, aunque no suele tener relaciones sexuales en su primera cita. Es una de sus normas impuestas por ella misma.

—Al primero que llamaré será a mi gestor y después a Lucas para decirle que irás a Peebles, se alegrará al saberlo. Uno de sus clientes es propietario de un concesionario de coches, preguntaré si tienen algún taxi disponible que pueda comprar para ti. Recuerda que, aunque quisiéramos, no podrías llevarte el tuyo, allí se conduce con el volante a la derecha, tendrás que adaptarte al cambio.

—A ver, Teresa, reconozco que al principio me costará, sin embargo, con el tiempo me dará lo mismo que el volante esté en un lado o en otro. Lo que sí te pido es que le comentes a Lucas que en cuanto mis papeles estén disponibles, y pueda viajar a Escocia, cuente conmigo para pasar algunas noches en una habitación de su hotel. Sé que mi alojamiento corre a cargo de la empresa, pero me gustaría tener mi propia casa cuanto antes. Esta tarde, cuando vuelva del trabajo, empezaré a mirar viviendas, desconozco cuánto puede costar el alquiler en Peebles. Solo sé que ese condado está en el concejo de Scottish Borders, aún no he indagado más. Supongo que los alquileres serán caros.

—No te preocupes por el tema de la vivienda, busca una en la que te encuentres cómoda. Da lo mismo si es una casa o un piso, quiero que mi mejor amiga y compañera de trabajo, tenga una buena estancia. Déjalo todo de mi cuenta, no te arrepentirás de esta decisión, ¿qué han dicho tus padres al respecto? ¿Ven bien que quieras irte de España para trabajar en otro país?

—Sí, ellos me comprenden e intentan no inmiscuirse en mis decisiones, son maravillosos, ¿qué te voy a decir? A mi madre le he dado la noticia hace un momento y se ha alegrado por mí. Este fin de semana iré a su casa para estar con ella y su marido. Gracias por tus consejos, me has hecho recapacitar sobre mi relación con Eloy.

—Me alegro por ti, en cuanto a que vas a casa de tu madre, te felicito. Ya era hora que dieras tu brazo a torcer. Si te parece bien, voy a hacer mis llamadas para ir agilizando tu viaje.

Teresa le da un beso en la mejilla y se despide de Keyla que va hacia el ascensor del edificio para bajar al parking y conducir el taxi. Tiene todo el día por delante no solo para trabajar, sino para pensar en todo lo que debe organizar antes de irse de Zaragoza.

Cuando llegan las seis de la tarde, está muy cansada y se va a casa. No le apetecía quedar con Teresa para tomar la copa de whisky que le había ofrecido. Cada vez que tiene la menstruación, como estos días, procura llegar pronto para darse una ducha. Después se pone el pijama y se prepara un té de frutas del bosque. Se tumba en el sofá para beberlo caliente mientras aprovecha para buscar vivienda en Peebles. No sabe cuánto tiempo estará allí o si tal vez decida quedarse definitivamente. Todo dependerá de cómo le vaya con el taxi y el éxito que tenga en su nuevo destino.

Tras un rato de búsqueda, encuentra en una revista digital de inmobiliarias, un apartamento exterior. Tiene tres habitaciones, dos baños, cocina equipada y un gran salón comedor. Sabe que es el lugar ideal para ella, le envía un mensaje a Teresa para informarle que ya ha escogido su estancia en Peebles, pero no quiere llamar al propietario hasta que le dé su aprobación. Teresa no se hace esperar y le responde en menos de un segundo, comenta que, si le ha gustado este bonito apartamento, no se va a oponer a que haga la reserva para alquilarlo. No le importa el precio del alquiler, tanto ella como su hermano, convinieron en que, ya que Keyla tendrá que irse de su casa para vivir en otro país, procurarán hacer que su estancia sea lo más cómoda posible. Los dos le están muy agradecidos. Reconocen que esa decisión puede aportar grandes beneficios a su empresa.

Keyla suele estar rodeada de gente, pero le gusta disfrutar de sus momentos en soledad para aislarse del mundo. Esta tarde, quiere comenzar la lectura de una novela de fantasía que le ha recomendado Silvia, la dueña de la librería que hay en su barrio. Es la primera novela de una bilogía *El mágico cuento de Amicitia*, la segunda también está publicada con otro título. En cuanto llegue a Edimburgo, tiene previsto recorrer varias librerías de segunda mano que vio por internet, adora esa indescriptible sensación de coger un libro y oler sus páginas de papel.

Ha pensado preparar poco equipaje para llevarse a Escocia, el neceser y demás utensilios personales. El resto ya se lo irá llevando poco a poco. Por lo pronto, sabe que necesitará toda la ropa y calzado que tiene de invierno, es consciente que tendrá que comprar más. Las temperaturas serán más bajas en los próximos meses, eso sin contar las frecuentes lluvias que hay en el país.

Lo tiene todo planeado para el viaje, ha comprado una guía en el kiosko para no perderse en su ruta. Está muy emocionada, siempre ha querido ver con sus propios ojos los lugares más emblemáticos de las Tierras Altas y su capital, Inverness, y piensa aprovechar su estancia. Es una apasionada de la naturaleza, está deseando coger su cámara de fotos, ponerse ropa y calzado adecuados, para disfrutar como una niña de la magia de esos parajes.

Una vez allí, sacará el boleto para subir al famoso tren Jacobite Express. Incluso está dispuesta a visitar alguna destilería de whisky, Teresa le comentó una vez que al finalizar ella su estancia, cuando viajó allí con una amiga, fueron invitadas a una degustación de esa bebida y Keyla quiere disfrutarlo también.

Para sus ratos de ocio, se hará una guía turística personal con los lugares que pretende visitar. Desde hace tiempo, tiene ganas de recorrer castillos, lagos, montañas, catedrales, capillas, pueblos, ciudades, comercios locales. Según ha podido ver por imágenes y, por otra parte, lo que le han contado sus amigas. Edimburgo tiene una gran variedad de tiendas de ropa tanto de marca como de segunda mano que está deseando descubrir.

El fin de semana en casa de Alicia y Eloy, fue muy especial para Keyla, entre su madre y ella hubo conexión una vez más. Cuando tomaban un café y comían las tortitas caseras de Alicia, aprovechó para contarle a su hija la historia de su tía Emma, que a esta la dejó muy impresionada.

—Sé que, para ti, no tengo ninguna excusa convincente de mi actitud, no obstante, quiero que te pongas en mi lugar. En su día, no vi apropiado explicarte lo mucho que sufrí cuando supe la verdad porque eras muy joven para entenderme, pero a tus veinticinco años, ya era hora que la supieras.

—Me has dejado sin palabras, Emma tuvo que padecer una angustia tremenda. Creo que no debería haber hecho caso a su madre y luchar más por su amor. Pobre pequeña, es escalofriante lo que sucedió, la mató sin darle la oportunidad de tener una buena vida.

—Imagina lo desesperada que estaría cuando mi abuela la obligó a cortar con su novio, lo más trágico fue que la manipuló a su antojo para que se desprendiera de su bebé. ¿Comprendes por qué no quise hacerte caso cuando decidí irme de casa y pediste que me quedara?

—No estabas dispuesta a que nadie te impidiera ser feliz, ahora lo entiendo, estabas en todo tu derecho,

—Así es, Emma fue mi referente, no quise renunciar al amor de Eloy aun queriéndote mucho. Fui egoísta, lo sé, pero también merezco vivir mi vida como me plazca.

—Hace diez años tuve una reacción inmadura, me ha costado comprenderlo, sé que él te hace feliz y es lo único que me importa.

—Me alegra saber que por fin has empatizado conmigo. —Alicia le da un abrazo.

—Reconozco que me equivoqué, me he comportado muy mal, he sido una inmadura. No he querido venir a visitaros en todos estos años. Tan solo lo he hecho un par de veces y me arrepiento de haber estado tan distante con vosotros. También me he negado a tener una relación cordial con tu marido, aunque eso va a cambiar.

—¡Mi niña! Ya te dije por teléfono que olvides el pasado que tanto daño nos hizo. Vive el presente para disfrutar de un bonito futuro.

A los quince días de aceptar la oferta de trabajo, Keyla está sentada en una silla del aeropuerto antes de subir al avión que va destino a Edimburgo, esperando escuchar con ilusión la puerta de embarque por megafonía.

Todo ha ido más rápido de lo que suponía, sus jefes se han comportado muy bien con ella, facilitando su traslado. Se ha despedido de sus padres muy emocionada, también de Teresa, los tres han madrugado para ir a ver cómo despega su avión. Al abrazarse las dos amigas, las lágrimas han brotado en sus ojos, prometiendo verse en el plazo de un mes. Su jefa irá a verla cuando resuelva algunos asuntos familiares.

Jesús y Alicia le han dado varios consejos como si fuera una niña, ella lo ve normal viniendo de unos padres que velan por ella. Antes de dirigirse a la puerta de embarque, ha prometido llamarles a diario para que no se preocupen.

No ha podido evitar las lágrimas, aunque prometió no llorar delante de ellos, le ha dolido dejarlos atrás. Si pudiera, se los llevaría a Escocia con ella.

Está nerviosa, piensa en el importante giro que va a dar su vida, sola y en un país extranjero al que nunca ha ido. En cuanto el avión aterrice en Edimburgo, Lucas irá a buscarla al aeropuerto para acompañarla a su hotel, tal como le dijo por teléfono. Allí estará los días que sean necesarios hasta que le den las llaves del apartamento. El propietario calcula que lo tendrá

disponible muy pronto, cuando los profesionales de la construcción terminen de hacer algunas reformas.

Al llegar al aeropuerto de Edimburgo y salir, ve que Lucas la está esperando muy cerca de la parada de taxis, dónde habían quedado. Se dan dos besos en las mejillas y un abrazo de bienvenida. Coge sus maletas y las guarda dentro de su coche. Keyla le da las gracias una vez más, tanto él como Santiago, le están haciendo un gran favor al proponer que se aloje en su hotel de Peebles, a dónde se dirigen.

Lucas le informó por teléfono, que nada más llegar a Peebles tendría preparada la habitación en el Hotel que él dirige junto a Santiago, su pareja. El SaLuMa es de cinco estrellas, sus siglas significan Sa de Santiago, Lu de Lucas y Ma de Madrid, que fue donde se conocieron los dos durante una conferencia de cocina mediterránea. Son propietarios del negocio al cincuenta por ciento.

Lucas, un sevillano que hace unas migas andaluzas buenísimas y están para chuparse los dedos, es tan buen chef que no es de extrañar el gran éxito que tienen, tanto en Peebles como en los alrededores.

Por lo que ha podido saber la taxista, Lucas no es solo un buen cocinero y amigo de Teresa, sino un hombre que ha sabido ser un decidido emprendedor. Desde que los dos se conocieron en el colegio se hicieron buenos amigos.

Es atractivo, de metro sesenta, ojos marrones y grandes, cabello negro y ondulado. Tiene salero y una gracia andaluza que se percibe nada más escuchar su voz.

Keyla solo lo conocía por las fotos que Teresa le ha enseñado, a simple vista se nota que es un chico con desparpajo.

Mientras conduce, va conversando y ofreciendo su ayuda en lo que ella necesite.

A los pocos minutos de estar a su lado, sabe que es un hombre en el que se puede confiar, buen amigo de sus amigos y quien se ofrece para todo lo que haga falta.

Gracias a él y a Santi, Keyla sabe que sus próximos días en Escocia serán más llevaderos al estar tan lejos de su familia.

Lucas fue hablando con ella por teléfono durante sus últimos preparativos en Zaragoza, ha ido resolviendo sus dudas tales como qué ropa y calzado meter en la maleta, dónde comprar ropa económica en este país, alimentación y medicamentos, entre otras cosas. Aparte, él se ha encargado de ver el apartamento en el que ella vivirá para comprobar que todo estuviera en orden.

Un día, también tuvo la ocasión de charlar con Santiago por una videollamada grupal, fue idea de Teresa, quiso que antes de su viaje se conocieran mejor.

Los cuatro se conectaron a la vez y al instante hubo química entre ellos, al menos estuvieron una hora charlando.

Santi, como le suelen llamar sus amigos, es malagueño de nacimiento. A ella también le cayó muy bien, en esa videollamada, le pareció igual de salado que Lucas. Ninguno dejó de decirle lo guapos que son los escoceses. Se estaba divirtiendo mucho con sus comentarios, incluso se han comprometido a presentarle unos cuantos clientes de su hotel. Keyla les dio las gracias por su ayuda, pero les dejó muy claro que en el terreno sentimental no quiere tener ninguna relación, aunque a nadie le amarga un dulce, nadie es de piedra, como se suele decir. Tiene muy claro que, si se da la ocasión, intentará tener alguna aventura.

Antes de conocerse, los dos andaluces habían coincidido en Glasgow durante un curso de cocina internacional. Eran los únicos españoles del evento y al instante entablaron una buena amistad que meses más tarde se convirtió en un apasionado romance. Han pasado tres años desde

que se vieron por primera vez. Hace dos, quisieron ir de vacaciones a Escocia y visitar sus alrededores.

Les gustó tanto Peebles, que sin pensárselo dos veces decidieron abrir su propio negocio.

Lo único que pretendían era crear un buen lugar de descanso en el que los huéspedes se sintieran cómodos y lo han conseguido. Durante esas vacaciones, mientras iban paseando, vieron un cartel en el que se anunciaba que el hotel estaba de alquiler con opción a compra.

Les gustó tanto la localidad que quisieron establecer allí su residencia.

Tanto la familia de Santi como la de Lucas, les dijeron que estaban locos por tomar una decisión tan arriesgada y, además, en un país que no conocían. Lo peor de todo es que no hablaban inglés, hecho que en la actualidad no sucede, lo dominan a la perfección.

Ellos sufrieron mucho por la negatividad de sus familiares, pero el tiempo les ha demostrado a todos que tuvieron una excelente idea al marcharse de España. No fue fácil darse a conocer en Escocia, eran dos desconocidos para algunos vecinos hasta hace poco tiempo. A diario, han ido ganando su confianza.

Los turistas que se alojan ya sean españoles o de cualquier zona del mundo, los felicitan al ver que el hotel está decorado con mucha elegancia, se sienten bien atendidos, casi como en casa. Keyla está alucinando con la excelente decoración, Santi ha salido a recibirla a la puerta del hotel con un fuerte abrazo. Él mismo ha cogido las maletas de la recién llegada para subirlas a la habitación. Le enseñarán todo el recinto cuando haya desayunado.

La taxista está hambrienta, una vez sentada en una silla del salón comedor, solicita la carta. Lucas ha comentado en el coche, que las setenta habitaciones del SaLuMa, están ambientadas en cada una de las ocho provincias andaluzas, la tierra de los dueños y la que tanto añoran, sobre todo por la familia.

No es de extrañar ver en el inmenso jardín del recinto, maravillosas réplicas de los mejores monumentos arquitectónicos de Andalucía.

Como le han hablado tanto del jardín, Keyla no ha podido resistirse a su curiosidad y les pide verlo antes de desayunar.

Una vez ahí, contempla con admiración que, de las paredes exteriores de los balcones de todo el hotel, que tienen unas preciosas vistas al río Tweed, cuelgan pequeñas macetas de geranios de diversos colores.

Los felicita por su buen gusto al decorarlo de manera excelente. Las mesas de comedor del hotel tienen unos bonitos manteles blancos de algodón con dibujos de verdes hojas y aceitunas bordadas de varios colores. Las sillas andaluzas están pintadas a mano, las enviaron desde Sevilla para sus dos mejores clientes, Lucas y Santiago.

Ambos habían conseguido algunos ahorros gracias a sus abuelos y lo invirtieron todo en el hotel, aunque también tuvieron que solicitar un crédito para financiar su sueño escocés, del que están muy orgullosos.

Los dos son muy audaces y trabajadores, poco a poco ven aumentar sus ganancias. Tanto los empleados como ellos, forman un buen equipo, tienen un éxito abrumador.

Comentan con Keyla que el gazpacho es uno de los platos predilectos de sus clientes.

El hotel tiene buenas valoraciones en internet y es uno de los más demandados en Peebles.

A nivel general, están satisfechos de lo que han conseguido, no les puede ir mejor.

Ella se alegra sinceramente por el éxito de los dos gentiles andaluces.

Capítulo 5



Sorpresa en Peebles

Alexander se levanta de la cama con energía, son casi las nueve de la mañana.

Como el día está nublado y hace un poco de frío, le apetece comer churros. Para beber, pedirá una buena taza de chocolate caliente.

En la misma calle de su apartamento, está el lugar ideal para ese rico desayuno. Nadie hace los churros mejor que sus amigos ya que le dan la textura perfecta.

Va al aseo para darse una buena ducha, es sábado y no trabaja, por lo que tiene el día libre. La noche anterior, ya le dijo a su madre que se saltaba la visita casi semanal a su casa. Tiene trabajo pendiente y prefiere adelantar la máxima faena lo antes posible.

Al vestirse con una camisa blanca y un pantalón tejano, cierra la puerta y sale de casa.

Camina unos pocos metros, entra en el local y pide a Paula su desayuno. Como no ve a sus dos amigos por ningún lado, le pregunta a la camarera por ellos, por lo visto están a punto de regresar al salón, pues han salido al jardín.

El chico está saboreando los churros, mojados en el chocolate de la taza, cuando una imagen lo deja perplejo.

Los apreciados amigos, Lucas y Santi, propietarios del hotel SaLuMa en el que está desayunando, acaban de entrar en el salón con una chica que le resulta conocida y no sabe de

qué. Deduce que se aloja en el hotel.

La observa desde la distancia, pero se mantiene en su lugar, los andaluces se dirigen a su mesa y lo saludan, no sin antes presentarle a su acompañante.

—Keyla, te presento a Alexander McMoray, un buen amigo que vive muy cerca de aquí. Gerente de una famosa empresa de whisky —El escocés, que ya sabe quién es ella, se levanta de la silla para estrechar su mano. La joven al verlo se queda tan sorprendida como él—. Alex —continúa Lucas con la presentación—, ella es Keyla Cárpena, nos visita por primera vez y ha venido a quedarse. Es una taxista española, viene de Zaragoza y aquí comenzará una nueva aventura como tal. Ya que estamos en confianza, quiero pedirte un favor, espero que le hables a tus conocidos de ella. Es una excelente profesional, necesita tener clientela y buenas recomendaciones de su empleo. —Lucas la ha presentado con palabras de admiración. Aunque es la primera vez que la ha visto, gracias a Teresa le ha cogido cariño, sabe que es una buena chica y tanto él como Santi harán todo lo que sea necesario para ayudarla.

Keyla siempre ha pensado que el mundo es pequeño algunas veces. Cree que las personas somos vulnerables, como pequeñas hormigas en las colonias, en un segundo puede cambiar todo.

El destino es caprichoso, se encarga de volver a reunir a personas que jamás hubieran jurado volver a encontrarse.

De todos los hombres que viven en Escocia, el soplagaitas que subió a su taxi dos semanas atrás en Zaragoza, y le dio veinte céntimos de euro de propina, estaba delante de sus narices.

¿Cómo iba a imaginar, que era amigo de los mismos chicos que conoce?

Por casualidades de la vida, así era.

Tanto a Santi como a Lucas, no les han pasado desapercibidas las miradas que se han dirigido, conocen a Alexander más que a ella, pero la tensión entre los dos se ve a simple vista.

—Bienvenida a Peebles, Keyla. No esperaba verte aquí —saluda él con educación. Aunque sonríe, en el fondo se siente molesto. No puede olvidar que ella es la peor taxista que ha conocido en su vida y no porque conduzca mal, al contrario, sino por su actitud. Sus amigos se miran perplejos por no saber lo que sucede.

—Hola, Alexander, reconozco que para mí también ha sido una sorpresa. —Keyla devuelve la sonrisa, pero tampoco puede disimular su desconcierto.

Lucas no puede más, ha intentado mantenerse al margen de esas extrañas miradas que los dos intentan disfrazar. Comienza a estar incómodo ante la situación. Siente curiosidad por saber las razones de la insólita actitud de sus dos amigos.

Para salir de dudas, les pregunta abiertamente desde cuando se conocen, tiene muy claro que no es la primera vez que se ven y sabe que no ha sido en Escocia.

Keyla es la primera que responde, resume su encuentro en Zaragoza sin mencionar lo desagradable que fue para los dos por diferentes motivos.

No quiere ser desconsiderada con los chicos, Alexander tampoco y aunque siente que la española no se lo merece, por lo desconsiderada que fue con él en su último viaje a España, la invita a sentarse en su mesa para invitarla a churros.

Ella acepta encantada sin pensárselo dos veces, sorprendida por la generosidad del escocés que está mostrando un comportamiento muy diferente al que tuvo hacia ella en Zaragoza.

Deja su orgullo a un lado por esta vez. Cree que donde se ponga una buena taza de chocolate, para quien le guste, que se quite cualquier otro desayuno.

A Santiago y a Lucas les ha hecho gracia saber cómo se conocieron, pero no hacen ningún comentario. Solo mencionan la agradable casualidad de que los dos se hayan vuelto a ver a bastantes kilómetros de la capital aragonesa.

Pasado un rato, en el que Keyla ha informado a Alexander del motivo de su viaje, se despiden con un cordial saludo.

Él le ha comentado que vive a escasos metros del hotel y se ofrece a que, en el caso de necesitar cualquier tipo de ayuda, no dude en llamarlo. Incluso le ha dado su número de teléfono. Se ha comprometido a buscar clientes para el taxi entre su círculo de amistades. La muchacha no esperaba esa buena acogida ni tanta amabilidad por su parte, aunque se lo agradece igualmente.

Los dueños del hotel le dan un fuerte apretón de manos, aprecian mucho a uno de sus mejores consumidores, ante todo es un buen amigo. Alexander no ha tenido nunca la necesidad de alojarse en alguna de las habitaciones, pero va con frecuencia a comer al restaurante del SaLuMa, le gustan mucho los menús de los dos cocineros y siempre sale del comedor muy satisfecho. Poca gente en Escocia hace unos guisos tan sabrosos como los dos andaluces que se han ganado a pulso un buen reconocimiento a su trabajo.

Los conoció mientras practicaba deporte por los alrededores del hotel, cuando estaba a la venta. Enseguida vio a la pareja interesarse por comprarlo, le explicaron con ilusión lo que tenían en mente para su proyecto, por su parte también le gustó tanto la idea de los emprendedores andaluces, que sin haberlos visto nunca los animó a realizar ese sueño.

Por norma general tiene buen olfato para los negocios y estaba seguro de que un hotel de ambiente andaluz, en cualquier localidad de Escocia, sería muy rentable y así ha sido, no se ha equivocado.

Ellos le han dado las gracias infinidad de veces. El SaLuMa ofrece cada noche a sus clientes música española, una guapa cantante cordobesa se encarga de hacerles pasar una agradable velada en la cual suelen bailar en el salón principal.

Cuando Alexander se aleja, los propietarios continúan enseñando el hotel a la recién llegada.

La visita sigue por el recinto exterior en el que hay una zona muy amplia para relajarse, con grandes árboles y flores de diversos colores. Hay cómodos bancos de madera para sentarse y disfrutar del sonido del agua al caer por una espectacular fuente.

Seguidamente, el recorrido continúa por el interior.

Keyla se queda muy asombrada, felicita a los dueños una vez más por su buen gusto al escoger detalles andaluces en todas las estancias. No para de hacer fotos para que las vean sus padres, a quienes por cierto se acaba de acordar que no les ha avisado de su llegada.

No es ninguna excusa, pero ver a Alexander la ha dejado en shock y se ha olvidado completamente de todo lo demás, por un instante solo existía él.

No se explica la razón de su interés, al fin y al cabo, no lo conoce de nada, sin embargo, no puede evitar sentirse atraída. No lleva ni tres horas en su nuevo alojamiento y ya tiene un montón de cosas que contar.

Por supuesto, también a Teresa, a quien está deseando explicarle lo sucedido. Su amiga sabe la historia del engreído y tacaño guaperas escocés que, quince días atrás, subió al coche de la taxista.

Una vez en su habitación, Keyla ve sus maletas, Santiago las ha llevado hasta allí. Se ha despedido de la pareja hasta la hora de comer, quiere descansar un rato. Guardará la ropa bien colocada en el armario, pero piensa estar pocos días hospedada en el hotel, tiene previsto alojarse en el piso que ha alquilado.

Esa misma tarde, después de comer, irá a verlo y hablará con el propietario. Está deseando mudarse para decorar su primera vivienda. Tendrá su propia independencia tal como siempre ha deseado. Lo cierto es que sus padres no son demasiado controladores. Desde que cumplió los dieciocho años, la han dejado ir a donde ha querido, en cambio, le apetecía desde hace tiempo

tener su propio espacio, sentirse libre como un pájaro, volar hacia donde quiera.

Los llama por teléfono para explicarles cómo va todo, sus padres le echan una buena bronca por no haberles enviado un mensaje nada más aterrizar su avión.

Al ver que ella no llamaba, cuando se suponía que debía llegar a Edimburgo, estaban un poco asustados.

Pasado el tiempo establecido de vuelo, contactaron con la aerolínea para saber si el avión en el que viajaba su hija había aterrizado sin problemas.

Con la afirmación por parte de la compañía aérea, se tranquilizaron al saber que Keyla llegó bien a su destino.

Sabían que estaba muy nerviosa por ese viaje, la noche anterior apenas pudo dormir pensando si había hecho bien al tomar esa decisión.

Jesús y Alicia fueron juntos con ella en el mismo coche, dirección al aeropuerto de Zaragoza y la vieron muy agitada. Le sudaban las manos, sentía los latidos de su corazón más acelerados que de costumbre, nunca le había sucedido. Tampoco era la primera vez que subía a un avión y era raro que tuviera un poco de ansiedad.

Sus padres se quedaron muy preocupados al verla así, incluso le aconsejaron que esperara unos días más para que fuera acompañada por alguno de ellos, pero Keyla es tozuda y raras veces da su brazo a torcer. También les comenta por teléfono, con absoluta tranquilidad, que durante el vuelo pidió a la azafata una tila y pudo tranquilizarse.

Les informa que sus dos nuevos amigos, Lucas y Santiago, están haciendo que su estancia sea muy acogedora. Aunque ya está mejor, los echa de menos.

Explica a sus padres, con pelos y señales, cómo es la bonita pareja que tiene la suerte de conocer, ya que se siente afortunada de contar con su amistad. Valora mucho a la gente espontánea que ofrece lo que tiene y te hace sentir especial.

Su madre pregunta cómo es el hotel y se lo explica brevemente, sin saltarse ningún detalle de la decoración, asegurando que no ha visto otro igual. Está encantada con todo lo que está viviendo en ese intenso día, Escocia es un sueño hecho realidad y por suerte tiene tiempo para descubrir.

Al día siguiente, irá a buscar el coche que le ha asignado la empresa para la que trabaja. Espera poder empezar a conducir en pocos días por las calles de Edimburgo.

Sus padres saben que es responsable y no se meterá en ningún lío, a sus veinticinco años tiene las ideas muy claras respecto a lo que quiere y desea en su vida, pero siempre la verán como su niña, la niña que necesita vivir sus propias experiencias por sí misma, son conscientes de ello.

Al otro lado del teléfono siguen escuchando su voz, Keyla está pletórica y predispuesta a comerse el mundo.

Saber que está contenta, hace que ellos también lo estén.

Sobre la una del mediodía, acude al comedor tras despedirse de sus padres, le ha enviado un mensaje a Teresa para comunicarle que ha visto a Alexander. El soplagaitas para que la entienda, tal como ella misma lo bautizó aquel día en Zaragoza.

A Keyla le resulta curioso el hecho de que podamos coincidir con algunas personas y, sin conocerlas de nada, tengamos una opinión sobre ellas que puede no ser la definitiva.

Algunas quizás sorprendan un tiempo después, pero respecto a él, cree que no se equivoca, le sigue pareciendo un rico engreído. Ha quedado en charlar con Teresa más tarde, la cual le ha contestado que no tarde mucho en llamarla. Tiene curiosidad por saber cómo le va todo y cómo ha sido el encuentro inesperado con el escocés, sin embargo, Keyla está hambrienta y, además, tiene varios asuntos que resolver.

Entra al restaurante y ve que está repleto de comensales, en cada mesa hay varias personas. Se sienta en una de las sillas, no se plantea compartir su mesa con nadie.

En el tablón de anuncios de la entrada, que cuelga de la pared, está anotado el menú del día. Tanto del primer plato como del segundo, hay cuatro para escoger, la bebida y el postre van incluidos en el precio. Un menú abundante que está deseando probar.

Se alegra al ver que hay salmorejo de primero y se lo pide sin dudarlo.

Como segundo plato, pescado frito que sirven con ensalada verde como guarnición.

Para beber, ha preferido una copa de vino blanco, de una bodega riojana.

De postre, sopaipas con miel, un dulce que le encanta y su madre le hacía con frecuencia de pequeña, aparte de sus deliciosas tortitas de chocolate.

Cuando termina de comer, Lucas se acerca a su mesa para preguntar si le ha gustado el menú. Keyla tiene el estómago lleno y señala el vientre abultado entre risas, aunque quisiera, no podría comer más.

Lo felicita con total sinceridad, le confiesa que no solo ha comido maravillosamente bien, sino que, entre esas paredes, se siente como en casa.

El ambiente es bastante hogareño y la gente muy educada.

El cocinero celebra que le haya gustado, en realidad todos sus clientes suelen repetir su reserva en más ocasiones.

Mientras Lucas termina su faena, lo espera tomando una copa, ya que él la acompañará a ver su apartamento.

La invita a un whisky de la destilería de Alexander, una de las bebidas que sirven en su hotel y que sus dueños compran a un módico precio. La taxista suele tomarlo con hielo, al probarlo nota un buen sabor al paladar.

Por lo visto, Alexander es bastante exigente en el trabajo y muy perfeccionista.

Lucas le está revelando alguna de sus facetas, lo cierto es que ella nunca ha disfrutado nunca de otro whisky igual que el que está bebiendo con tranquilidad.

Un hombre que también se encontraba en el mismo salón, la ha estado observando. No se ha percatado hasta que lo ve dirigirse hacia ella.

Keyla ya se había fijado en él, estaba sentado en una mesa a poca distancia de la suya. Un hombre guapo, de abundante cabello largo y castaño, la melena la lleva recogida en una coleta baja, sus ojos son marrones y luce una barba ligera de dos o tres días.

Al verlo caminar, se ha fijado en sus marcados pectorales, lleva puesta una camisa de cuadros en tonos azules y un pantalón vaquero. Un chico de sonrisa franca, muy atractivo, para qué negar lo evidente.

—Buenas tardes, señorita, permítame presentarme, mi nombre es Daryl Connor —se dirige a ella en inglés. Ofrece su mano de forma educada. Mientras Keyla extiende la suya, y sigue sentada, este continúa con su presentación—. Me dedico al negocio del whisky y veo que usted está disfrutando de uno, no quiero ser pesado, pero adivino que no es de mi destilería, más que nada por el color que tiene. El mío es más suave, me gustaría invitarla a probarlo. Si usted me lo permite, claro está. —Ella se ha quedado perpleja, por el nombre del chico deduce que es inglés. A simple vista, le ha parecido muy presuntuoso. No esperaba que se acercara a ella con tanta confianza y de forma tan descarada. Iba a dejarle claro en ese momento que no estaba dispuesta a ligar, aunque le ha hecho gracia su carácter desenfadado. Cómo prefiere a las personas sinceras, opta por darle una oportunidad, está segura de que no va con segundas intenciones e intuye que Daryl solo busca que pruebe el whisky que producen en su empresa.

—Hola, Daryl, me llamo Keyla Cárpena, soy española, acabo de llegar desde Zaragoza, he

venido a trabajar como taxista a Edimburgo. Acepto el whisky, pero con una condición, que empecemos a tutearnos, soy muy joven y creo que tú también y veo que no nos llevamos tantos años. Me resulta raro hablarnos con tanta formalidad.

—Encantado de conocerte, si alguna vez necesitas mi ayuda no dudes en contactar conmigo. Incluso me ofrezco a ser tu guía por este bello país. Aunque no haya nacido aquí, sino en Londres, de donde es toda mi familia, he recorrido cada bello rincón de Escocia. Te aseguro que algunos paisajes son espectaculares. También he visitado España en varias ocasiones y es un país que me seduce, a la vista está, soy uno de los clientes asiduos de este hotel. Disculpa, no pretendo ser descortés. Si lo prefieres hablamos en tu idioma, por mí no hay ningún problema.

—Agradezco tus palabras, pero por favor siéntate, no me gusta verte de pie. Me da igual que conversemos en inglés, como ves lo domino y supongo que para ti es más fácil que el español. Me acabo de tomar el whisky y aunque no suelo beber con frecuencia, me ha gustado bastante. Si te parece bien, puedes ir pidiendo al camarero el que me has ofrecido, en cuanto Lucas venga a buscarme nos iremos. Esta tarde tengo varios asuntos que resolver, he llegado esta misma mañana y hay algunas cosas pendientes.

A Daryl le ha caído bien la chica española, le parece guapa y simpática, es extrovertida y eso le gusta. Admira a las mujeres que en todo momento dicen lo que piensan. Tiene un buen ojo para saber quiénes actúan de manera hipócrita o, por el contrario, quienes se presentan tal como son y ella es del segundo grupo.

Desde que la ha visto sentada y sola en su mesa, le ha llamado la atención. Se ha fijado que apenas ha cogido el teléfono mientras se deleitaba con el rico menú y ese hecho lo ha dejado atónito.

No deja de sorprender que una chica de su edad, calcula que no tiene más de veintisiete, no esté enganchada a su teléfono y redes sociales, pero ella lo ha olvidado y eso es un punto a su favor, hay que reconocerlo.

Daryl pide la bebida para los dos, al servir el camarero las copas, Lucas los ve conversando de forma amistosa. Se acerca a ellos nada más terminar su trabajo. Se queda muy extrañado al ver la cordialidad que hay entre ellos.

Tal como hizo con Alexander esa misma mañana, también le pregunta a Daryl.

—Hola, chicos, ¿ya os han presentado?

—Lo cierto es que lo he hecho solo, admito que me he acercado a Keyla con la intención de que pruebe mi whisky y de paso, comparar el que está bebiendo con el mío —responde Daryl.

—Entiendo que se lo propongas, pero creo que no es el sitio ideal. —Lucas se siente molesto y no lo disimula.

—Quiero conocer su opinión, para mí es importante.

—Keyla, por nada del mundo me gustaría que te sintieras comprometida a contestar, ya que no estás obligada.

—No te preocupes, Lucas. Te aseguro que no me importa, se la daré con sinceridad —comenta la taxista.

Después de probar el segundo whisky, con un sabor muy parecido al anterior, apenas nota la diferencia entre uno y otro, se lo comunica al inglés que la ha estado observando con curiosidad antes de escuchar su valoración y se conforma con la respuesta. A Keyla no le importaría tenerlo como amigo, a simple vista le ha parecido muy simpático.

Lucas conoce muy bien a Daryl, es un tipo genial pero un poco engreído.

Él también les suministra el whisky para el hotel y mantienen una buena relación de amistad, lo cierto es que, tanto la destilería de Alexander como la suya, son de las mejores de toda

Escocia.

Los dos chicos son rivales competitivos y ambiciosos, de hecho, sus padres ya lo eran. La enemistad viene desde que las dos empresas se fundaron, más o menos en la misma fecha.

Daryl es un buen chico, sin embargo, no deja de ser muy impulsivo y su enemistad con Alexander lo tiene obsesionado. Solo busca ser mejor que él en todos los aspectos, tanto en lo sentimental como en lo empresarial. No pueden disimular su enemistad, es muy evidente.

La prensa aún no ha conseguido hacerles ninguna foto juntos saludándose en algún evento. Si Daryl sabe que Alexander tiene interés por alguna chica, se acerca a ella para intentar llevársela a la cama. A veces consigue tener una cita con ella, pero otras veces le dan calabazas, se está ganando la fama de mujeriego a pulso, aunque no le importa demasiado.

Keyla y Lucas se despiden de Daryl para dirigirse al apartamento que ha alquilado la española. Santi les espera a la entrada para acompañarlos.

Al salir del hotel, mientras van caminando, Alexander los saluda, desde su mesa ha visto como Daryl ha entablado conversación con la taxista. Sabe que es un seductor. Lo cierto es que a él no le ha costado mucho intuir sus intenciones. Keyla le parece muy atractiva, reconoce que le ha molestado verla junto a su eterno rival. Por un instante, ha sentido celos de él. Daryl la miraba con ojos hambrientos, como si fuera un animal salvaje a punto de atacar a su presa antes de devorarla, al menos esa ha sido su impresión.

Alexander está convencido que la chica no es la misma mujer de armas tomar que conoció en Zaragoza, percibe algo diferente en ella, dulzura, inocencia y bondad en sus ojos.

Al verla esa misma mañana en Peebles, no ha podido dejar de pensar en Keyla, por una parte, se siente culpable por haberla tratado mal en España, aunque, por otro lado, tiene interés por descubrir a la verdadera taxista. Pretende ganarse su confianza, y si ella es tal como ha demostrado junto a sus dos amigos en el restaurante, le hará ver que se excedió con ella al tener un mal comportamiento en aquel taxi.

No le importa lo que opine de él, sabe que no debe ser muy halagador porque ha notado su fría mirada, aunque las pocas palabras que le dirija sean amables. Ese hecho le ha dolido. No desea que tenga una mala imagen de él. Para enmendar su error, quiere acompañarla a los mejores lugares de Escocia. Está dispuesto a hacerle una estancia agradable en su país, espera que ella acepte porque se lo pedirá con la mejor intención.

—Buenas tardes, Alexander, ¿te ha gustado el menú? Espero que mañana podamos charlar un poco, hoy apenas nos hemos visto —preguntó Lucas con su bonita sonrisa.

—Santi también me preguntó lo mismo mientras comía. No os preocupéis por mí, ya sé que tenéis mucho trabajo durante la semana. No podéis estar pendientes de toda vuestra clientela, lo comprendo. Veo que vais muy bien acompañados —responde al verlos con Keyla.

—Vamos a ver el apartamento que ha alquilado nuestra amiga, aún no podrá ir a vivir porque están haciendo reformas, pero en cuanto lo tenga listo, se mudará. —Santiago guiña un ojo a la chica. Poco a poco la van conociendo mejor. Hace solo unas horas que la ha visto y está convencido que tendrá éxito, no solo en Escocia, sino donde quiera que vaya, así se lo dice a ella.

—Pues en ese caso, no os quiero entretener que tendréis prisa. Si me coge de camino a casa iré con vosotros, así aprovecho para andar un poco.

Alexander se siente raro y no sabe a qué es debido, no quiere separarse de Keyla. Busca una buena excusa para estar más tiempo a su lado. La española tiene una luz especial que hace que brille todo a su alrededor, aunque suene cursi, es lo que cree.

Se sorprende de sí mismo, en toda la mañana apenas se ha podido concentrar en el trabajo. Cerraba los ojos y veía la imagen de la tímida sonrisa de la muchacha.

Keyla puede presumir con orgullo de tener la belleza de la juventud en su cutis, incluso a veces se sonroja cuando él la mira a los ojos mientras está sumergido en su pensamiento.

Si la muchacha hubiera podido leer su mente, habría visto que le atrajo desde el día que la vio, aunque ella no le prestara atención y se comportara con él de manera infantil.

—Iremos paseando por la zona del río, la semana pasada estuve viendo el apartamento y está muy cerca del hotel, ven con nosotros si quieres, vamos en la misma dirección de tu casa —informa Lucas que realmente lo aprecia, Alexander es muy respetuoso con la gente y nunca hace nada que pueda incordiar.

—Keyla, esta mañana ya he hablado de ti a mis amigos, he hecho varias llamadas. Les he dicho que, en cuanto tengas el coche, comenzarás a trabajar, correrán la voz.

—Gracias, Alexander, no sabes el favor que me haces al buscarme clientes. Soy una desconocida en este país, necesito tener buenas referencias.

—Pues estoy en ello. Mi madre también tiene ganas de conocerte, ni te imaginas lo contenta que se ha puesto al saber que una española ha venido a Edimburgo para ejercer como taxista.

—¿A tu madre le gusta mi país? —pregunta sorprendida.

—Cómo no. Mi abuelo materno era español, está muy orgullosa de sus raíces por parte paterna. Un día de estos te contaré su historia. Ella tiene el carnet de conducir, pero nunca ha querido coger el coche. Suele pedir un taxi para desplazarse. Te aseguro que será una de tus mejores clientas, siempre va de aquí para allá. —Keyla lo escucha con atención, los cuatro van hacia la zona donde está su apartamento.

Habla con tanta admiración de su madre que le enternece, jamás habría imaginado que fuera un chico tan familiar. La gente te sorprende y él lo sigue haciendo. Santiago y Lucas se miran con disimulo, entre ellos se hacen gestos y guiños de complicidad sin que sus dos amigos se den cuenta. Parece que estorban en esa conversación, no han querido inmiscuirse en el diálogo entre Keyla y Alexander, los andaluces solo se limitan a ver y callar, a menudo se aprende más observando que hablando.

Ha salido el tema de los padres y todos coinciden en dar mucha importancia a la familia.

Siguen charlando mientras pasean a un ritmo lento, contemplando las hermosas vistas.

Ella no se esperaba que Peebles fuera tan espectacular.

Había visto fotos de las redes que le habían fascinado, pero estar allí es muy diferente.

No lleva ni doce horas y ya se siente como en España. Se respira un aire saludable y frío, aunque no le molesta, va bien abrigada. Casi toda su ropa de invierno la llevaba en sus maletas.

Cuando llegan a una calle, Alexander se despide de los tres y le indica a Keyla su dirección, por si alguna vez quiere hacerle una visita. Una vez más, se ha ofrecido a ser su guía turístico.

Ella le agradece el detalle, le gustaría estrechar su mano nuevamente, pero espera a que él tome la iniciativa. Al acercarse a él nota que arden sus mejillas y no puede disimularlo. Se define como una mujer sincera y temperamental, aunque con sentimientos, la cercanía de Alexander le produce una sensación muy extraña, el deseo de tocar su piel es muy intenso.

—Keyla, por lo visto habéis congeniado los dos, me alegro de que hayáis dejado vuestras diferencias atrás —comenta Santiago una vez que se despiden de Alexander y retoman el camino.

—¿Sabéis? Hasta yo misma me sorprendo de mi actitud. Reconozco que el día que nos conocimos, fui muy impulsiva y no debí ignorarlo cuando él me pidió bajar el volumen de la radio.

—Es que, a ver, tengo entendido que los taxistas tenéis unas normas. Que conste que no quiero entrometerme en lo que pasó entre vosotros. No estaba allí en ese momento y no soy

quién para opinar —refiere Lucas.

—Tienes razón, él fue un cliente que no me gustó a simple vista. Es muy atractivo, pero un engreído niño rico de papá, un soplagaitas, al fin y al cabo. —Lucas no puede evitar las carcajadas al oír el cariñoso nombre que le ha puesto a su amigo.

—Ya lo has bautizado, por lo visto. Pienso que no se lo merece, pero si lo sigues llamando así, tus razones tendrás. No soy quién para decirte lo contrario.

A pocos metros del domicilio de Alexander, llegan al de Keyla, situado en la misma zona.

Lucas le enseña el edificio en el que vivirá, un moderno bloque de tres plantas de altura.

El propietario los espera para subir al tercer piso. El señor, de unos sesenta años, es muy simpático. El edificio entero es de su propiedad y tiene todos los apartamentos alquilados. Los cuatro conversan en inglés.

Cuando entran al apartamento, se queda alucinada, es tal como lo había visto por imágenes, todo diáfano y con vistas al río Tweed.

Su nuevo hogar es ideal para disfrutar de sus aficiones.

Al asomarse a uno de los balcones, en la buhardilla de la planta superior, ve otra galería aún más grande. Desde ahí, descubre a una pareja de recién casados que está posando para un fotógrafo a la orilla del río. Están haciéndoles la sesión de fotos para ese día tan inolvidable.

Desde la distancia, saluda con la mano a los novios que van vestidos con el traje tradicional, cosa que llama su atención al ser la primera vez que lo ve. Por un instante, se ha olvidado de los demás y se ha distraído observando a la feliz pareja.

En el fondo siente envidia, pero sigue creyendo que el amor no existe para ella. Con la separación de sus padres, se dio cuenta de que pocas parejas disfrutan de una relación perfecta, acaban sufriendo tarde o temprano. Esa es su percepción y nadie ha podido hacerla cambiar de opinión respecto a eso. Se niega a ser una de tantas mujeres que no son felices en su matrimonio, vive el presente sin tener ningún compromiso.

Prefiere estar sola y salir a divertirse con quien le apetezca.

Lucas le recuerda que el dueño del apartamento tiene prisa por irse y deben continuar con la visita.

Una vez que vea su nueva vivienda, firmará el contrato de alquiler, aunque los gastos corren a cargo de la empresa para la que trabaja.

Pide disculpas por su comportamiento y sigue recorriendo la estancia con ilusión.

Los tres dormitorios son amplios, con un armario empotrado cada uno.

En cuanto tenga las llaves, se ocupará de los muebles que faltan, así como de toda la decoración. Dos de las habitaciones las adaptará para sus padres y sus respectivas parejas. Quiere que sus viajes a Peebles, porque pretende que vayan a verla muy a menudo, sean inolvidables.

La cocina es grande y tiene unas vistas increíbles. En la amplia mesa, con sus seis sillas de madera, podrá desayunar mientras escucha el canto de los pájaros. Todos los electrodomésticos son nuevos, por lo que no tendrá que comprarlos.

Los dos baños son amplios, los albañiles han comentado que después de la reforma quedarán mejor de lo que estaban. El propietario le informa que en unos quince días lo tendrán todo listo para que pueda instalarse.

Una vez concluida la visita, después de haber visto la soleada buhardilla y el gran salón comedor, va cogiendo ideas para dejarlos a su gusto.

Firma el contrato de arrendamiento, se despide del dueño con amabilidad. Él le ofrece un juego de llaves por si quiere comprar algunos muebles mientras finalizan la reforma y necesita tomar medidas. Insiste en que no puede alojarse hasta que los albañiles hayan terminado el

trabajo, de hecho, no le cobrará la cuota de alquiler hasta ese día.

Su vida ha dado un giro sorprendente en los últimos días, ni siquiera se imagina que va a cambiar aún más.

Capítulo 6



Taxis Vázquez, ¿dígame?

Han pasado dos semanas desde que Keyla llegó a Edimburgo. Después de ver su apartamento al que se acaba de mudar, llamó a Teresa por teléfono.

Su amiga la regañó por no haberla informado de todo al poco de llegar, tenía ganas de conocer los detalles del viaje. Keyla habló de Alexander con el que ha estado coincidiendo en varias ocasiones, no solo porque viven en la misma zona, sino porque él suele comer en el restaurante del hotel SaLuMa en el que ella estuvo alojada. Sobre todo, se han visto a la hora de comer y solían sentarse juntos en la misma mesa.

La taxista seguirá yendo de vez en cuando si su trabajo se lo permite, los menús de sus amigos andaluces son excepcionales y muy sabrosos. Ha tenido ocasión de descubrirlos mientras ha estado alojada en el hotel.

Durante cada una de las comidas, Alexander y ella, han mantenido largas conversaciones en las que han hablado de casi todo menos del terreno sentimental, ninguno ha expresado su rechazo a tener pareja.

Ellos mismos están sorprendidos al descubrir que comparten aficiones y algunos gustos musicales.

Lucas y Santiago suelen comentar en privado que hacen muy buena pareja, aunque ninguno se

haya planteado tener una relación. Piensan que cualquiera que los mire cuando están juntos, se darían cuenta de que están hechos el uno para el otro.

En esas dos últimas semanas, han descubierto a una persona distinta de la que conocieron en Zaragoza. Una vez, sacaron el tema de aquel día.

—Keyla, no te imaginas cuánto me arrepentí de darte tan solo veinte céntimos de propina.

—Hombre, ahí te pasaste un poco, aunque eso no fue lo que más me indignó, lo peor de todo fue el gesto tan insolente que hiciste y que descubrí por el espejo retrovisor.

—¿Qué hice? Refréscame la memoria. —Alexander quiere oírla, aunque ya sabe a qué gesto se refiere. Lo recuerda muy bien.

—Mira, cuando me pediste bajar el volumen de la radio, pensaba hacerlo, ya que los taxistas tenemos unas normas establecidas, pero chico, al ver que dabas un bufido, me dio mucho coraje y es entonces cuando decidí incordiarte.

—¿Por esa razón te pusiste a cantar? No me lo puedo creer. —Alexander ríe a carcajadas.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —Keyla comienza a enfadarse.

—Me río porque eres una mujer muy impulsiva, ese día te saltaste las normas conmigo. Trataste mal a un cliente, ahora que lo pienso, debería denunciarte. —Alexander le guiñó un ojo.

—Pues hazlo, quéjate de mí en la empresa. —Ella lo dice tan seria que él dudó de si estaba bromeando.

—Lo pasaré por alto, te pido disculpas. Aquel día fui bastante descortés contigo, que sepas que no suelo comportarme así.

Keyla, en un arranque de sinceridad, confesó haberle llamado soplagaitas, pero le prometió no volver a hacerlo. Él no pudo contener otra carcajada, todos los clientes del hotel lo miraron y sin saber el motivo, rieron también, pues tiene una risa contagiosa, es una persona que transmite optimismo.

La chica suele mirarlo disimuladamente cada vez que sonríe y se le forman esos preciosos hoyuelos en las mejillas.

Es difícil tener que reprimir el impulso de acercarse a su cuerpo, oler su perfume, besar su cuello y sentir su piel.

Ese hombre le atrae más de lo que le gustaría, se lo dice con frecuencia a Teresa.

A menudo sueña que él le dedica bonitas palabras y hacen el amor para calmar su hambre de pasión.

No teme expresar a su amiga lo que siente, en el fondo es una mujer muy romántica, aunque le cueste admitirlo. Teresa insiste una y otra vez que no reprima sus sentimientos y se deje llevar por sus impulsos.

Una tarde, Keyla confesó a su jefa que Alexander le atrae mucho más de lo que imaginó, esta le aconsejó que no tardara ni un segundo en intentar conquistarlo. Mantenían una animada conversación de tema sexual, por videollamada. Un hombre como él, según dijo Teresa bromeando, es un bombón delicioso para el más exquisito paladar.

Refirió que había mirado sus fotos en las redes sociales y en algún periódico, también había indagado en internet y comprobado que es un soltero muy deseado. Sabe el sentimiento que ese hombre provoca en Keyla y las ganas que tiene de abalanzarse a su cuello para darle pequeños y sensuales mordiscos. Teresa es muy observadora y cuando hablan a través de las videollamadas, una desde Zaragoza y la otra desde Edimburgo, ve que su amiga tiene un brillo especial en su rostro.

Aunque no lo reconozca, sabe que ese chico escocés la vuelve loca. Nunca la había visto tan entusiasmada por nadie.

Por su parte, Alexander también siente algo especial por la taxista.

En más de una ocasión, ha querido probar sus labios que no puede dejar de mirar cuando la tiene cerca. Pero el temor al rechazo lo ha echado para atrás.

Necesita rozar su piel, inventa cualquier excusa para estar a solas con ella. Siente unas inmensas ganas de tenerla entre sus brazos.

Sueña con hacerla gemir de placer mientras recorre cada centímetro de su cuerpo con sus caricias. Cuando la tiene cerca, no puede evitar excitarse, se siente hechizado por la encantadora taxista. Con solo mirarlo a los ojos, haciendo su típico gesto con la nariz que tanto le atrae de ella, el miembro viril muestra su erección.

Alexander reconoce que cualquier día será imposible controlar sus impulsos.

Keyla tiene las cualidades que siempre le ha llamado la atención en una mujer, es atractiva, tiene buen corazón y una personalidad arrolladora. Una muchacha que es tímida y descarada a la vez, que confía en sí misma, pero, por otro lado, procura ocultar su personalidad para que nadie, ni siquiera él, la descubra.

Imagina que alguien le ha debido romper el corazón y por eso está siempre alerta.

Lo que más le llama la atención, es haber descubierto que no es ambiciosa. Keyla resta importancia al dinero. No siente envidia por la gente que vive del lujo, es feliz con su vida tal como la disfruta.

Hace días, ella le comentó que era una amante de la naturaleza y se ofreció a acompañarla para visitar Princess Street Gardens, ella le dio las gracias en varias ocasiones. También ha prometido que, si lo desea, seguirá acompañándola en su recorrido turístico por Escocia, las auroras boreales son mágicas para él y quiere enseñárselas cuando llegue el momento.

Está dispuesto a ser su guía particular. Juntos, tienen varias rutas que descubrir.

En las dos últimas semanas, Daryl ha querido acercarse a Keyla, pero finalmente ha desistido al ver que la española no siente nada por él.

Días atrás, Daryl la vio en el restaurante compartiendo mesa con Alexander y observó que entre ellos estaba surgiendo algo.

Esa misma tarde le preguntó a Keyla sobre este tema y ella se lo negó.

Tiene por norma no hablar de su vida privada con cualquiera y menos con un hombre que intenta sonsacar información personal solo por curiosidad.

Daryl le cae bien, y aunque es muy impulsivo a veces, también lo va conociendo. No sabe que el inglés intenta liarse con las mujeres que le importan sentimentalmente a su rival. Con Keyla no tenía previsto hacer una excepción, quería conseguir que su amistad se convirtiera en algo más íntimo para los dos, no temía arriesgarse a recibir una negativa, pero ha desistido.

Ella también ha hablado con Teresa del amigo inglés, ha creído percibir que Daryl intentaba tener con ella algo más que amistad, no obstante, admite que solo tiene ojos para Alexander, aunque, hasta el momento, no haya habido entre ellos ni una sola caricia ni un simple beso en los labios.

En parte se siente frustrada, está convencida que quizás a él no le atraiga como mujer. Al tener un sobrepeso leve, a veces siente que no resulta atractiva para los hombres y eso le produce tener algunos complejos sobre su aspecto físico.

Teresa la saca de su dilema insistiendo que es una mujer preciosa que volvería loco a cualquiera. Está convencida que Alexander caerá rendido a los pies de su amiga cuando ella se lo proponga.

—Taxis Vázquez, ¿dígame? —responde al teléfono, va sabiendo un poco más sobre dónde están situadas las paradas de taxi de Edimburgo y suele frecuentar las zonas con mayor afluencia

de gente.

La empresa española para la que trabaja, le ha comprado un nuevo teléfono móvil para las llamadas de los clientes.

Lleva dos días conduciendo el taxi, un vehículo de color negro.

La gente que ha subido ha sido empresarios, oficinistas y algún que otro comerciante.

De momento, prefiere no alejarse mucho de la capital escocesa hasta no tener más seguridad al volante. Al conducir, tiene la misma sensación de angustia que cuando aprobó el carnet y llevaba la letra L en la parte posterior izquierda del coche.

Hasta ahora no ha querido cogerlo.

Previamente quiso recorrer, con unos días de antelación, las calles de Edimburgo y sus alrededores. Sobre todo, necesitaba acostumbrarse a manejar el volante a la derecha, creía que iba a ser fácil, pero se equivocó, fue muy complicado adaptarse a ese cambio. Al menos para ella. Alexander y Santi, muy amablemente, le dejaron sus coches para practicar en carreteras poco transitadas, antes de tener Keyla su propio vehículo.

Hubo un día que quiso desistir, se vio incapaz de habituarse, incluso se planteó volver a España si era preciso.

El escocés ha tenido mucha paciencia con ella. Cuando la veía desesperada por no adaptarse, le daba palabras de ánimo y optimismo hasta que por fin consiguió habituarse a conducir con el volante a la derecha.

Alexander ha demostrado ser un hombre que sabe cómo calmarla cuando se pone nerviosa. Todavía lo sigue haciendo al verla angustiada por algún motivo estresante debido a su trabajo. Keyla se estresa con frecuencia cuando algo no le sale como espera, no puede evitarlo.

Jesús y Alicia también le han dado su apoyo, confían en la capacidad de su hija para lograr sus metas.

Teresa en ningún momento la presionó para reincorporarse al trabajo. Le ha dado todo el tiempo que ha hecho falta, no solo es una buena amiga sino una jefa excelente. Cada día se lo demuestra.

—Buenos días, ¿podrías venir a buscarme? Te espero justo delante de una tienda de ropa, en la calle George Street, si no te importa te envío mi ubicación, gracias. —Una mujer muy amable, y hablando en un perfecto castellano, es su próxima clienta.

—Hola, ¿qué tal? De hecho, estoy por la zona, en el barrio de Newtown, la recojo en diez minutos. Voy para allá, hasta ahora —contesta mientras va conduciendo.

Cuando llega al lugar, ve a la señora con varias bolsas de ropa en la mano.

Al saber que es su cliente, baja del coche para ayudarla a meter las cosas en el maletero. Su rostro le resulta familiar, aunque no la conoce ni la ha visto nunca.

Al subir al coche y preguntarle hacia dónde debe dirigirse, la guapa mujer le informa que vive en Stirling, pidiéndole que la lleve hasta allí.

Es extrovertida, de buenas a primeras, explica que su padre era valenciano y le enseñó el idioma español desde que era pequeña.

Hay varias millas entre Edimburgo y Stirling, en ese trayecto la cordial mujer le cuenta la historia de su progenitor.

Cuenta que llegó hasta Escocia, donde conoció a su madre, contrajeron matrimonio y años más tarde nació ella.

La charla está siendo muy animada para Keyla, se siente cómoda en su compañía, la señora le ha causado muy buena impresión.

Agradece la confianza que le está demostrando. Por norma general, nadie mantiene una larga

conversación mientras viaja en taxi, pero ella la está sorprendiendo.

Al llegar a una mansión de Stirling, Keyla para el motor del coche tras haber conducido los últimos metros por una zona arbolada.

No ha parado de comentar, el bonito entorno que rodea a la impresionante vivienda, propiedad de la clienta.

Coge las bolsas de la compra de la elegante señora, quien paga la tarifa que le ha pedido, dejándole una buena propina.

Al pasar la tarjeta de crédito por el datáfono, la invita a entrar en su casa para tomar algo juntas, a lo que ella acepta de buen grado.

Cuando ha visto la mansión desde fuera se ha quedado muy impresionada, siente curiosidad por ver el interior de ese pequeño palacio. La decoración la deja alucinada, comenzando por el porche y el salón comedor. Cuando mira de forma discreta en dirección a la planta superior, ve que hay un cuadro de grandes dimensiones colgado en la pared de la escalera de acceso a esa planta. Un hombre posa sonriente al lado de su caballo, al instante lo reconoce, es Alexander McMoray. Se queda muy asombrada, hace un gesto que no pasa desapercibido para la buena señora.

—Keyla, ¿estás bien? Te has quedado perpleja al ver el cuadro de mi hijo. Lo pintó un buen amigo de la familia que expone verdaderas obras de arte en diferentes galerías, en casa hay varias del artista inglés.

—No se preocupe, estoy bien, es que me he quedado estupefacta. Disculpe la pregunta, ¿es usted Bonnie?

—Sí, me llamo Bonnie Ángela Silva. Llevé el primer apellido de mi padre hasta que me casé y lo sustituí por el de mi marido, McMoray. Mi madre escogió el nombre antes de traerme al mundo, pero mi padre quiso que tuviera un segundo que fuera español, de ahí el nombre de Ángela, aunque nadie me llama por los dos, soy Bonnie a secas para la familia y amigos.

—Un placer conocerla, soy amiga de su hijo. Ya entiendo por qué su rostro me resultaba familiar, él se parece mucho a usted. Me ha hablado algunas veces de sus admirados padres.

—Sé quién eres, él me dio tu número de móvil de la empresa, pero he querido que vinieras a casa para charlar contigo y conocernos mejor. He imaginado que si en el coche te decía quién soy, rechazarías la propuesta. Imagino que no te ha molestado.

—No se preocupe, eso sí, algún día pídale a Alexander que le explique la historia de cómo nos conocimos, ni se imagina lo bien que nos tratamos el uno al otro.

—Supongo que te ha hablado bien de mí o de lo contrario se llevará una buena bronca. —Nada más decir estas palabras, Bonnie suelta una carcajada.

Keyla calcula que la anfitriona no debe tener más de sesenta años, una mujer madura de buen talante.

Admira a las mujeres optimistas que desprenden buena energía. Su espíritu jovial se percibe en toda la casa. Keyla entiende de quién ha heredado Alexander su vitalidad.

Bonnie a veces se queja de tener algún achaque propio de sus años, pero no lo demuestra cuando padece algún tipo de dolor en sus vértebras o en las articulaciones. Ofrece a su invitada una taza de café y unas galletas de mantequilla típicas de Escocia que Keyla ha probado con gusto.

Mientras lo toman juntas, sentadas en el sillón del amplio salón, mantienen una charla muy entretenida de varios temas. En ese momento, entra por la puerta un hombre encantador, muy parecido a Alexander físicamente. Se dirige hacia ellas y le da un beso en los labios a su mujer.

El recién llegado mira a su invitada, ambos sonríen con amabilidad.

—Hola, mi amor, hoy has vuelto pronto de montar a Storm. —Bonnie aclara que Storm es un caballo inglés de pura sangre—. Diarmad, te presento a Keyla, mi nueva taxista en Edimburgo, lo afirmo convencida porque es una chica extraordinaria. La llamaré más de una vez para que me acompañe con el coche cuando necesite ir de compras. Él es mi marido —comenta dirigiéndose a la joven—, nos conocimos a los quince años, hemos cumplido los sesenta y nunca nos hemos separado desde entonces. —Diarmad estrecha la mano de la chica, quien se ha levantado de su asiento con intención de saludarlo antes de marcharse.

Bonnie cuenta a su marido que la taxista es amiga de su hijo.

Aunque él ya les había hablado de la compañía de Taxis Vázquez, nunca reveló que mantenía una buena amistad con la conductora.

La invita a volver cuando quiera para enseñarle las caballerizas. Keyla ha comentado lo mucho que le encantan los caballos, pero no ha podido tenerlos.

A los cinco minutos de conocer al dueño de la casa, se despide del matrimonio y da las gracias por el café.

Bonnie le ha pedido a su marido que recomiende a la taxista entre sus amistades. Como es una mujer obstinada, este no ha tenido más remedio que prometer que hará todo lo posible por ella.

Una vez solos, Diarmad se da una ducha, cuando llega la hora de comer y están en la mesa, sale el tema de la muchacha que tanto ha impresionado a su mujer.

—¿En qué piensas, señora McMoray? Estás ausente, no me lo niegues porque ya nos conocemos —preguntó guiñando el ojo derecho.

—Diarmad, estoy segura de que Keyla haría buena pareja con nuestro hijo. Sabes que no suelo ser casamentera, intentaré no comentarles nada al respecto a ninguno de los dos, pero ella me gusta. Te confieso que no me importaría que fuera mi nuera, sé que lo haría muy feliz. Cuando hemos llegado a casa y la he visto mirar el cuadro de Alexander, he notado, por el brillo de sus ojos, que él no le es indiferente.

—Siempre has sido muy intuitiva, pero, por favor, prométeme que no te vas a inmiscuir en su vida privada. A mí también me ha gustado, parece una chica maravillosa, sin embargo, él es quien tiene que decidirlo. Deja que viva su vida como quiera.

—De acuerdo, prometo ser discreta, pero al menos le diré que su amiga me ha caído muy bien, sabes que soy sincera y tengo confianza con él —responde Bonnie dándole a su marido un beso en los labios, es una mujer cariñosa que le gusta demostrar a su familia el amor que siente hacia ellos.

Cuando Keyla se va alejando con su coche de las tierras de los McMoray, tiene la sensación de haber tenido suerte al conocerlos.

Siempre ha estado convencida de que las personas adineradas son prepotentes, en cambio, con Bonnie, Diarmad e incluso con Alexander, se ha equivocado, lo reconoce. Son una familia estupenda.

Mientras va a recoger a otro cliente, lo llama por teléfono con el manos libres para contarle su visita a casa de sus padres, él ya estaba informado.

Por lo visto, nada más salir por la puerta, Bonnie ha llamado a su hijo para hablarle de ella, está entusiasmada con la taxista. Tiene un sexto sentido para las personas. Si le caen bien a simple vista, no suele cambiar de opinión.

Alexander confía en su intuición, aunque Keyla también va conquistando su corazón poco a poco.

—¿Se puede saber por qué no me cogías el teléfono? —pregunta Teresa a su amiga—. Estaba preocupada por ti, ya sé que a veces suelo hacerlo sin motivo, pero ya me conoces.

—Lo siento, igual estaba hablando con Alexander, acabo de colgar. Es que ni te imaginas lo que ha pasado, he conocido a sus padres, ¿te lo puedes creer? ¡Son maravillosos! He estado en su casa, si me has llamado antes, igual en alguna zona no tenía cobertura porque no he oído el tono de mi teléfono.

—¿Qué dices? O sea que aún no te has liado con su hijo y ya los has visto a ellos. Veo que el tema promete. —Suelta una carcajada—. Estoy deseando que me lo expliques con detalle. —Teresa está muy intrigada.

Keyla le cuenta la visita a casa de los McMoray, explica cómo es de grande la mansión, la espectacular finca y los magníficos alrededores. Habla con tanta admiración de la agradable familia, que su amiga le da un consejo que no olvidará.

—¿Y se puede saber por qué no te has lanzado todavía a conquistar a tu príncipe azul escocés? Él te gusta, es guapo, inteligente, tiene una buena familia y, por lo visto, es un chico honesto. Del dinero no hablamos, que a ti nunca te ha importado, das más valor a los temas sentimentales que a cualquier cosa material.

—Ya sabes mi opinión, desde que mis padres se separaron no creo en el amor, no puedo evitarlo. La psicóloga me ha ayudado a superar ese trauma, pero sigo sin creer en los príncipes de cuento.

—Yo tampoco creo en esos príncipes ni en las perfectas princesas de las antiguas novelas de amor que mi madre solía leer cuando era adolescente, aunque no comprendo qué te impide lanzarte al cuello de Alexander si tanto te atrae. Nunca te echas para atrás si te gusta un chico.

—Tienes razón, qué le voy a hacer, soy así de rara. En el único hombre en quien confío es en mi padre porque sé que nunca me defraudará. Ten en cuenta que cuando mi madre se fue de casa yo solo tenía quince años y para mí fue difícil asimilarlo. Eran tan felices juntos que nunca hubiera adivinado que romperían su relación.

—Deja el pasado atrás, te lo he dicho muchas veces. Debes aprender a superarlo, a confiar en los chicos y, sobre todo, a quererte más a ti misma procurando no ser tan insegura. Yo he sufrido dos desengaños, ya lo sabes.

—Después de todo sigues en pie, creyendo en el amor, pese a tus dos relaciones anteriores.

—Ya me ves, todavía no he encontrado a mi alma gemela, pero no me niego a volver a enamorarme, si surge, lo dejaré que fluya, aunque luego me lleve una decepción si no sigue adelante. Tal vez algún día conozca al hombre ideal con el que compartir mi vida, hasta ahora no he tenido mucha suerte la verdad.

—Eres admirable, te lo digo en serio.

—Tú también, por esa razón quiero que pienses en el presente y en el futuro, si te gusta él y sé que estoy en lo cierto, díselo y comienza una pequeña aventura a su lado, no des más vueltas.

Cuando cuelga el teléfono, después de despedirse de su jefa, Keyla piensa en la conversación que han mantenido.

Ha reflexionado mucho sobre lo que Teresa ha dicho y quiere dar un paso adelante en lo que se refiere a Alexander, por fin ha admitido que le gusta cómo ningún hombre lo ha hecho hasta ahora.

Teresa suele dar buenos consejos y viceversa. Algunas veces los aceptan o no, pero al menos expresan sus diferentes puntos de vista en algunos aspectos.

Aprecia mucho su amistad, se siente afortunada de tenerla en su vida.

A diferencia de ella, que no ha querido tener nada serio, su jefa ha tenido dos relaciones, la primera con un chico bastante reservado.

Un verano preparaban juntos sus vacaciones de ensueño, el año había sido muy estresante,

Teresa necesitaba un descanso.

Su novio le había prometido una sorpresa durante el viaje en coche, habían planeado hacer una ruta turística por varias ciudades españolas, se sentía afortunada. El chico era atento, guapo y cariñoso.

El día que comenzaron la ruta, a las cinco horas de salir de Zaragoza, un pinchazo en el neumático cambió sus planes.

Él no llevaba rueda de recambio, entonces le hizo una propuesta que la dejó estupefacta.

Casualmente los padres estaban a tan solo cinco kilómetros, en su casa de verano, y le propuso a Teresa pasar la noche allí, de esta manera podría conocerlos.

Ella no se pudo negar, pero sabía que sus planes se estaban esfumando.

Una vez en la casa, después de las presentaciones y la cena, la pareja comentó que estaban cansados y querían irse a la cama.

La madre de él se negó a que durmieran juntos. Teresa guardó silencio ante la situación, acató la imposición de la mujer.

Se dirigió al que iba a ser su dormitorio sin rechistar. Llevaba puesto un conjunto negro de ropa interior para impresionar a su chico, pero no pudo enseñárselo.

Estaba muy cabreada, apenas pudo dormir aquella noche. Las vacaciones antiestrés no habían comenzado como se suponía.

Al día siguiente, el mecánico de un taller de coches cambió la rueda y tras despedirse de los padres del novio, la pareja continuó por la ruta planificada.

Al llegar al hotel de una ciudad, a las doce de la mañana, subieron el equipaje a la suite. Después de ducharse juntos hicieron el amor, a Teresa se le pasó el enfado al disfrutar del buen sexo con su chico.

No suponía lo que él iba a confesar más tarde.

Por lo visto, lo del pinchazo en la rueda fue una excusa para presentarle a sus padres. La sorpresa a la que se había referido, antes de ese día, era esa precisamente. Ella no lo pensó dos veces al saber la verdad. Rompió la relación con su novio por haberla engañado de esa manera.

Nunca quiso saber nada más de él.

La segunda relación que tuvo fue con un hombre casado al que dijo adiós nada más enterarse que no era libre.

No estaba dispuesto a abandonar a su mujer por ella, quien por su parte se negaba a ser la otra.

Le dolió mucho que la utilizara solamente por diversión, mantenían buen sexo en la cama del hotel en el que solían verse los viernes por la noche.

Él, un hombre de cuarenta años, en plena crisis de esa edad, no era feliz en su matrimonio y por entonces conoció a Teresa, una chica alegre, joven y preciosa de apenas veintidós años.

Quiso vivir una relación que lo distrajera de su vida cotidiana, algunas veces pensó confesarle que estaba casado, pero sabía que en cuanto se enterara le daría a elegir entre las dos y no quería llegar a ese extremo, prefería evitarlo.

Su mujer le daba estabilidad económica, pues él trabajaba para su suegro.

Con Teresa disfrutaba del sexo, se compenetraban muy bien, le dolió que lo dejara.

Había mantenido su estado civil en secreto hasta que un día dejó el teléfono móvil en la mesita de noche del hotel. Su mujer le envió un mensaje a altas horas de la madrugada, mientras Teresa y él dormían. Tenía una fuerte crisis de ansiedad y tuvo que irse a casa.

Teresa escuchó el mensaje a la misma vez y fue entonces cuando supo la verdad.

Sintiéndose engañada, cortó su relación después de pedirle que escogiera con cuál de las dos quería estar. Él le dijo que la amaba, en cambio, no podía abandonar a su esposa. Ahí terminaron

su historia esa misma noche poniendo un punto y final.

La jornada laboral llega a su fin y Keyla deja el coche estacionado en el parking del edificio donde vive.

Está satisfecha de su trabajo, tiene buena clientela y la gente de Edimburgo es muy amable, incluso le dan buenas propinas. Sus clientes, nada más entrar al taxi, se fijan en que, junto al espejo retrovisor, lleva colgado un bonito peluche de veinte centímetros con forma de unicornio, de color blanco y malva.

Alexander comentó que es el animal nacional de Escocia, él se lo regaló al saber que a Keyla le llamó la atención al verlo en una pequeña tienda del centro.

Desde siempre le han gustado las figuras mitológicas, incluidas las hadas y cualquier personaje del género de fantasía. Aunque no es muy creyente de las leyendas, ni tampoco es supersticiosa, se siente protegida por el pequeño animal de un solo cuerno, adora el regalo que le hizo Alexander.

Día tras día va adaptándose a su nueva vida y está encantada.

Con la mayoría de sus clientes conversa en inglés, no obstante, también se ha cruzado con algún que otro turista de habla hispana, quienes han agradecido que hablase su idioma.

Caminando, ha podido ver los callejones medievales de los que tanto ha oído hablar y se ha quedado fascinada. El encanto de la ciudad, por esa zona histórica, la dejó perpleja. En su cámara guarda fotos asombrosas que ha ido enviando a la familia por mensaje.

Una vez en su apartamento, se desnuda. Se da una buena ducha antes de ponerse la ropa interior y el pijama de invierno.

Las noches son frías y aunque tiene puesta la calefacción, le gusta estar cómoda en casa.

A menudo echa de menos a sus padres, lleva dos o tres días viviendo sola y está habituada a sentirse acompañada a cualquier hora del día.

Suele llamarlos cada tarde antes de cenar para explicarles cómo ha ido el día.

En Zaragoza aprendió a elaborar algunos platos y le gusta cocinar, ya que no tiene a su padre en casa para prepararle un sabroso plato de comida caliente cuando hace frío ni a su madre que le haga dulces para llevarse.

Han prometido ir a verla en cuanto tengan los billetes, son felices con sus parejas y como es lógico también la añoran. La casa está vacía sin su taxista preferido.

Capítulo 7



Keyla no hay más que una

Alexander sigue con su rutina de fin de semana, es sábado.

Después de desayunar y antes de ir a comer a casa de sus padres, sale a correr por la orilla del río.

Keyla y él suelen coincidir alguna vez mientras practican deporte, pero prefiere no verla esta mañana para no distraerse.

Ha estado dando vueltas a la cabeza sobre cómo preparar su primera cita a conciencia. Es muy detallista, quiere sorprenderla con algo especial y cree tener el plan perfecto. Hablará con Santi y Lucas para que le preparen una pequeña sala de su hotel con una mesa para los dos.

Él mismo decorará la estancia con tulipanes holandeses para esa misma noche.

No quiere perder ni un minuto más sin declarar lo que siente por ella.

Tiene claro que quizás le dé calabazas, pero quiere intentarlo, su lema es: Quien no arriesga, no gana.

Citará a Keyla con cualquier excusa.

Cuando lleguen al hotel, ya estará todo a punto.

Ha llamado a sus amigos para explicarles lo que piensa hacer. Lucas ha cogido el teléfono y al conocer sus intenciones, se ha alegrado, sigue pensando que la taxista y el empresario hacen muy

buena pareja, se nota a leguas que hay química entre ellos.

Alexander no se atreve a definir el sentimiento que Keyla le inspira, no sabe si es amor, pero quiere descubrirlo.

Lo que sí tiene claro es que jamás ha sentido nada parecido por otra mujer.

Todo está yendo muy rápido entre ellos, hace apenas dos semanas que la conoció y jamás hubiera dicho que una mujer iba a ser capaz de atraerle tanto.

Mientras trabaja en la destilería de whisky, atendiendo a los clientes, no puede dejar de pensar en ella. Cuando camina por la calle, se fija en los taxis que ve por si ella es quien va al volante.

Comienza a obsesionarse, la ve en cualquier lugar, aunque no esté.

Gerardo le preguntó el día anterior cuál era el motivo de su distracción, al oír su voz ausente por teléfono, se extrañó mucho.

Tuvo que explicarle que ella lo tenía ensimismado, tal como sospechaba su gran amigo.

Gerardo le aconsejó que se deje llevar por sus sentimientos, que intente no reprimirlos y haga lo que le dicte el corazón. Es precisamente lo que piensa hacer.

Alexander sabe que en cuanto aparque el coche delante de la casa de sus padres, donde va cada semana a comer, Bonnie le sacará el tema de la taxista. Es muy persuasiva e intuye que ve en ella más que una buena amiga de su hijo, desconoce que ya ocupa su pensamiento.

—Hola, hijo, bienvenido a casa, tienes buen aspecto. —Su madre le da un beso en la mejilla cuando entra por la puerta.

—Boonie McMoray, cada día estás más guapa y más joven. —Alexander la levanta en brazos con cariño.

—Hoy te veo más contento de lo habitual, yo me pregunto, ¿no tendrá algo que ver cierta conductora de Edimburgo? —Le guiña un ojo mientras los dos se dirigen al salón comedor, donde Diarmad está sentado leyendo el periódico. Se levanta del sillón para saludarlo.

—Suponía que me harías esa pregunta, lo tuyo es de risa, mamá, quieres saberlo todo y en parte lo entiendo, pero debes respetar mi intimidad. Keyla es solo una amiga, muy especial, eso sí, pero te aseguro que no hay nada entre nosotros —lo dice totalmente convencido, aunque Bonnie no se ha creído su argumento, no quiere sonsacarle ni inmiscuirse en su vida, tal como le prometió a su marido.

Mientras saborean el sabroso menú que ha cocinado, Alexander explica a sus padres cómo se conocieron Keyla y él en Zaragoza, que en principio no se soportaban, omitiendo los detalles de ese encuentro.

Continúa diciendo que gracias al destino se han vuelto a ver en Edimburgo, entre ellos ha nacido una buena amistad. Tanto Bonnie como su marido, comentan lo bien que les ha caído la chica. Demuestra ser una mujer decidida y liberal que no ha dudado en emigrar a otro país para buscar su porvenir, hecho que valoran. Sobre todo, Bonnie que, al ser mujer, la comprende e imagina lo difícil que ha tenido que ser para ella comenzar una nueva vida alejada de su familia. Por su parte, se ha propuesto apoyarla en lo que sea posible. Tiene bastantes amigas, a todas piensa hablarles de la taxista para que corran la voz entre su círculo social y no le falte el

trabajo.

Durante la comida familiar, Alexander no menciona nada referente a los planes que tiene esa noche.

Después del postre, toman una copa de whisky, a Diarmad le gusta saber cómo va el negocio que fundó con tanto sacrificio. Su hijo le comenta los pormenores, incluidas las intenciones de su rival, Daryl Connor. Las noticias no le sorprenden a Diarmad, el inglés es un fuerte contrincante que intenta hundir su empresa como pueda, pero no se lo piensa permitir.

Pasado un rato, se despide de sus padres hasta la siguiente semana. Tiene cosas que hacer antes de preparar su cita, en la que ha necesitado la colaboración de sus amigos.

Una vez de vuelta a Edimburgo, envía un mensaje de voz.

«Hola, Keyla, no sé si sabes que hoy es el cumpleaños de Santi y estamos invitados. Lucas le ha preparado una cena sorpresa en el SaLuMa, si quieres te paso a buscar y vamos caminando juntos, por suerte lo tenemos cerca de casa. La cena es a las 19:00 horas, si te parece bien, quedamos quince minutos antes en la puerta de tu apartamento».

Keyla responde al momento, no se imagina que esa cena es para los dos y que el cumpleaños de su amigo no es ese día, Alexander siente mentirle, pero considera que es por una buena causa.

Compra tres docenas de tulipanes rojos, la flor favorita de la chica. Cuando llega a la pequeña sala del hotel, que les han preparado para tener intimidad, esparce las flores por el suelo simulando un camino hasta llegar a la mesa. Deja aparte un tulipán para regalárselo a ella, también se encarga de la música romántica. Ha comprado velas, las pone encima del mantel, abrirán una botella de champán un poco más tarde. Sus amigos se encargan de la cena, platos típicos escoceses.

Lo ven ilusionado, él solo espera que la cita salga bien.

Keyla está vistiéndose en su habitación, le ha sorprendido el mensaje de Lucas y minutos después el de Alexander. Si hubiera sabido que es el cumpleaños de Santiago le hubiese comprado algún regalo, le sabe mal presentarse en la cena con las manos vacías, pero enmendará el error.

Para esa velada, ha escogido un vestido largo de tirantes, color negro de terciopelo. Ceñido a sus curvas, con cremallera en la parte posterior. Lleva el pelo semirecogido con una trenza fijada en la parte superior de la cabeza, el resto del cabello cae con naturalidad. Se mira al espejo, le gusta verse guapa. Se ha pintado la raya de color negro en los párpados de sus ojos, sus largas pestañas las lleva maquilladas con una máscara del mismo tono. Los labios de un tono rosa muy suave. El perfume que suele utilizar es de fragancias frescas, bastante intenso. En el cuello, luce un colgante de oro blanco que heredó de su abuela materna. En cada muñeca, lleva una pulsera de estilo hippie que compró en una tienda de Zaragoza. Le encanta la bisutería étnica hecha a mano. En su armario tiene alguna que otra prenda de ropa de este estilo, además de varias sandalias guardadas en el mueble zapatero. Antes de salir de casa, escoge unos zapatos de tacón bajo y se pone un abrigo largo, hace frío esa tarde.

Sale de casa, Alexander la espera en el portal, lo ve guapísimo vestido con una camisa gris de

lino, de manga larga, a juego con un pantalón largo de algodón, de color blanco, lleva la americana en la mano.

Se acerca a él y le da dos besos en las mejillas, al estar tan cerca huele su perfume y por un momento siente la necesidad de besar sus labios, pero se contiene.

Mientras caminan en dirección al hotel, Alexander la mira con deseo.

Al verla, no se ha podido resistir a decirle lo preciosa que está, ella se ha ruborizado por sus sinceras palabras.

Una vez en el hotel, Lucas los saluda y deja que su amigo siga adelante con su plan. Alexander coge la mano de Keyla y se dirige con ella hacia la sala que ha decorado con interés.

Antes de entrar, abre la puerta, la taxista cree estar soñando cuando comprende sus intenciones.

No da crédito a lo que ven sus brillantes ojos, camina hasta la mesa por el pasillo floral decorado con tulipanes, él le retira la silla antes de tomar asiento y le ofrece el tulipán rojo que hay encima de la mesa. Las velas aromáticas están encendidas, la cena, tipo buffet, está preparada en otro mueble contiguo, así como el vino y el champán.

Emocionada, rompe el silencio:

—Reconozco que me has dejado de piedra, no me esperaba esta bonita sorpresa —exclama con una sonrisa.

—Lo sé, te he mentido, pero como te habrás dado cuenta, ha sido por un buen motivo. Lucas y Santi son mis cómplices —dice Alexander, que está sentado a su lado, mirándola a los ojos.

—¿Se puede saber a qué viene esto? —preguntó con interés, es muy impaciente y está deseando que aclare a qué es debido el generoso detalle que ha tenido hacia ella.

—Keyla, nos conocemos hace poco más de un mes, pero quiero decirte que me gustas mucho. Eres una obsesión para mí, cuando estás lejos no puedo pensar en otra persona que no seas tú. No sé si es amor lo que siento porque nunca he estado enamorado de ninguna mujer. Si me lo permites, quiero decirte que me harías muy feliz si me dejas conocerte un poco más. Quiero que me hables de ti. —Se acerca a ella y besa su mano, gesto que, a ella, al sentir su contacto, le eriza la piel.

—Alexander McMoray, soy solo una mujer normal que no le da importancia al físico de una persona, sino a su corazón. Me halagas con tus palabras, pero sé por la prensa que eres un seductor. ¿Debo fiarme de ti? —No está dispuesta a ceder a la primera de cambio, aunque lo esté deseando.

—Déjame demostrarte que estás equivocada, tengo fama de ser un conquistador, aunque no me importa demasiado, solo necesito saber si sientes algo por mí.

—Eres un hombre muy atractivo y detallista, la primera vez que te vi tuve una mala impresión sobre ti, pero desde que estoy en Peebles, estoy descubriendo a un hombre distinto y eso me gusta.

—¿Y yo, te gusto? —le pregunta él mirando sus labios, acercándose a su boca, atraído como un imán.

—¿Aún lo dudas, Alex? —responde levantándose de la silla, él también hace lo mismo.

Una vez de pie, Keyla rodea su cuello con los brazos, acercándose a él con una mirada penetrante.

Por fin llega el ansiado beso, sus lenguas se entrelazan por primera vez. El beso ha sido largo y apasionado, les ha costado separarse. La cena está a punto, sin embargo, ellos sienten que pueden esperar.

Por un momento se dejan llevar por el deseo, sin embargo, saben que no es el lugar idóneo

para continuar con las caricias, deciden reprimir sus impulsos, aunque cueste.

Durante la romántica cena en la intimidad, conversan de su vida privada. Keyla no quiere romper la magia del momento, pero siente que debe ser sincera.

—Alexander, quizás te parezca raro lo que te voy a decir, pero pretendo ser sincera contigo desde el principio. Tengo un pequeño problema, lo admito. Desde que mis padres se separaron, soy incapaz de creer en el amor. —Keyla cuenta toda su historia y como, a sus quince años, su madre se fue de casa y por ese motivo teme enamorarse, le confiesa que tiene miedo de que alguien le rompa el corazón.

La reacción de él no se hace esperar, le da un cariñoso beso en la frente y dice:

—Por favor, sigue llamándome Alex, suena muy bien en tus labios. Imagino que no debió ser fácil para ti vivir ese desagradable capítulo de tu vida, pero intenta borrar el pasado, es un consejo.

—Sí, ya lo tengo superado o, al menos, eso creo. Ten en cuenta que yo estoy muy unida a mis padres.

—¿Sabes? Volviendo a lo nuestro, creo que cada persona que conocemos es única, Keyla no hay más que una y quiero demostrarte que vale la pena arriesgarse para ver si nace algún sentimiento entre nosotros. Cualquier hombre daría lo que fuera por hacerte suya, a mí me has vuelto loco imaginando ese momento. Estoy deseando hacerte el amor, siempre y cuando tú sientas lo mismo y te apetezca estar conmigo.

—¿Supondría algún problema para ti si entre nosotros solo hubiera sexo? ¿Te importaría? —pregunta Keyla con rubor.

—Para nada, si de momento el sexo es lo único que podemos compartir juntos, lo acepto, pero no te niegues al amor. Te lo dice un hombre que tampoco cree, sin embargo, vive el presente. Esta noche, admirada taxista, quiero que disfrutemos de una velada inolvidable —exclamó Alexander.

Antes de abrir una botella de champán y servir dos copas, brindan por haberse conocido gracias al destino. La cena ha estado exquisita, Keyla pretende felicitar a los cocineros, sus amigos han elaborado un menú excepcional.

La han engañado respecto a que la cita era por el cumpleaños de Santi, pero está muy agradecida por la pequeña mentirijilla en la que los tres han participado.

Alexander ha sido el encargado de la decoración de la sala y la mesa. Ella se ha quedado fascinada con el detalle.

De pronto, él se levanta de la silla, la invita a bailar algunos temas en los que suenan la gaita escocesa, prometiendo que tocará la suya en alguna ocasión para que ella lo escuche.

Paso a paso, se deja llevar en sus brazos, por lo visto es un excelente bailarín.

Comparten juntos el mágico momento mientras él susurra palabras de amor en su oído.

El mundo exterior ha dejado de existir para ellos.

Pasado un rato, deciden dejar el hotel para volver caminando a su casa. Keyla coge el tulipán rojo que le ha regalado esa misma noche.

Tras ayudarla a ponerse el abrigo, salen a la calle. Ni Lucas ni Santiago, han podido verlos antes de salir por la puerta trasera del hotel.

Van cogidos de la mano, como dos inexpertos enamorados que se niegan a albergar ese sentimiento en el corazón.

Una vez que caminan en dirección al apartamento de la muchacha, pasan por delante de la vivienda de Alexander que la invita a subir para tomar una copa, a lo que acepta encantada.

Durante la cena no ha querido beber demasiado alcohol para disfrutar de la preciosa velada

junto al galante escocés.

Al entrar a su piso, se sienta en el sofá mientras él prepara los vasos con hielo para el whisky.

La invitada lo observa todo con detenimiento, la vivienda está decorada con mucho gusto.

De pronto, escucha un pequeño ruido, ve a un perrito pequeño que corre hacia ella. Lo coge en brazos con mucho cuidado, lo ve tan blandito que teme hacerle daño. Es de raza maltipoo, color blanco y marrón.

—Hola, pequeñín, ¿quién eres tú? Si pareces un peluche, ¡qué monada!

—Te presento a Magic, lo adoro —menciona Alexander con ternura.

A ella le ha sorprendido saber que le gustan los animales, otro dato que desconocía de su personalidad.

El perro intenta lamer su nariz, no deja de reclamar su atención.

Ella nunca pudo tener una mascota en casa, su padre es alérgico. Adora a los peludos, jamás les haría daño.

Una vez que Magic duerme en su pequeña cama, Alexander le enseña el resto de la vivienda.

Cuando entran a su habitación, en la que hay una amplia cama de metro ochenta, se acerca a él de forma provocativa. Pide al chico que cierre la puerta para que el perro no pueda entrar a molestarlos, lo mira a los ojos con deseo, él no se resiste a su encanto.

Sobran las palabras entre ellos, sus manos lo dicen todo.

Necesitan acariciarse, están muy excitados, llevaban tiempo esperando ese momento.

Comienzan a besarse mientras se van desprendiendo de su ropa, desnudándose el uno al otro para descubrir centímetro a centímetro sus cuerpos. Keyla lleva un conjunto de lencería muy sensual, de encaje negro, que al instante desaparece.

Ella ha cambiado el mundo de Alexander por completo desde que llegó a su vida.

Hacen el amor, entre ellos no solo hay sexo, un sentimiento profundo ha emergido por arte de magia.

Posteriormente, se queda dormida entre sus brazos, acurrucada en el pecho del chico, a quien le encanta oler el femenino perfume embriagador, sintiendo el roce de su piel tan cerca. En ese momento, la mira mientras duerme, descubre que la taxista ha llegado a su corazón de forma inesperada, sin previo aviso.

El rico heredero, que no creía en el amor, se ha enamorado por primera vez como si fuera un adolescente.

Anteriormente, ha disfrutado del sexo con otras mujeres, pero lo que ha sentido con Keyla esta noche, jamás lo experimentó con ninguna otra.

Ha tenido algunas aventuras con chicas, aunque solo hubo sexo, nunca fue tan placentero como con ella, siente que entre los dos hay una fuerte atracción sexual.

A la mañana siguiente, despierta encontrándose sola en la cama. Por un momento piensa en la noche anterior y se sonroja como una adolescente, no puede evitarlo. Él ha demostrado que es un hombre maravilloso que sabe hacer feliz a una mujer, ya sea en la cama o en cualquier otro lugar y momento. Ningún chico ha conseguido hacer que disfrute del sexo, tanto como su adonis.

—Buenos días, preciosa, ¿cómo has dormido? He dejado la puerta cerrada para que Magic no pudiera despertarte. De hecho, ha intentado entrar, pero no se lo he permitido hasta ahora. Si se pone pesado, vuelvo a dejarlo fuera de la habitación. He salido con él a la calle para dar un pequeño paseo. Al regresar he preparado el desayuno, espero que te guste. —Se acerca y le da un beso en los labios con ternura. Magic, al verlos tan cerca, ladra reclamando su atención, no han tenido más remedio que acariciarlo antes de jugar con él lanzándole la pelota.

—Hola, soplagaitas —dice de forma cariñosa—, ven a la cama, túmbate a mi lado. —Él se

quita las zapatillas y los calcetines antes de acceder a su petición—. He dormido mucho, este colchón es muy cómodo. Tal vez tenías cosas que hacer y te he entretenido. —Roza sus labios con el dedo, Alexander es tan atractivo que parece un modelo de pasarela, piensa disfrutar cada minuto junto a él.

—Es domingo, estoy libre, así que, cuando te duches y desayunemos, iremos a dar una vuelta. Hoy te quiero solo para mí, tengo ganas de ti. Desde que has llegado a Edimburgo aún no has tenido ocasión de visitar las Pentland Hills, me gustaría que las vieras. Quiero enseñarte un lugar en concreto que es muy especial, mi abuelo me llevaba a caminar por ese entorno tan espectacular.

—Sí, pero antes debo cambiarme de ropa, no querrás que vaya con el vestido que llevaba anoche. —Suelta una carcajada—. Haremos lo siguiente, me levanto de la cama en dos minutos, una vez que haya tomado mi café con leche, voy a casa a ducharme. Me pondré la ropa y el calzado adecuado para tu plan. Si quieres raptarme yo encantada, eso sí, como compensación por ser hoy mi guía turístico, te invito a comer en algún restaurante que conozcas. El postre —insinúa Keyla dándole un pequeño mordisco en el labio inferior—, lo tomamos en mi casa.

—Trato hecho, estoy deseando que llegue la hora, aunque no te prometo que espere al postre. Eres una auténtica belleza, irresistible para mí, sería un tonto si te dejara escapar. Solo de pensarlo, me están entrando ganas de no salir de casa y quedarme aquí el resto del día. —La coge en brazos para darle un beso en los labios, es tan atento con ella que, por un instante, se imagina ser la princesa de un castillo. Tiene la impresión de que él es el príncipe que la rescatará de su miedo a enamorarse y a sufrir por amor.

Después de vestirse, entra al salón, ve la mesa preparada con varios platos diversos. Salchichas, huevos, bacon, cereales, zumo de naranja, café y algún que otro dulce de bollería industrial de los que a ella le gustan. Es muy golosa y adicta al chocolate.

En una de las sillas, ve un pequeño paquete envuelto con su nombre, por lo visto es un regalo para ella.

Cuando lo abre, encuentra un peluche verde de unos treinta centímetros, es Nessie, el famoso monstruo del lago Ness que Magic está deseando coger para jugar. El muñeco lleva en la cabeza un gorro típico escocés, de cuadros rojos y negros con la bufanda a juego.

No se esperaba tanta atención, emocionada da las gracias a Alexander por el precioso detalle que ha tenido con el único propósito de darle la bienvenida a Peebles.

Guarda su peluche en el bolso antes de salir de casa.

El día pasa rápido, la excursión ha sido muy divertida, él es un buen montañero sin ninguna duda. Keyla ha visto unos paisajes preciosos, Escocia es mágica, está enamorada de este bello país.

Pidió a Alexander llevarse a Magic para estar con ellos y no dejarlo solo, le está cogiendo mucho cariño al perro.

Al regresar, con intención de ir al apartamento de Keyla para tener intimidad, el dueño lleva al perro a su piso. En el salón, Magic tiene una pequeña casa, Está bastante cansado de caminar, se tumba en su cama dispuesto a dormir.

Una vez en casa de Keyla, se duchan juntos mientras comparten un erótico momento en el que no pueden controlar sus impulsos, allí mismo, mientras cae el agua por su cuerpo, se dejan llevar por el deseo.

Al salir del baño, sirve a su invitado un whisky de su propia destilería.

Cuando Alexander ha visto la vivienda, ha llamado su atención una guitarra española que ella tiene en una de las habitaciones.

Pide a la chica que la toque, por lo visto fue un regalo de su madre.

Keyla escoge varios temas españoles mientras sus manos se manejan con destreza por las cuerdas del instrumento musical.

El gran admirador da un caluroso aplauso antes de rodear su cintura para estrecharla entre sus brazos de los que ella no quiere escapar. La coge mientras la lleva hacia la cama.

Con delicadas palabras, besos y fogosas caricias, vuelven a hacer el amor. Buscan la satisfacción sexual del otro para alcanzar juntos el clímax.

Está tan enamorado que teme hablarle de sus sentimientos para no perder la amistad de la chica de sus sueños.

Está dispuesto a esperar el tiempo que haga falta hasta no saber si es correspondido de igual manera.

Espera lograr que ella crea en el amor.

Pero el destino los obligará a dar un giro inesperado a sus vidas.

Capítulo 8



Un futuro impredecible

Keyla decora el árbol de Navidad con algunos adornos que ha comprado en el mercado navideño de Edimburgo, hubiera preferido llenar el carrito con más cosas aún, no escatima en gastos cuando se trata de estas fechas.

Será la primera que celebre en su apartamento.

Ha llegado diciembre, sus padres han prometido pasar las fiestas con ella.

En los dos meses que lleva en Escocia, aún no han podido ir a visitarla. Tienen ganas de abrazarla, aunque hablen cada día por teléfono y sepan que le va bien en su nueva vida, tan lejos de su familia.

Keyla ha preparado sus habitaciones para cuando lleguen, está muy ilusionada.

Jesús y Alicia siguen manteniendo una buena relación.

Cuando su hija les propuso que fueran a pasar las fiestas a su lado, no se opusieron. Tanto uno como el otro se llevan bastante bien con sus respectivas parejas, quienes han aceptado estar juntos en el mismo lugar.

Mercedes y Eloy solo pretenden que la chica pase unas fiestas inolvidables, por esa razón no les importa coincidir en su casa estos días.

Teresa también estaba invitada a la cena de Nochebuena, pero celebrará las fiestas en Zaragoza con su familia, aunque ha prometido ir a verla en enero.

Sobre todo, quiere conocer a Alexander, Keyla le ha hablado tanto de él que tiene curiosidad. Duda que él solo sea un hombre con el que Keyla comparte la cama de vez en cuando para disfrutar juntos del sexo, sabe que detrás de las palabras de la taxista, hay algún otro sentimiento más profundo que ella misma se niega a admitir.

Teresa quiere descubrir lo que hay entre ellos y no lo sabrá hasta que los tenga a los dos delante de sus narices.

En este último mes, Alexander y Keyla se han visto casi a diario.

Hay una gran complicidad entre ellos. Ni para Teresa ni para los padres de la chica, ha pasado desapercibido el buen humor de la muchacha, intuyen que su estado de ánimo no es solamente debido a lo bien que le va en el trabajo.

Aparte de la clientela habitual, que la familia del escocés se ha encargado de buscar, la taxista tiene clientes que viajan en avión con frecuencia y contratan sus servicios para hacer los trayectos al aeropuerto.

Ella niega que el empresario tenga algo que ver con su cambio de actitud.

El pretexto que utiliza, para responder por la razón de su alegría, es que puede ser debido a la buena acogida por parte de los conocidos que la están ayudando desde que llegó a Escocia.

Está orgullosa de sí misma. Afronta su futuro con esperanza y de ahí su ilusión y el brillo que tiene en los ojos. Aunque intente engañarse, no logra hacerlo con quienes la conocen bien.

Todos la ven distinta a quien era en Zaragoza. Sigue siendo una mujer optimista y extrovertida, pero desde que se relaciona con Alexander, su familia y amigos, cuando hablan con ella por videollamada, ven una mujer radiante. Teresa incluso lo comentó por teléfono con Lucas. El chico le confesó que Santiago y él también se habían dado cuenta del cambio de conducta y sospechan quién puede ser el responsable de la euforia de Keyla. Están encantados de ser testigos de un sentimiento que día tras día nace entre los dos.

En todo este tiempo, Alexander le ha enseñado espléndidos lugares del país. También quiso que viera su destilería en la que explicó a su invitada, todo el proceso de elaboración del whisky. Como regalo, le ofreció una de las botellas de alta calidad, a lo que ella no se negó. La ha guardado para una ocasión especial. Le prometió a su padre abrir la botella en Navidad, cuando fuera a visitarla.

Los trabajadores de la empresa respetan y admiran a su jefe, hecho que no ha pasado desapercibido para la taxista.

Si la ciudad de Edimburgo es fantástica todo el año, en los días navideños es espectacular. Daryl Connor la invitó hace un par de días a salir con él para enseñarle las atracciones, a lo que no pudo negarse.

Subieron a la noria y disfrutaron viendo la ciudad desde cierta altura. Keyla sabe la rivalidad que existe entre los dos empresarios, pero considera que Daryl solo intenta ser amable, prefiere mantenerse al margen de las disputas entre Alexander y él.

Daryl también ha recomendado a sus conocidos la compañía de taxis para la que trabaja y está muy agradecida. Por otro lado, él comienza a ser un amigo con el que se siente cómoda.

El día veintitrés de ese mes de diciembre, Keyla recoge en el aeropuerto a sus cuatro queridísimos huéspedes. Han volado juntos en el mismo avión, hay buena armonía entre ellos. Al verla, sus emocionados padres le dan varios besos y achuchones que recibe con ganas. En repetidas ocasiones, ha mencionado lo mucho que los añora, estaba deseando abrazarlos. Cobijarse en los brazos de sus progenitores, siempre le transmite sensación de seguridad.

La pareja de Jesús le ha llevado como recuerdo, una cesta de un kilo de frutas de Aragón, típicas de Zaragoza. Sabe que le gustan muchísimo.

Eloy, por su parte, también le da su regalo, una sabrosa paletilla de jamón ibérico de bellota, deshuesada y envasada al vacío.

Tanto a uno como al otro, les ha agradecido de corazón el magnífico detalle que han tenido.

Por lo visto, en varias ocasiones, Keyla había comentado con su madre que echaba de menos comer jamón serrano español, aunque lo probara de vez en cuando en el SaLuMa. Eloy, por casualidad, había escuchado uno de los comentarios de su hijastra y sin referir nada a Alicia, el día antes de su viaje a Escocia, fue a la tienda con intención de comprar una paletilla para la muchacha, gesto que su mujer agradeció.

Una vez en el apartamento, después de ver la vivienda, beben un refresco y dejan el equipaje en sus habitaciones antes de salir a dar una vuelta por Peebles.

Es su primer viaje a Escocia, los cuatro recién llegados tienen ganas de descubrir algunos lugares.

Por recomendación de su anfitriona, metieron ropa y calzado cómodo en sus maletas.

Keyla ha cogido unas pequeñas vacaciones para estar con su familia y preparar los menús navideños con tranquilidad.

Ese mismo día, los acompaña al SaLuMa para presentarlos a los propietarios del hotel que dan la bienvenida invitándolos a comer en su restaurante. Pasan un buen rato charlando con los andaluces que se han tomado un café con ellos después de la comida.

—Santiago, ¿dónde pasaréis Lucas y tú la Nochebuena? —pregunta Keyla a su amigo.

—Pues lo cierto es que la solemos celebrar solos en casa, estos días hay muchos clientes en el hotel y no podemos viajar a España para estar junto a nuestra familia —responde Santi con cierta añoranza en su triste mirada.

—Si os parece bien, me gustaría invitaros a mi casa. Son mis primeras Navidades en Escocia, también las de mi familia, me haría ilusión que estuviéramos todos juntos.

—Te agradecemos la invitación, pero no queremos molestarte, tanto Lucas como yo, estamos seguros de que queréis celebrar las fiestas en familia, tal como manda la tradición.

Al oír sus excusas, los padres de la taxista insisten. La pareja de andaluces les ha caído muy bien y están muy agradecidos por el cariño que han dado a Keyla. Si no hubiera sido por ellos, habría estado sola y sin nadie que pudiera ayudarla en Edimburgo. Han demostrado ser muy buenas personas y tener un gran corazón.

Los recién llegados han insistido tanto, que los chicos han aceptado cenar con ellos en casa. Como única condición, se han ofrecido a preparar el postre para la tradicional cena de Nochebuena.

La mesa del comedor está repleta de suculentos platos. En total son siete comensales, en ese 24 de diciembre. Keyla la ha decorado con imaginación.

Durante la cena, charlan de varios temas.

De pronto, recibe un mensaje de Alexander en su teléfono que le hace sonreír, su cara es como un libro abierto, se intuye lo que está pensando.

Durante varios segundos, ignora a los demás para prestar atención a los mensajes del chico. La felicita por Navidad refiriendo que le gustaría estar a su lado en ese preciso momento.

Alicia la observa e intuye que la sonrisa de su hija se debe al hombre que le gusta, la madre sabe que siente algo por él, aunque lo niegue.

Al leer ese mensaje, ha cambiado su rostro por completo. Se ha quedado anonadada mirando la pantalla del móvil.

Todos la miran con disimulo, quieren descubrir quién es la persona que la hace sonreír de esa manera, pero no se atreven a preguntar. Saben que, si son demasiado cotillas, no tendrán su confianza.

Tras unos minutos chateando, Keyla les pide disculpas a los invitados por haberles ignorado durante ese tiempo. Todos ríen por la situación, con total sinceridad, afirman que tiene todos los síntomas del amor, aunque sigue negándolo, al final no insisten con sus afirmaciones y la dejan por imposible.

Keyla es testaruda y aún no reconoce que está locamente enamorada.

A los cinco días de llegar sus padres, se reincorpora al trabajo.

Sus cuatro huéspedes aprovechan esas horas que está fuera para hacer turismo. La taxista no quiere descuidarlos y pretende estar el máximo tiempo posible junto a ellos, ya que volverán a España el 2 de enero.

Los hoteles de la capital escocesa están al completo.

La gente se dispone a celebrar la llegada del año nuevo en Edimburgo, los trayectos en taxi son muy solicitados.

Durante los días que esté su familia en casa, le ha pedido a Alexander no verse.

Lo echa de menos.

Sueña a menudo que está en sus brazos, se despierta excitada debido a esos sueños eróticos que le gustaría que fueran reales.

Él es el único protagonista de su fantasía sexual.

Festejan el fin de año en casa de Keyla. Lucas y Santi tienen otros planes y no han podido unirse a ellos, tal como hicieron en Nochebuena.

Celebran la Nochevieja al estilo español, después de la cena, sintonizan un canal internacional de televisión.

Mientras van sonando las doce campanadas, comen las uvas de la suerte para empezar el año 2025 con buen pie. Keyla y su familia brindan con una copa de champán pidiendo salud y amor al nuevo año.

Alexander la felicita con un sincero mensaje en su teléfono:

«Mi deseo es que en este año que comienza, se cumplan todos tus sueños.

Si el destino ha sido el causante de que nos conozcamos, es por alguna razón.

Bien una lección que yo debo aprender de ti o tal vez porque debes estar en mi vida.

Por un motivo u otro, doy gracias por haberte conocido.

Un beso para ti, encantadora española. Feliz Año Nuevo.

Pd. Si te apetece disfrutar de una noche diferente a la que estás acostumbrada, Edimburgo te espera. Me habría gustado caminar hoy contigo por sus calles, quizás el siguiente año podamos

hacerlo».

Si tuviera que definir con una sola palabra la sensación que esas letras le han dejado, sería esperanza.

Por primera vez, se plantea si está equivocada respecto al invisible muro que ella misma se ha puesto delante para no enamorarse nunca.

Comienza a percibir que él no le es indiferente, tiene sentimientos encontrados. Por una parte, sigue siendo incrédula respecto al amor, pero, por otro lado, él está cambiando su percepción y ese hecho la confunde. Confía en que con el tiempo vea las cosas con mayor claridad, solo espera que su miedo a enamorarse desaparezca por completo. No le gustaría sufrir por amor, tal como le sucedió a su padre.



Al día siguiente, 1 de enero, Keyla va conduciendo el taxi por La Royal Mile. Escucha música clásica, la hace concentrarse mejor en la carretera.

Todo sucede muy rápido, apenas en diez segundos.

Un ciclista se cruza en su camino, el chico se distrae por un instante.

A continuación, sale del carril bici, no ve el taxi que circulaba de forma correcta.

El choque entre los dos conductores es inminente.

Cuando ella intuye el peligro, con intención de no atropellar al joven de la bicicleta, da un volantazo. Al no poder dominar el vehículo, sale de la calzada impactando contra el escaparate de una tienda.

Los testigos presenciales no pueden dar crédito a lo que sucede, en varios segundos la vida de la taxista cambia por completo.

Se acercan a ella y sin atreverse a tocarla, llaman a emergencias.

En cuestión de pocos minutos, el personal sanitario la atiende con mucho cuidado antes de trasladarla al hospital.

Está inconsciente, no responde a los sanitarios, sufrió algunas heridas en su cuerpo debido al fuerte impacto.

El ciclista, muy conmocionado por lo sucedido, aunque sin ningún rasguño, se interesa por saber el estado de la chica que acaba de salvarle la vida, también va en la misma dirección que la ambulancia.

Una vez en el hospital, los chicos que la han trasladado, dan el informe del accidente según el testimonio de los testigos. Entregan en recepción los objetos personales de la muchacha.

Las enfermeras llevan a Keyla a una pequeña sala, continúa desmayada. Está prácticamente dormida, su estado preocupa a los médicos.

Las auxiliares abren el bolso para ver sus papeles e identificarla. Miran los contactos de su teléfono móvil, el primero al que llaman es al de su padre.

—¿Jesús Cárpena? Soy la enfermera Wilson, le llamo desde el hospital de Edimburgo. No sé cómo decirle esto, verá, su hija ha tenido un accidente con el coche, acaban de traerla en una ambulancia. —Al oír estas palabras en su idioma, Jesús se queda en shock, comienza a temblar y se le forma un nudo en la garganta, viviendo una auténtica pesadilla. Cuando es capaz de hablar, pregunta su estado.

—Por favor, dígame la verdad, ¿cómo está ella?

—Lo siento, por teléfono no está permitido dar información sobre los pacientes.

—Entiendo, intente comprender mi postura. Soy su padre, en estos momentos estoy muy consternado —contesta afligido—, vamos para allá, muchas gracias. —Alicia, Mercedes y Eloy lo miran preocupados, saben que pasa algo grave.

Están visitando el castillo de Edimburgo, al que han ido en autobús, al enterarse de la noticia se ponen muy nerviosos. Abandonan la visita guiada y salen al exterior. Alicia no deja de llorar debido a la angustia, reza a Dios para que Keyla se salve.

Llaman a Lucas por teléfono para decírselo, piden que los recoja en coche para acompañarlos al hospital. No conocen la ciudad y se sienten vulnerables.

Él acepta enseguida.

Intenta tranquilizarlos diciendo que todo irá bien. Va hacia el castillo para recogerlos antes de ir al hospital.

—Hola, mi amor —Lucas llama a su chico con el manos libres mientras va conduciendo—, creo que es mejor que hables con Alexander para decirle lo que ha pasado. Sé que no es de la familia, pero quiere mucho a nuestra taxista, si no le decimos nada luego nos lo reprochará.

—No te preocupes, ya había pensado hacerlo. En cuanto termine de cocinar los platos del menú del mediodía, dejaré a los empleados al cargo del hotel, también iré al hospital. Mantenme informado, un beso, cariño.

Santiago también está muy preocupado por Keyla. Al enterarse de lo sucedido se le han saltado las lágrimas, los dos quieren mucho a su amiga y no le desean ningún mal.

—Amigo mío, ¿cómo es que me llamas? Al oír el teléfono he salido de mi despacho, estaba hablando con un cliente muy importante. ¿Santi, sucede algo? —pregunta Alexander con curiosidad.

—Se trata de Keyla, ha sufrido un accidente con el taxi, está en el hospital —responde Santiago muy afligido.

—No puede ser, ¿cómo ha podido pasar? —interroga consternado.

—Solo tenemos algunos datos, nadie ha querido decirle nada a su padre cuando lo han llamado para darle la noticia. Lucas va de camino, ha ido en su coche a recoger a la familia para llevarlos al hospital.

—Gracias por avisarme, vuelvo a mi despacho para despedirme de mi cliente, me está esperando. Salgo ahora mismo hacia al hospital. Necesito saber cómo se encuentra ella.

Alexander está intranquilo, no puede dejar de pensar en la taxista.

Una vez que se despide de su cliente, coge las llaves de su coche antes de ir en dirección al hospital.

No le importa que la familia de Keyla considere que no debe estar allí. No piensa esperar a que lo llamen sus amigos para saber cómo está la chica que ama.

Por un momento, el nudo en su garganta es muy doloroso. No quiere ni pensar que algo malo le pueda suceder. Justo ahora que ha encontrado a su alma gemela. Tiene intención de hacerle ver lo importante que es para él.

Cuando deja el coche aparcado en el parking y entra al hospital, pide información de la

muchacha.

Al llegar hacia donde está, ve que la familia está esperando noticias con preocupación. Aunque no les conoce, se acerca a ellos tendiendo su mano. Lucas está a su lado, lo presenta como un buen amigo.

Tanto Alicia como su exmarido, imaginan que él es el chico que hace sonreír a Keyla bastante a menudo, agradecen que haya ido a interesarse por su salud.

El ciclista también está allí por lo mismo, les explica cómo ha sido el accidente. Se siente culpable de lo sucedido, la policía ya le ha tomado declaración.

Pasadas dos horas, el médico que la ha atendido sale de una sala y camina hacia ellos, que esperan en el pasillo.

—¿Familiares de Keyla Cárpena? —Los padres asienten temiéndose lo peor—. Soy el doctor Aguilar —se presenta en un perfecto castellano—, su hija ha sufrido algunas magulladuras debido al impacto.

—¿Es muy grave, doctor? —pregunta Jesús acongojado.

—Aún no lo puedo determinar. La paciente es joven, creo que se recuperará con reposo y medicamentos, pero lo que más nos preocupa es su amnesia.

—¿Qué dice? Esto es una pesadilla, no puede estar pasando. —Alicia rompe a llorar de manera incontrolable. Casi se cae al suelo al recibir el diagnóstico del médico. Eloy la ayuda a sentarse en una silla, pide a la enfermera un vaso de agua para su mujer.

—Procuren tranquilizarse, tengan en cuenta que llegó desvanecida a urgencias —prosigue informando el doctor—. Hemos hecho varias pruebas para descartar daños internos en su cerebro, por suerte no los hay. Verán, quiero explicarme con claridad para que me entiendan. En primer lugar, deben saber que al chocar su vehículo contra el escaparate saltó el airbag.

—Pobre, Keyla, debió ser muy duro. Antes del impacto pasarían miles de cosas por su cabeza —comenta Lucas con preocupación.

—Así es, el episodio de estrés que sufrió en ese momento ocasionó que se desmayara del susto. Ingresó inconsciente debido al trauma que le ha ocasionado el choque. No recuerda nada del accidente ni tampoco sabe quién es —responde el médico.

—¿Quiere decir que ha perdido la memoria por completo? ¿Podrá recuperarla? —vuelve a preguntar Alicia desconsolada. Jesús la abraza, las lágrimas caen por sus tristes ojos.

Todos se han quedado desconcertados al escuchar el diagnóstico, incluido Alexander y sus dos amigos andaluces.

—Aún es pronto para saberlo, no pierdan la esperanza. Confiemos en que en pocos días recuperará su identidad, esperemos que sepa quién es.

—Dios le oiga, ojalá que así sea, rezaré para que mi campeona salga adelante y vuelva a recobrar la salud. Debe saber que, en Zaragoza, solía recibir atención psicológica a consecuencia de una complicada situación familiar del pasado que no voy a mencionar —refiere Jesús que continúa muy impactado por lo sucedido.

—Agradezco su sinceridad. De todas maneras, Keyla se quedará ingresada un par de días para controlar su evolución. Si todo va bien, le daremos el alta con un tratamiento médico que deberá tomar en casa. Les pido que hablen mucho con ella sobre el pasado. Es importante que realice algunas actividades para ejercitar la memoria. Por lo demás, hagan vida normal. Mi colega, licenciada en psicoterapia, dará más detalles de cómo deben cuidarla.

—Disculpe mi intromisión, doctor Aguilar —Alexander se dirige al médico—, conozco a un psicoterapeuta que es muy bueno, creo que podría ir a diario a casa para tratarla, ¿habría algún problema en que él la visite? No es que desconfíe de la doctora que ha mencionado, pero Daryl

Connor es uno de los mejores de Edimburgo. Si los padres de Keyla están de acuerdo, lo llamaré hoy mismo por teléfono, ellos tienen la última palabra.

—¿Hablas del mismo Daryl que conocemos? —pregunta Lucas atónito.

—Veo que te sorprende, en efecto, pensaba que Santi y tú lo sabíais. Daryl es vanidoso, a veces toca narices, pero muy bueno en su carrera. Ejerce como médico en su casa, ha llegado a mis oídos que sus pacientes están muy satisfechos. Su padre le cedió la empresa de whisky, aunque se encargue de gestionar el negocio, nunca ha renunciado a su vocación que es la medicina.

—Nunca lo habría imaginado. —El dueño del SaLuMa, sigue extrañándose por esa noticia.

—Lo cierto es que, en ese aspecto, es digno de alabanza —prosigue Alexander—. Sé por Keyla que se conocen y no me extrañaría que ella conociera este dato. Lo aprecia mucho y considero que es el más indicado para tratar su patología, confía en él.

—¿Y crees que estaría dispuesto a visitar a mi hija? A mí me parece genial que la vea —menciona Jesús con esperanza.

—Apuesto que sí —responde Alexander—, no me cae muy bien, pero sé que es un buen profesional, es lo importante. Respecto a sus honorarios, dejadlo de mi cuenta. Yo corro con los gastos.

—Te lo agradecemos mucho. Cuando esté recuperada, querrá devolver hasta la última libra. Por cierto, yo tampoco me niego a que Daryl la visite si él acepta ser su médico —contesta Alicia que ya se encuentra un poco más tranquila.

—Por mí no hay problema, le ruego que hoy mismo hable con él. Mi paciente necesita ir recuperando la memoria cuanto antes. Me gustaría estar informado de su avance, citaré a Keyla más adelante para saber cómo evoluciona. Si quieren verla pueden hacerlo, pero de uno en uno para no agobiarla, ya está despierta. Si tienen alguna duda, contacten conmigo a través de mi enfermera. —El doctor Aguilar se despide de todos ellos, quienes dan las gracias por su amabilidad.

La primera persona que entra a la habitación es su padre, se queda muy impresionado al comprobar que no lo recuerda, pero no se lo refiere. Se acerca a la cama y le da un beso en la frente al decirle quién es.

Al salir él de la habitación, entra Alicia, que coge la mano de su hija con cariño mientras le da un beso en las mejillas. Se ha propuesto no derramar ni una lágrima delante de ella. Los dos han estado apenas unos minutos a su lado porque el médico ha dicho que debe descansar.

Mercedes y Eloy son los siguientes, a continuación, la visitan Santiago y Lucas.

Alexander está sentado en una de las sillas de la sala de estar, espera su turno para ver a Keyla, sigue preocupado. Ha pasado unos momentos muy angustiosos, desde que ha conocido la noticia. Tampoco ha sido fácil escuchar al médico cuando ha comunicado el diagnóstico. Solo desea que recupere la memoria, espera que todo se quede en un susto. Piensa hacer todo lo posible por la mujer que ama, incluso llamar a Daryl con tal de que ella vuelva a ser quien es.

Los padres de Keyla y su pareja tienen el vuelo al día siguiente.

En principio se negaban a volver a España dadas las circunstancias, pero al ver que Alexander se ha ofrecido a quedarse con ella, junto a la cama del hospital mientras permanezca ingresada, saben que está en buenas manos, por lo que deciden no anular el viaje de vuelta. Han pensado irse a Zaragoza para coger más ropa.

Una vez que lo hagan, esperan regresar a Peebles para estar todo el tiempo que haga falta cuidando de su hija hasta que logre recuperarse. Si es que logra salir adelante.

Capítulo 9



Dime, ¿quién eres?

Keyla se ha cansado de estar tumbada en la cama, tiene dolores musculares debido a las varias horas diarias que lleva inmovilizada, casi sin apenas moverse.

La enfermera le ha dado un calmante para el fuerte dolor de cabeza que sufre. Solo se puede levantar para ir al servicio y con la ayuda de las auxiliares para no marearse.

No sabe por qué se encuentra en el hospital, tiene la mente en blanco y eso la abruma.

Desde que permanece ingresada, han ido entrando y saliendo varias personas a su habitación, se ha puesto un poco nerviosa, ya que no sabe quiénes son. Ha comenzado a agobiarse al no conocerlas.

El último que ha vuelto a entrar ha sido Alexander que le parece un chico muy mono, sigue en el hospital desde hace varias horas. Sabe su nombre, pues ella misma se lo ha preguntado.

Él no deja de mirarla con sus preciosos ojos azules, al estar tan cerca ha visto que al sonreír muestra unos dientes blancos como la nieve, perfectos y correctamente alineados.

Le resulta un hombre guapísimo que ha prometido volver a visitarla al día siguiente. Antes quiere ir a casa a ducharse y descansar. Ha sido un día muy duro.

Al entrar para despedirse de ella, cogió su mano para besarla.

Una sensación placentera recorre todo su cuerpo al sentir el roce de sus labios. Por un momento ha sentido deseo de probarlos para saber a qué sabe su boca. Ha notado cómo enrojecen sus mejillas al imaginarlo a su lado en la cama.

Pasados dos días de su ingreso, el médico le da el alta.

Sus padres regresaron a Zaragoza para preparar algo más de equipaje antes de volver para cuidarla.

Alexander se ha encargado de todo lo necesario, incluyendo llevar el coche siniestrado al taller mecánico. Cuando esté reparado y listo, lo conducirá hasta el parking de su apartamento para dejarlo aparcado hasta que la taxista esté mejor y pueda volver a su trabajo, espera que sea pronto.

Ha permanecido a su lado la mayor parte del tiempo. Solo ha salido del hospital para ir a casa a ducharse y cambiarse de ropa. En ese poco tiempo que él estaba fuera, Santi o Lucas han estado haciéndole compañía a ella en la habitación. No ha estado sola ni un momento.

Alexander la acompaña a su piso después de recibir el alta.

En una pequeña maleta, lleva la ropa, las cosas de aseo y un ramo de flores en la mano.

Él le ha regalado una docena de tulipanes rojos cada día de los que ha estado ingresada, así como una caja de bombones de chocolate suizo que venden en una pastelería de la capital escocesa.

Mientras ha permanecido en el centro hospitalario, sintió el deseo de acunarla en sus brazos para darle todo su amor. Si pudiera, se pondría en su lugar para ser él el que estuviera en esa situación. Sufre mucho al verla en ese estado, desorientada por completo. Con la mirada perdida y la memoria en blanco, sin saber ni su propio nombre.

La taxista se encuentra bien, pero sigue sin recordar el pasado, sin embargo, confía en él por alguna razón inexplicable para ella. En el fondo sabe que nunca le haría daño.

Al llegar a casa y abrir la puerta de entrada, Keyla mira todo el apartamento con atención.

Nada le resulta familiar, ni los muebles, ni la estancia, ni tampoco las fotos familiares que están puestas en una vitrina del comedor. Para ella es como si esa vivienda no fuera suya, se siente como una extraña en esas cuatro paredes.

Al dejar las cosas personales en su habitación, Alexander le pide que lo acompañe a su casa antes de comer.

Como no lo recuerda, informa que vive muy cerca, quiere enseñarle algo a ella, aunque antes hace una llamada.

—Buenos días, Daryl, espero no haberte molestado, pero tengo que hablarte de algo, mejor dicho, de alguien.

—¿Qué escuchan mis oídos? ¿Alexander McMoray llamándome por teléfono? Es todo un honor. Eres la última persona de la que espero una llamada. Debe ser importante lo que tienes que decirme, me pregunto qué puede ser —contestó el chico inglés con ironía.

—En primer lugar, no te hubiera llamado si como bien has mencionado no fuera vital para mí. Tampoco tiene nada que ver con nuestro negocio, se trata de Keyla.

—¿Ella está bien? Ahora me preocupas. —Daryl se siente estupefacto.

—En este momento estoy a su lado, en su casa, me gustaría que, a ser posible, vengas hoy mismo a verla. Tuvo un accidente con el coche hace tres días y ha estado ingresada en el hospital hasta hoy. Ha tenido algunas contracturas, pero nada serio. Lo preocupante para los doctores es que sufre amnesia.

—Claro, no has podido avisar antes, ¿verdad? Si me he enterado ha sido porque intuyo que me necesitas como médico, de lo contrario me lo hubieras mantenido oculto.

—Ya habrá tiempo de reproches, Daryl, aunque te aseguro que te equivocas. He estado tan nervioso estos días que ni me acordé de ti, lo siento.

—Desde luego, acepto tus disculpas, el tema queda zanjado, pero me duele no haber ido a verla al hospital, al fin y al cabo, es amiga mía también y la aprecio. Continúa explicándome su estado. —El inglés sigue molesto por la actitud de Alexander.

—Por lo visto, la amnesia que padece es a consecuencia del shock que sufrió por el impacto del vehículo contra el cristal del escaparate de una tienda. He pensado que, como la conoces y todo hay que decirlo, te considero buen profesional, tú puedes atenderla. Quiero conocer tu diagnóstico, ¿qué dices?

—Te agradezco que hayas confiado en mí, su patología es curable en algunos pacientes, pero en otros no, aún es pronto para saber cómo le ha afectado. Lo que sí te puedo asegurar, es que hay que ir ejercitando la memoria cuanto antes. De todas maneras, no tengo inconveniente en verla esta tarde, iré en cuanto salga de mi consulta. Siendo ella no me importa tratarla.

—Gracias, nos vemos luego. En este momento salimos por la puerta, vamos a dar un paseo. Hoy comeremos fuera, en el restaurante SaLuMa, después volveremos a su casa.

—Cuídala mucho, sobre todo ten paciencia con ella, es encantadora, se merece que la mimen. —Daryl es sincero, sabe que esa enfermedad debe ser tratada con terapia lo antes posible. El tiempo en estos casos es muy valioso.

Después de hablar con Daryl, Alexander sale a caminar con Keyla, quiere darle una sorpresa en su casa. Allí la espera Bonnie, que está muy preocupada por la taxista, también Magic. Los dos se alegrarán de verla, está convencido que tanto su madre como el perro, la harán sonreír.

Una vez en casa, salen a recibirlos a la puerta de entrada.

—Mi niña preciosa, soy Boonie. He querido venir a verte a casa de mi hijo, tenía ganas de darte un beso. Mira, Magic también está muy contento, fíjate en la forma que mueve la cola. Significa que desea que lo acaricies. —La abraza con lágrimas en los ojos, es muy optimista, aunque también sentimental, le duele ver a una chica tan joven y guapa en ese estado. Quiere volver a verla conduciendo el taxi con alegría, como hace habitualmente. Sin que Keyla se dé cuenta, su hijo le hace un movimiento con las manos para que se tranquilice. Por señas, pide a Bonnie que deje de llorar para que la chica no se sienta alicaída.

El mismo día del accidente, cuando se enteró de la noticia, se quedó muy apenada. Ella le cae bien y no pudo dormir esa noche pensando en lo que podía haber pasado.

Cuando Alexander se lo dijo, notó por el tono de su voz que la madre estaba sufriendo mucho por ella. Bonnie no ha querido preguntarle cuáles son sus sentimientos. Intuye que su hijo está enamorado, por mucho que lo intente, no lo puede disimular.

—Hola, Bonnie, a ti tampoco te recuerdo, pero gracias por tu abrazo. Para mí es todo muy complicado, podrás hacerte una idea —responde sonriendo mientras acaricia al perro que reclama su atención.

—Lo sé, Alexander me ha puesto al tanto. No te preocupes por nada, ya verás que muy pronto te recuperarás y podrás retomar tu vida. Quiero que, si te hace ilusión, vengas a casa para que veas a Hope, el caballo de mi hijo. Me gustan mucho los animales. No hace mucho estuviste y no me dio tiempo a enseñarte las cuadras, pero eso lo podemos remediar. Mis puertas estarán abiertas para ti. Eres mi taxista predilecta. —Con estas palabras, ha logrado emocionar a Keyla que ha querido dar un beso en la mejilla a la amable señora. Está muy agradecida a quienes hacen todo lo posible por verla feliz, se siente afortunada. Bonnie transmite confianza, igual que Alicia, la madre de Keyla, de quien tampoco se acordaba y tuvo que decirle quién era. Las dos son mujeres de carácter afable que inspiran tranquilidad y buena energía. Justo lo que ella

necesita en estos momentos al estar desanimada. Gente que la comprenda y empatice con ella.

—Gracias por todo lo que hacéis por mí —susurra visiblemente emocionada.

Keyla mira a Alexander quien en ese momento se acerca a ella para abrazarla, la madre no pierde detalle. Cualquiera que los vea juntos sabría que hay química entre los dos. Nunca había visto a su hijo tan afectuoso con una mujer. Ella ha calado hondo en su corazón.

Por su parte, Bonnie se ha ofrecido a hacerle compañía a la taxista mientras Jesús y Alicia regresan de Zaragoza, pero el chico se ha negado. Está dispuesto a quedarse con ella en casa hasta que llegue ese día. Ha hablado con sus trabajadores para comentarles que estaría ausente de la empresa durante un breve período, sin dar más explicaciones.

El negocio es importante, aunque no es comparable con la chica, Keyla le importa más.

Pasada una hora, se despiden de Bonnie que se siente orgullosa de la buena fe de Alexander.

Keyla ha cogido a Magic para darle unos cuantos besos, el perro no se ha querido separar de ella en todo el rato que han estado en casa del muchacho. Incluso pedía con sus frecuentes ladridos que le tirara su pequeña pelota para jugar.

Bonnie pone la correa en el cuello del peludo para llevárselo a su casa, lo atenderá mientras Alexander vive unos días en el apartamento de la joven. Él sabe que Magic está en buenas manos, cuando viaja por negocios o por placer, también suele dejárselo a su madre que lo cuida de forma ejemplar. En la finca, el perro tiene mucho terreno para correr, es feliz en ese entorno.

Alexander hubiera preferido llevárselo con él, pero recordó que la taxista había mencionado en una ocasión que su padre era alérgico a los animales. No le gustaría que Jesús, al regresar a Peebles, se encontrara pelos del animal en casa de su hija. El chico es consciente de que lo pasaría mal debido a la alergia. No quiere hacerle pasar malos ratos si está en su mano poderlo evitar.

Después de comer en el restaurante de sus amigos andaluces, quienes se han alegrado de verles ahí, Alexander y Keyla van para casa de la muchacha donde Daryl está al llegar.

Nada más entrar por la puerta, el inglés saluda a Alexander con un afectuoso apretón de manos, le da dos besos a Keyla en las mejillas, mencionando su propio nombre con intención de presentarse. Se interesa por los detalles del día del accidente, Alexander explica cómo pasó todo tal como han declarado los testigos y el ciclista implicado.

Refiere que este último ha ido a verla a diario, sigue sintiéndose culpable por lo ocurrido. Su despiste ha traído consecuencias irreparables.

Daryl se queda atónito al saber que los padres de la taxista han decidido no emprender acciones legales contra él. Sin conocerlos de nada, le han demostrado que son muy bondadosos cuando han tenido esa actitud.

Dejando el tema a un lado, hace varias preguntas a su paciente y le aconseja no desesperarse.

—A ver, Keyla, voy a ser sincero contigo. No puedo asegurarte de que vayas a recuperar la memoria al cien por cien, porque ni yo mismo lo sé. Pero sí quiero que hagas todo lo posible para lograrlo, debes poner de tu parte. Quiero que vuelvas a ser la mujer que eres, una chica valiente que lucha por sus sueños. Te ayudaré, así que te pido que seas optimista y levantes el ánimo, verás que todo irá bien, confía en mí. Juntos lograremos que recuperes tu energía y vitalidad.

—Te lo agradezco mucho, Daryl, no es fácil para mí sentirme una desconocida en mi propia casa, haré lo que me digas, te lo aseguro. Quiero retomar mi vida anterior, es muy difícil asimilar que mi pasado es como una hoja en blanco.

Las lágrimas brotan por sus bonitos ojos, está desesperada.

Alexander no soporta verla llorar, tiene impotencia por no poder hacer nada más por ella. Saca

un pañuelo de su bolsillo, se sienta a su lado para abrazarla. Lo único que pretende es consolarla, hacerle comprender que siempre estará a su lado. Acaricia su cabello mientras susurra palabras de ternura en su oído.

Por alguna extraña razón inexplicable, se siente protegida en sus brazos. Tiene la sensación de que son un fuerte escudo y él la defenderá de cualquier enemigo.

Daryl es muy guapo también, sin embargo, no le provoca deseos de besarlo ni de sentir el roce de su piel, tal como le sucede con el hombre que la abraza.

A Alexander le da igual que Daryl descubra el amor que siente hacia la chica, él es muy listo y ya lo debe sospechar. Los ojos no mienten y el chico inglés intuye que Alexander y la española, son algo más que amigos, pero no hace ningún comentario.

—Keyla, llora todo lo que necesites, aunque sé que cualquier día de estos, tus lágrimas de tristeza serán de alegría, ya lo verás. Yo estaré aquí para verlo. —La aprieta más fuerte contra su pecho, le gusta sentirla cerca. No puede verla sufrir, es superior a sus fuerzas. Es una mujer carismática, está loco por ella.

Daryl ya no tiene dudas, cree que entre ellos hay algo muy fuerte, se ve a simple vista. Así que decide marcharse.

—Debo irme, os dejo solos. Seguimos en contacto, volveré mañana. Keyla, iremos hablando de tus deberes. La terapia será a base de juegos de mesa, no te irá mal hacer algunos pasatiempos, así como practicar la lectura. —Daryl añade que ha tenido un día agotador y tiene ganas de llegar a casa después de una dura jornada de trabajo. En cuanto llegue, se dará una ducha antes de cenar. No le ha sorprendido ver el comportamiento de Alexander hacia la chica, aunque sea un duro competidor en el negocio del whisky, siempre ha sabido que es un hombre íntegro y con valores.

—Lo siento, ¡qué despiste! No hemos hablado de tus honorarios, ya me dirás a cuánto ascienden, yo correré con los gastos.

—No te preocupes, Alexander, ya lo arreglaremos. —Se despide de ellos quienes le dan las gracias, Alexander lo acompaña hasta la puerta.

Al regresar al salón, ve a Keyla sentada en el sofá, hojeando una revista. Él se instalará en una de las habitaciones del piso. Ha cogido poco equipaje, ya que la estancia será corta, todo depende de cuando vuelva la familia de ella.

Va hacia la cocina, prepara en el microondas una bolsa de palomitas dulces, son las preferidas de la muchacha que, al ver el bol lleno, no puede evitar meter la mano dentro para coger un puñado y llevárselas a la boca.

—¿Te apetece ver una película antes de cenar? —pregunta él—. Si quieres miramos las que tienes. —Ella asiente y se levanta del sillón para verlas.

Días atrás, dijo que en casa tenía varios cd de cine que metió en su maleta al mudarse. Están bastante ordenadas y muy a la vista en un estante del comedor. Hay de todos los géneros menos de terror, nunca le han gustado.

Las mira con detenimiento, ella escoge una que él ya había visto, pero no se lo comenta. La trama es muy emotiva y describe muy bien una situación tan dura como la que sufre Keyla. Son dos casos distintos, aunque parecidos en cuanto a la predisposición que tiene el protagonista masculino para cuidar de la mujer que ama, justo lo que está dispuesto a hacer por ella y quiere hacérselo saber día tras día.

La película titulada *Un rayo de sol en mi vida* trata de una pareja que se conoce cuando son jóvenes y nace el amor entre ellos. El protagonista es quien relata la historia en primera persona, de ahí el título. Su relación de pareja fue muy bonita, se casaron felices, tuvieron dos hijos, pero

al cumplir los ochenta, a ella le diagnosticaron demencia. A diario, la mujer se aleja del faro de las ilusiones con su barco imaginario, navegando en el mar revuelto de la memoria. Las charlas de tiempos pasados entre el matrimonio se esfumaron de su mente. Aunque haya perdido la lucidez, su marido es el bastón que la ayuda cada día a caminar. No lo reconoce, pero él sabe que es la mujer que ama. Está dispuesto a ser su principal punto de apoyo, a escucharla las veces que haga falta, aunque ella constantemente repita las mismas frases a consecuencia de su enfermedad. El marido pretende ser como un bello atardecer que trae consigo la esperanza de un nuevo día. Esas son las palabras que le dedica con frecuencia. Desde que se levanta por las mañanas, hasta que se va a dormir, su prioridad es su mujer, la que le da sentido a su vida.

Al terminar la película, las lágrimas de Keyla brotan de sus ojos. Alexander siente que ha metido la pata, aunque ha sido ella quien la ha elegido, cree que no era la idónea para ese día.

—Lo siento mucho, discúlpame, no pretendía verte llorar, sino reír, no he debido ponerla. Es una película muy emotiva pero ficticia, tenlo en cuenta. Quiero que sepas, que todo tiene solución si tienes gente a tu alrededor que te quiere. Es importante que te ayuden a salvar los obstáculos, yo pretendo estar entre esas personas.

—No pasa nada, no te sientas culpable, tu intención ha sido buena, pero estoy muy susceptible por lo acontecido. Me he emocionado al ver lo mucho que la quiere su esposo, la forma en que la cuida me ha conmovido.

—Es porque la ama de verdad. Para mí, el amor es desear la felicidad de tu pareja, estar a su lado para compartir bellos momentos. El protagonista quiere que la vida de su mujer sea lo más placentera y relajada posible e intenta hacer por ella todo lo que esté en su mano.

—Es muy bonita, pero no me ha gustado la última escena. Los dos mueren uno al lado del otro. Me ha dado mucha pena el final en el que los hijos encuentran sus cuerpos inertes en la cama, sus manos están unidas eternamente. Sentir ese profundo amor debe ser maravilloso. Se conocieron siendo muy jóvenes, con dieciséis años, han estado toda una vida juntos. ¿Has sentido ese amor por alguien? —Ha preguntado de manera imprevista, solo por curiosidad, sin embargo, por alguna extraña razón, teme la respuesta de él por si admite salir con una mujer.

—Conozco a una persona muy especial, sin embargo, no salgo con nadie. Y ahora, si me disculpas, voy a preparar la cena. No soy tan buen cocinero como Lucas y Santi, pero me defiendo en la cocina. —Su tono ha sonado cortante, no obstante, prefiere que sea así, se ha propuesto no hablarle a Keyla de sus sentimientos para no confundirla más de lo que está, dadas las circunstancias. Si más adelante es correspondido, será el hombre más dichoso del mundo, pero si es todo lo contrario, bastará con estar cerca de ella para sentirse afortunado, aunque para Keyla sea como un amigo.

—Te ayudo, no quiero ser una carga para ti, dime qué hago.

—Déjamelo a mí, debes estar cansada, esta misma mañana has salido del hospital, tienes que descansar, pero mañana, señorita Cárpena —le dice guiñando un ojo—, vamos a ir haciendo algunas rutas si te encuentras bien. A partir de ahora solo quiero que tus lágrimas sean de felicidad. Mañana prometo darte la guía turística que he comprado para ti en la papelería. Si te apetece caminar, puedes escoger los lugares que te gustaría ver, anótalos en una hoja, iremos a dónde quieras. Para mí será un verdadero placer continuar siendo tu conductor, intentaré hacerte reír para que por momentos olvides todo lo que te sucede. Me arrepiento de haber puesto esa película, me disculpo una vez más. Soy un tonto.

—No des más vueltas al tema, además, si este tipo de cine romántico está en mi casa es porque me gusta el género. Hablando de otra cosa, quiero pedirte un favor, tu madre me cae muy bien, ¿por casualidad le gusta la lectura? Te lo comento por si le puedes pedir alguna novela, me

gustaría leer.

—Claro que sí, es una buena lectora. En casa tiene una pequeña biblioteca con varias estanterías repletas de libros, el último que ha leído es de relatos que, por cierto, le ha fascinado. Pediré que te lo deje, no te preocupes. No te faltarán libros por leer, menos de terror, que a ella no le apasionan, tendrás los libros que quieras.

—¿Crees que me dejaría alguno de sus libros?

—Estará encantada, es muy generosa y más si es a ti a quien se los presta, te aprecia mucho.

—Ya no sé cómo daros las gracias, Alex, eres muy buena persona y ella también. —Se sonroja, mientras dice estas palabras, ha notado la mirada del chico en sus labios y por primera vez, desde que tuvo el accidente, ha estado a punto de besarlo.

Después de cenar y recoger la mesa, se van a sus habitaciones. Alexander ha sugerido retirarse pronto para descansar, pero él no puede dormir. Tiene la tentación de abrir la puerta, salir corriendo e ir hacia donde está ella para dormir con la mujer que ama. Quiere consolarla y darle seguridad. Desearía acariciarla estando tan cerca de él, como hizo días atrás, aunque no puede hacerlo. Nunca se aprovecharía de su estado.

Se siente un extraño en la vida de la taxista, de hecho, admite que lo es hasta el momento. Por primera vez tiene miedo de que en el futuro no pueda recobrar la memoria. Teme que los días pasados que vivieron juntos, permanezcan en el olvido.

En el más absoluto silencio, solloza como un niño. Es un hombre fuerte y optimista que siempre encuentra una solución para cada problema, pero hasta el más débil y sensible se hundiría moralmente por la complicada situación, sin saber lo que va a pasar en los próximos días. Antes del accidente, tenía esperanza de conquistarla y pensaba demostrarle a diario el amor que siente hacia ella. No contaba con que el destino les jugaría una mala pasada, sobre todo a Keyla, quien sufre más que nadie por la incertidumbre de no saber qué le deparará el futuro.

Lo tenía todo para ser feliz, una familia maravillosa que la apoya, de hecho, lo sigue haciendo, por suerte. Unos amigos que la adoran, un buen empleo con un magnífico sueldo. Una clientela excelente, gracias en parte a sus contactos, como también a algunos de Bonnie. En definitiva, una vida cómoda y casi perfecta en la que solo le faltaba el amor. Él estaba dispuesto a ofrecérselo sin condiciones, pese a no haberse declarado aún.

Cuando consigue calmarse, coge un pañuelo del bolsillo de su pantalón y seca sus lágrimas. Reacciona a su dolor e intenta dar un giro a su cambio de actitud. Aspira a luchar por el amor de la española, no piensa rendirse hasta conseguirlo. Dicen que cuando el tren del amor llega a tu vida, debes subir a ese vagón. Tal vez te arriesgues a perderlo más adelante, pero, mientras tanto, disfrutas al vivirlo con intensidad. Es lo que se propone, al menos intentar vivirlo al máximo, aunque de momento no sea correspondido.

Keyla comentó en varias ocasiones que a sus trece años creía en príncipes azules y en cuentos de hadas, pero que, dos años después, debido a la separación de sus padres, se decepcionó de tal manera que se forjó un escudo imaginario de acero para que las flechas de cupido no atravesaran su corazón. Sin embargo, está dispuesto a hacerla feliz sin forzar nada. Piensa esperar el tiempo que haga falta, para que ella tome la iniciativa de acercarse a él. Quiere crear un jardín de rosas en su vida, en el que no haya ni una espina que pueda dañarla.

A la mañana siguiente, al despertar, Alexander recibe una llamada inesperada a su teléfono móvil con un número desconocido.

—Buenos días, ¿hablo con el señor McMoray? —pregunta la chica con amabilidad en español.

—Sí, soy yo, ¿con quién tengo el gusto de charlar?

—Me llamo Teresa Vázquez, soy gerente de la empresa de taxis de Zaragoza en la que trabaja Keyla. Verá, tengo entendido que fue usted quien se encargó de hacer las gestiones con el coche cuando tuvo el accidente, quería darle las gracias. De no ser por usted me hubiera visto obligada a resolverlo yo desde mi despacho y estoy un poco lejos.

—Encantado de conocerte, Teresa, prefiero que me tutees si no te importa. Ella me habló de ti varias veces, sé que eres su mejor amiga, te admira mucho.

—Gracias, yo también la adoro. Ni te imaginas las risas que nos echamos juntas, somos tal para cual, unas locas sin remedio que se ríen hasta de su sombra. Aparte de lo que te he comentado, quiero que sepas que mañana mismo llegaré a Peebles. Antes del accidente se lo había prometido a ella, estoy deseando verla. Tengo una habitación reservada en el hotel SaLuMa, mis amigos, los propietarios, ya están al tanto. Mientras Keyla esté de baja laboral, alguien debe hacerse cargo del taxi. He pensado ser yo quien lo haga, aunque no domine bien el inglés.

—Buena idea, por el idioma no te preocupes, enseguida te adaptas ya lo verás, pero ¿cómo es que te alojas en el hotel? ¿No preferirías vivir con ella en su casa?

—Si te soy sincera, lo cierto es que sí, pero esta misma semana llegarán sus padres para cuidarla y considero que, estando yo, seríamos mucha gente en su apartamento. Prefiero tener mi intimidad, aunque cada día vaya a verla y salgamos juntas.

—Te entiendo, yo estaré aquí hasta que regresen Jesús y Alicia, prometí cuidarla hasta entonces.

—Lo sé, eso mismo me dijeron. Están muy agradecidos por todo lo que estás haciendo por su hija, yo también por la parte que me toca. Para mí es difícil charlar con ella por teléfono sobre temas sin importancia. Aunque no me recuerde, responde a mis preguntas cuando me intereso por su salud. Poco a poco nuestras conversaciones van tomando el mismo rumbo del pasado, nos lo contábamos todo, somos como hermanas. Echo de menos a la amiga que se fue de Zaragoza buscando un nuevo futuro en Escocia. Como no puedo verla, quiero estar a su lado para ayudarla a que consiga su objetivo que es volver a ser quien era. Es lo que más deseo por el momento.

—Sin conocernos en persona, me has demostrado que eres una gran amiga.

Supongo que Lucas irá a buscarte al aeropuerto, pero si necesitas cualquier cosa me llamas, te ayudaré con mucho gusto. Los amigos de Keyla también son los míos. Hasta mañana, Teresa.

—Nos vemos en unas horas, quiero sorprenderla con mi llegada, aunque me rompa el alma ver que no me reconoce.

—Hasta mañana entonces.

Nada más despedirse, Alexander va al baño para darse una ducha antes de desayunar.

Más tarde, va con Keyla al helipuerto donde le espera una grata sorpresa.

El piloto que trabaja para él los está esperando para sobrevolar Edimburgo en el helicóptero de su propiedad. Alexander quiere que ella pueda ver la ciudad desde el aire. Está dispuesto a hacer todo lo que haga falta para verla alegre.

Al regresar a tierra, ella, una vez más, repite que ha sido una maravillosa experiencia, ha disfrutado de la aventura como si fuera una niña.

Nunca había volado en helicóptero y se ha sentido en las nubes.

Él ha prometido volver a repetirlo en más ocasiones, no le gusta demasiado volar, pero por ella, hace lo que sea.

Capítulo 10



Una buena amiga, siempre estará cerca

El avión de Teresa aterriza en el aeropuerto de la capital escocesa. No es la primera vez que va de visita. Está enamorada de todo el país, de su gente, la magia de los paisajes, así como de las fantásticas leyendas que la hacen espectacular e increíble.

En esta ocasión, viaja para estar cerca de su amiga. Una chica a la que ve maravillosa porque es admirable, está convencida que merece cumplir sus sueños. Cree que es injusto lo que le sucede, sufre mucho pensando en su futuro. Quiere aportar su pequeño grano de arena para ayudar a la que considera su hermana en lo que sea necesario.

Teresa tiene un concepto de amistad bastante personal, considera que las auténticas amigas se deben ayudar en lo bueno y en lo malo e intentar juntas que sus problemas sean más leves. Está tan distraída pensando en ella, que no se da cuenta de que algo inesperado está a punto de suceder.

—Perdón, no te había visto. Espero no haberte hecho daño, lo siento mucho, no sé cómo ha podido pasar. Es que al girarme no sabía que estabas detrás de mí —se excusa un chico guapísimo cuando casi la tira al suelo. Ha tenido que cogerla del brazo para que no se cayera. Los dos esperaban recoger su equipaje en la cinta de maletas del aeropuerto. Al darse la vuelta, él

le había dado un pequeño empujón.

—Disculpas aceptadas, pero, otra vez, ve con más cuidado —respondió ella con educación, muy molesta por lo sucedido.

Se despiden con una sonrisa, él la observa a distancia mientras ella sale del aeropuerto. Está convencido que la chica sería capaz de volver loco a cualquier hombre o mujer que quieran ser su pareja, si es que no la tiene ya.

Al instante se arrepiente de no haberle pedido su número de teléfono, corre para ver si la alcanza, pero de pronto la pierde de vista. La busca por las inmediaciones del aeropuerto, sin éxito. Es sumamente guapa, seductora, con unas curvas de infarto. Luce con gracia y coquetería su ropa informal, pantalones tejanos combinados con una camisa blanca y una chaqueta americana de color marrón, de calzado lleva puestas unas deportivas blancas.

Por primera vez en su vida, el muchacho ha sentido amor a primera vista.

Siempre le ha resultado sorprendente el hecho de que alguien pueda enamorarse de una persona desconocida con solo mirarla a los ojos, incluso recuerda que, en una conversación con sus amigos, comentó que no existía ese tipo de amor a primera vista, pero se ha equivocado. Acaba de sentirlo y jamás pensó que fuera posible. Es como si un poder sobrenatural se hubiera cruzado en sus caminos y ha propiciado que se conozcan.

Su teléfono suena en ese momento, es Lucas quien lo llama.

—Hola, ¿cómo estás? Una pregunta, el otro día me comentaste que esta semana ibas a ir a Zaragoza por un viaje de negocios, quería saber si has vuelto a Edimburgo en el avión que acaba de aterrizar. He venido a recoger a una gran amiga española y he pensado que, si es así, puedes venir con nosotros en el coche, hay suficiente espacio. En ese caso te ahorrarías pagar un taxi. ¿Por casualidad has volado en ese avión?

—Eres genial, Lucas, siempre preocupándote por los demás. Así es, justo ahora estoy delante de la parada de taxis esperando uno. Había pensado pasarme por vuestro restaurante para comer, antes de ir a casa.

—Perfecto, no te muevas de donde estás, voy a buscarte con el coche, estoy muy cerca. —Lucas se dirige hacia él. A su lado, en el asiento de copiloto, está su amiga Teresa que, al verse, se han dado un cálido abrazo. Él viaja a España con frecuencia para ver a su familia, nunca regresa de Zaragoza sin saludarla ni tomar unas cervezas juntos. Ella es como su hermana pequeña.

Al llegar y ver al chico que lo está esperando, Lucas se baja del coche para abrir el maletero y su amigo pueda guardar la maleta. Él va hacia la puerta delantera del vehículo para sentarse al lado de Lucas, pero entonces ve una mujer que le resulta familiar.

—Nos volvemos a encontrar —la saluda con amabilidad tendiendo la mano.

—Ya ves, el mundo es un pañuelo —contesta Teresa que se ha quedado tan sorprendida como él.

—¿Os conocéis? —pregunta Lucas aún más extrañado que ellos, poniendo el coche en marcha con dirección a Peebles.

—Digamos que sí, hemos tenido un pequeño choque accidental en la cinta de transporte. Tu amigo casi me tira al suelo cuando me disponía a coger mi maleta.

—Pero al instante te he pedido disculpas, es lo menos que podía hacer.

—Bueno, en ese caso considero que os conocéis a medias, permitidme que os presente —contesta Lucas—. Ella es Teresa Vázquez, mi mejor amiga, una excelente mujer de la que estoy orgulloso. Él es Daryl Connor, un buen chico que siempre intentará hacerte la vida más fácil, él intentará que nuestra taxista vuelva a la normalidad.

—Es un placer conocerte, Teresa, si necesitas algo en Edimburgo, cuenta conmigo.

—Gracias, chico diez, Lucas es tan halagador que ha sabido presentarte con bonitas palabras, es un tesoro —comenta Teresa guiñando un ojo a su amigo que conduce muy concentrado en la carretera.

—Es un exagerado, ese comentario supongo que lo ha hecho basándonos en que soy psicoterapeuta, si te soy sincero, no veo qué tiene de especial. Me considero un hombre normal. Mi trabajo no define quién soy, te lo aseguro.

—Vaya, eres una caja de sorpresas, percibo que no eres nada vanidoso —responde la chica al girar la cabeza en su dirección. Al mirarlo a los ojos, ha descubierto que tiene unas largas pestañas, Daryl no deja de mirar su boca y ese hecho la pone nerviosa. Por otro lado, le gustan los hombres sinceros que no presumen de su arrogancia.

—Daryl, en ocasiones te he hablado de Teresa. Ella y su hermano son gerentes de su propia empresa de taxis.

—Sí, es cierto. Keyla también mencionó a los hermanos Vázquez, sobre todo admira mucho a su jefa.

—No quiero que me vea como tal, sino como una amiga. Me tiene muy preocupada. Cuando supe lo que sucedió, no pude dormir en toda la noche pensando en ella. En lo injusta que es la vida para algunas personas. No se merece lo que está pasando, me siento impotente al no poder ayudarla. Yo tenía este viaje planeado desde que ella vino a Escocia, pero nunca me pude imaginar que iba a sustituirla conduciendo el taxi de la empresa, ese no era nuestro plan desde el principio.

—Supongo que para ti no debe ser fácil estar tan lejos de tu familia, pero puedes sentirte orgullosa de ayudarla.

—Se lo merece todo, es un amor. —Teresa se emociona al referir lo mucho que la quiere. Ha tenido varias amigas en su vida, aunque ninguna tan buena y generosa como Keyla.

—Creo que le vendrá muy bien tu compañía. Te recomiendo que, antes de hacer algunos pequeños trayectos por la capital, intentes convencerla para viajar contigo en el asiento de copiloto. Tal vez vaya recordando aquellos días en los que ella era la conductora, quizás su mente comience a recordar poco a poco. Eso sí, deberás tener paciencia y constancia —aconseja Daryl.

—¿Lo dices en serio? Me gusta la idea, no había pensado en esa posibilidad. Antes de proponérselo a ella, debo consultarlo con sus padres, disculpad. —Sin pensarlo dos veces, coge su teléfono móvil y hace dos llamadas para preguntar tanto a Jesús como a Alicia, si verían bien que su hija la acompañe en el taxi durante algunos viajes cortos. Al saber que la idea ha surgido de Daryl, aceptan sin tapujos, confían en él. Están convencidos que a Keyla le irá bien distraerse con su mejor amiga. Dan su aprobación agradeciendo lo que hacen por ella.

—¿Y bien? ¿Qué te han dicho? —pregunta el psicoterapeuta con curiosidad.

—Han aceptado, creen que será lo mejor para su hija. Cuando la vea, intentaré convencerla con delicadeza, ya se me ocurrirá alguna excusa convincente. Pienso luchar contra viento y marea, si hace falta, para que recobre la memoria. Ella es muy importante para mí. Quiero aportar mi granito de arena para conseguir que de nuevo vuelva a ser la mujer que es. Haré todo lo que me pidas siempre y cuando sea bueno para su salud.

—Eres un ángel, Teresa. Dime, ¿cuánto tiempo piensas quedarte? —Lucas se dirige a ella con admiración.

—Tú sí que lo eres, sabes que te adoro. Respecto a mis planes en Edimburgo, he marcado una fecha límite para trabajar aquí. Pretendo residir un par de meses como mucho, hasta ver cómo va

todo. Si en ese corto período, veo que prosigue la enfermedad de Keyla y no puede seguir con su trabajo como taxista, mi hermano y yo hemos decidido vender el taxi. Ella no tendría ningún compromiso con nosotros. En ese caso, necesitaría que sus padres dieran el consentimiento. Ante todo, no queremos que salga perjudicada a nivel laboral.

—Veo que tu hermano y tú os habéis planteado bien los pasos a seguir dependiendo de cómo evolucione su salud —refiere Daryl.

—Así es, aunque soy muy optimista. Espero que todo esto quede en una simple anécdota y no tengamos que llegar al extremo de tener que renunciar a nuestra mejor trabajadora. Pero nunca se sabe lo que puede pasar. Confío en que pronto se recuperará. Mi idea no es vivir en Escocia, por mucho que me encante este país.

—Lo comprendo, las cosas cambian de la noche a la mañana. La vida te sorprende a veces, nada sale como lo planeas. No puedo saber con certeza si ella se recuperará, aunque haré todo lo posible. Es una mujer a la que admiro y aprecio.

Daryl ha sido honesto con sus palabras, si cree que una mujer merece un halago lo expresa tal como lo siente. Detesta a los hombres que van de prepotentes y no las valoran como es debido.

Lucas se ha mantenido en silencio durante la conversación. Sabe que a veces se aprende más observando que hablando. Ha percibido que, entre ellos, puede nacer una buena amistad. Ya hay atracción, es más que evidente.

—Hemos llegado a casa de Keyla, a la derecha verás el timbre de acceso a la finca —informa Lucas antes de estacionar el coche delante del portal—. Teresa, no puedo subir a saludarla, he dejado solo en la cocina a Santi, tiene que organizar junto a los ayudantes los menús diarios, a esta hora hay mucha faena en el restaurante.

—No te preocupes, es comprensible que tengas que irte para echar una mano. No necesitas darme explicaciones, hay que seguir manteniendo satisfechos a los clientes, sobre todo, a los más fieles. Bastante estás haciendo por mí. Luego nos vemos, muchas gracias por todo.

—Por cierto, me llevo tu equipaje. Yo mismo lo dejaré en la habitación que hemos reservado para ti. Alexander está en casa con ella, se encargará de acompañarte al hotel. Ya quedamos en eso —responde Lucas que no tenía ninguna intención de apearse del vehículo.

Tanto él como Daryl se despiden de Teresa cuando baja del coche. Los amigos se dan dos besos en las mejillas por la ventanilla del conductor, Lucas tiene bajado el cristal. Daryl sí se ha apeado para estrechar su mano tal como hacen los ingleses, aunque Teresa lo despide con dos besos en las mejillas.

Por un momento, ha olido el intenso perfume varonil. Una sensación inexplicable se ha apoderado de ella. Observa el coche de Lucas mientras se aleja.

Algo le dice que debería dejarse llevar por sus impulsos y cobijarse en los musculosos brazos de Daryl, pero su cabeza le advierte de todo lo contrario. Tuvo dos desengaños amorosos que le costó asumir, lo pasó muy mal por entonces.

No quiere volver a sufrir por amor.

La distancia no hace el olvido, no obstante, si surgiera algo entre ellos, tendrían una relación muy difícil a muchos kilómetros. El día que tenga pareja estable, prefiere disfrutar al máximo. Su intención es dedicarle todo su tiempo y a la vez, ser correspondida por igual.

Una vez sola, suelta una carcajada en plena calle. Es increíble el poder de la imaginación. Apenas conoce a Daryl y, por un instante, ha imaginado que podría haber algo entre ellos.

Lo descarta enseguida, pretende estar poco tiempo en Escocia y no quiere liarse con nadie.

Está deseando ver a Keyla.

Una vez delante de la puerta, llama al timbre y abre Alexander.

Al verlo, sabe por qué su amiga empezaba a albergar sentimientos hacia él, es un chico muy amable y guapo.

Al presentarse le ha dado dos besos, sabe que los escoceses no tienen por costumbre saludarse de esa forma, pero los besos han salido del alma.

Considera que lo que Alexander hace por ella apoyarla, cuidarla, dejar la empresa a un lado, amarla con todo su corazón, no lo hace todo el mundo. Por esa razón está muy agradecida.

En cuanto a eso, considera que Keyla es muy afortunada, ya que tiene a su lado un hombre que la valora por encima de todo, quien se ha propuesto lograr que vuelva a disfrutar de su vida anterior.

Amar es dar sin esperar nada a cambio.

Por lo poco que sabe de él, tiene mucho que ofrecer. Así lo demuestra día tras día. Teresa conoce bien cuáles son sus intenciones. Lucas y Santiago son quienes la han informado de todo lo que acontece en torno a Keyla desde que ha sufrido el accidente, así como de las continuas atenciones que recibe por parte de Alexander.

Ella no pretendía cotillear haciendo demasiadas preguntas a sus amigos, sin embargo, se preocupaba por la taxista. Está dispuesta a darle buenas razones para querer salir adelante, a transmitirle toda su energía positiva, incluso a hacerle ver que lucharán juntas para que se cure por completo.

Mientras Alexander la acompaña al salón, la recién llegada se pregunta cómo será el encuentro entre las dos mujeres.

Se ha prometido no llorar delante de ella, es consciente que le impactará ver con sus propios ojos que no la recuerda. La ve sentada en el sofá leyendo una novela de fantasía titulada *Los mundos de Ágada*.

Al llamarla por su nombre, se va acercando para darle un fuerte achuchón, de esos tan apretados que casi sientes latir el corazón de la otra persona al estar tan cerca.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo te encuentras? Soy Teresa, tu amiga del alma que ha venido a verte desde Zaragoza. Mira, te he traído tus dulces favoritos, las frutas de Aragón —dice sonriendo mientras toca el sedoso cabello de Keyla con cariño. Físicamente la ha visto igual que cuando se fue de Zaragoza, pero con ojeras.

—Teresa, has venido por mí y te lo agradezco, debo ser muy importante para ti —contestó al recibir dos besos en las mejillas.

Considera que la chica es guapísima.

Nada más conocerla le cae bien.

En algunos momentos, está muy abatida por su estado, aunque Alexander la haga reír como nadie y la colme de atenciones. Tiene la impresión, de que a su alrededor hay una oscuridad que la mantiene muy deprimida a nivel emocional.

Se siente como un mueble, su vida no tiene ningún aliciente ni sentido alguno.

A veces, necesita tener cerca a una mujer que la entienda y con la que pueda hablar de cualquier cosa. Una persona como la que ha viajado de Zaragoza para estar con ella, optimista, extrovertida, capaz de ayudarla a salvar el tremendo obstáculo que tiene por delante.

Siente que en su vida faltan largas conversaciones femeninas.

—Cariño, aunque no me recuerdes, sé que cualquier día de estos te acordarás de nuestras hazañas. También de los buenos ratos que hemos pasado. Tenemos la misma edad, nuestras juergas han sido alucinantes. En las discotecas, hemos disfrutado muchísimo, de hecho, para que te hagas una idea. Nos conocen como las SISTERS FOREVER.

—Me gusta ese nombre, seguro que nos llevamos de maravilla —comenta Keyla ilusionada.

—Cómo lo sabes. Mira, cuando bailamos, solemos darlo todo en la pista. Siempre vamos juntas a los lugares de ocio porque somos tal para cual, libres de hacer lo que nos apetece. Eres como mi hermana, no hay secretos entre nosotras. Aunque no tengamos ningún tipo de parentesco, te considero como tal. Jamás hemos reñido, cuando ha habido algún malentendido lo hemos hablado. —Al mencionar estas palabras, vuelve a abrazarla. Intenta ocultar la fuerte impresión que ha tenido al verla. No es fácil mirarla a los ojos, saber que para ella es una desconocida.

Por su parte, ver que Keyla no es la misma persona que conoció tiempo atrás le duele en el alma, así como saber que ella no tiene en la mente ningún recuerdo de su vida pasada.

Teresa busca en su teléfono móvil todas las fotos que tienen juntas para enseñárselas a Keyla y recordar cada momento compartido mientras comentan las anécdotas. Entre esas imágenes, hay varias fotos de algunas excursiones que hicieron por la montaña, mientras practicaban senderismo.

En la fiesta de carnaval del año anterior, se disfrazaron de piratas bucaneras, estaban exultantes y muy llamativas. Aquel día, mientras bailaban en la pista una bachata de un vocalista estadounidense, movían con gracia sus caderas. Tuvieron que rechazar la proposición de varios hombres y mujeres que intentaron ligar con ellas.

Teresa relata esos instantes pasados con euforia, haciendo incluso movimientos sensuales.

Las risas de Keyla y Alexander no tardan el llegar, comienzan a conocerla mejor.

La recién llegada a Peebles, se ha propuesto que la taxista sobrelleve mejor su problema, haciendo que se distraiga.

Mientras Alexander va a la cocina a preparar unos cafés, Teresa aprovecha su ausencia para mencionar a la joven lo guapo que es, su amiga asiente sin que él la vea.

Ya que Teresa le inspira confianza, le comenta con sinceridad que el chico comienza a gustarle, aunque no quiere hacerse ilusiones respecto a él. Desconoce si tiene pareja, ante todo no quiere romper ninguna relación.

Cuando Alexander regresa, guardan silencio y siguen hablando de temas del pasado. Toma el café con ellas antes de volver a salir del salón.

—¡Eres un sol! Pese a mi amnesia, siento que puedo confiar en ti. Me siento muy cómoda a tu lado. Quiero que me cuentes nuestras batallitas pasadas, me hace ilusión saber que somos tan buenas amigas. Me gustaría continuar con nuestra amistad. —Keyla seca sus lágrimas con un pañuelo de algodón que Alexander le había ofrecido ese mismo día. Sigue afectada por el accidente, está muy sensible a nivel emocional y le afectan algunos comentarios. Él no está junto a ellas mientras mantienen su animada conversación, sino en un dormitorio contiguo, haciendo varios pedidos para su empresa a través del ordenador. Ha preferido dejarlas solas para que puedan charlar con tranquilidad sin ser molestadas.

—A ver, admito que te desahogues, pero a partir de ahora se acabó la tristeza. Todos tenemos un pasado que está ahí, aunque no vale la pena preocuparse por lo que sucedió. Debemos mirar hacia adelante con esperanza, estoy segura de que te recuperarás, eres muy valiente, pocas cosas te dan miedo. Caminas por la vida muy segura de ti misma y no pienso permitir que te destruyas. No he venido a Escocia a verte llorar, sino a hacerte sonreír, que es muy distinto.

—Tere, espero que no te moleste que te llame así, te doy las gracias una vez más por tu ayuda.

—Lo hago encantada, tú eres una gran persona que nunca ha dudado en darme su apoyo. Cuando tiempo atrás tuve dos grandes desengaños con dos chicos a los que quise, fuiste mi tabla de salvación. La única amiga que se ofreció a ayudarme cuando me negué a levantarme de la cama durante varios días a causa de una fuerte depresión.

—Lo pasaste muy mal entonces, lo siento. —Keyla está asombrada por las palabras de su amiga.

—Sí. aunque gracias a ti pude seguir adelante, estaba muy mal anímicamente. No tenía ganas de hacer nada, incluso perdí bastante peso debido al disgusto. Siempre te estaré agradecida. Por cierto, mi ayuda no va a ser gratuita, necesito que trabajes conmigo en Edimburgo. Dominas el inglés, será más fácil para mí tenerte a mi lado en algunos trayectos de esta bonita ciudad porque yo me agobio con el idioma. —Teresa añade que solo conoce algunas palabras en inglés. Por lo visto había planeado apuntarse a una academia de Zaragoza, pero al saber lo que le sucedió a Keyla, decidió estar a su lado y posponer su aprendizaje para más adelante.

Los planes de su jefa, sobre que la acompañe en el coche mientras conduce por algunos trayectos cortos, dejan a la chica muy impactada.

No sabe quién hay detrás de esa propuesta. Tampoco Alexander, que acaba de volver al salón.

La miran asombrados, él prefiere no hacer ningún comentario al respecto ni involucrarse en las decisiones de la taxista.

Teresa no les ha mencionado que la idea ha sido de Daryl. A ella jamás se le hubiera ocurrido ponerla en ese compromiso. Ante todo, desea que se cure, pero no quiere forzarla a nada que no desee hacer.

—Si te digo la verdad, tal vez me iría bien distraerme un poco. No estaría mal acompañarte. Eso sí, te pido que los viajes sean de pocos kilómetros. Si es así, para mí no hay ningún problema.

—Por supuesto. Ni te imaginas las ganas que tengo de recorrer esta ciudad contigo, no es la primera vez que vengo a Escocia y para las dos serán como unas pequeñas vacaciones. Haré todo lo que quieras, bueno, casi todo. A ti no te costó apenas nada adaptarte a conducir por la izquierda, espero que me vaya igual de bien porque creo que se me dará fatal. —Teresa suelta una carcajada, su risa es tan contagiosa que enseguida hace reír a Keyla.

Alexander la ve feliz y confía en que tanto la chica que acaba de llegar a Peebles, Daryl con la terapia y él con su amor, logren sacar a la taxista del pozo de la tristeza.

—Teresa, ¿dónde vas a comer? —pregunta Alexander, ya que la mañana ha pasado muy deprisa.

—He pensado ir al restaurante de mis amigos andaluces, Lucas me ha comentado que me acompañas al hotel.

—Sí, aunque estoy pensando que, si le parece bien a Keyla, propongo que vayamos los tres al restaurante y así podéis seguir con vuestra charla mientras nos deleitamos con el sabroso menú de nuestros colegas.

—Por mí bien, Alexander, me apetece pasar más tiempo con Teresa, ella es genial. —Refiere Keyla emocionada.

Una vez en el SaLuMa, ven que Daryl se dispone a comer solo en una mesa, Keyla lo invita a sentarse con ellos. El restaurante está casi al completo. Gracias a las buenas reseñas que tiene en internet y a las recomendaciones de los clientes, el negocio va en auge.

Daryl no puede estar más contento al estar cerca de la chica que ha conocido esa misma mañana. La amiga de la taxista tiene carácter y eso le llama la atención. Es una mujer con personalidad, de las que tanto le atraen y pueden volverlo loco de deseo con solo una mirada por parte de ella.

Mientras los cuatro disfrutan del delicioso menú típico de la cocina española, sacan varios temas de conversación. Keyla está relajada y feliz junto a tres personas con las que se siente bien. Tiene amnesia, pero eso no le impide darse cuenta de que entre Daryl y Teresa hay química, sus

ojos brillan cuando se miran, tal como sucede con ella y Alexander.

En varias ocasiones, ha visto que Alexander la mira con deseo, sabe que no le es indiferente.

Su sexto sentido femenino indica que se siente atraído por ella y en su interior le halaga sentirse admirada.

Un hombre como él, sería el ideal para compartir el resto de su vida. Tiene muy claro que nadie en el mundo es perfecto, pero ha demostrado con creces que tiene un gran corazón.

Para ella, eso es lo que importa.

Es rico y guapo, sin embargo, no es lo fundamental para ella. Cree que la verdadera belleza de una persona, ya sea hombre o mujer, está en el interior, donde pocos la pueden ver.

Teresa pide ayuda a los dos muchachos, quiere seguir dando a conocer su empresa en ese país.

Tanto Alexander como Daryl aceptan seguir recomendando Taxis Vázquez entre su entorno social. Keyla cuenta con una buena clientela desde que ha llegado a Edimburgo, incluida Bonnie que también se ha encargado de promocionar la empresa.

Ese día, poco a poco, los cuatro van creando a su alrededor un bonito círculo de amistad.

Esa misma noche, hay karaoke en el hotel. Una actividad bastante aclamada por los huéspedes que se alojan.

Lucas y Santiago los han invitado a volver para disfrutar de un buen rato y ellos aceptan encantados. La música en ocasiones hace olvidar los problemas.

Se han quedado bastante sorprendidos al ver la buena amistad que ha nacido entre las dos amigas y los dos grandes empresarios.

En compañía de las chicas, se han olvidado por momentos de su rivalidad en el negocio del whisky.

Para ellos solo importan las españolas, con frecuencia intentan hacerlas reír con sus historias pasadas. Incluso no han pasado por alto mencionarles su enfrentamiento en los negocios.

Al terminar de comer se despiden, han quedado para verse varias horas más tarde.

Keyla y Alexander van caminando hacia el piso de la taxista a descansar un rato antes de regresar al hotel para cenar y pasar un buen rato en la sala del karaoke.

Teresa sube a su habitación para instalarse. Guarda su ropa en el armario, el día se le ha pasado muy rápido.

Daryl va hacia su casa habiendo prometido regresar un poco más tarde para unirse a ellos.

Keyla no recuerda haber ido a un karaoke, pero su amiga la ha sacado de dudas. Por lo visto, las veces que fueron, años atrás, se divirtieron mucho. Por entonces, Teresa comprobó que ella tiene una bonita voz.

Más tarde, vuelven a cenar juntos.

Cuando llega la hora de cantar, las dos amigas suben al escenario dispuestas a darlo todo.

Al sonar una rumba, la entonan con mucho arte mientras se dedican gestos de complicidad entre ellas.

La taxista está feliz al comprobar que recuerda la letra de algunas canciones, cosa que no esperaba. Ese hecho la ha dejado muy asombrada.

Tanto Alexander como Daryl se quedan maravillados viéndolas cantar, ya que no se les da nada mal a ninguna.

Los camareros les han invitado a un buen whisky por orden de los propietarios del hotel.

En ese momento no son rivales, sino dos chicos que están disfrutando de una increíble noche divertida.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Daryl se dirige a Alexander.

—Sí, claro, ¿qué quieres saber? —responde sorprendido.

—¿Desde cuándo te gusta Keyla? No me lo niegues porque se ve a leguas lo que sientes hacia ella. Al mirarla, los ojos te brillan de una manera asombrosa.

—Estoy loco por ella. Es curioso que me lo preguntes. Jamás hubiera imaginado que tú y yo tendríamos esta conversación. Parecemos dos buenos amigos hablando de forma confidencial. Estamos tomando una copa de whisky de nuestra propia destilería, mientras admiramos embelesados a las dos chicas que parecen ángeles en ese escenario porque, admítelo, tú también te sientes atraído por la recién llegada. —Es sincero y no oculta su amor por la taxista.

—No te lo discuto, he salido con varias mujeres y las respeto mucho, pero nunca he querido tener una relación estable. Creo que Teresa es especial y podría hacerme sentar la cabeza de una vez por todas. Tengo la impresión, de haber encontrado a la chica que ha nacido para vivir conmigo una bonita historia de amor. Quiero conocerla más, no creo en los flechazos, sin embargo, algo me sucede cuando la tengo cerca y pretendo averiguar qué es.

—Acabas de describir el mismo sentimiento que me inspira Keyla. —Asiente Alexander con la cabeza.

—Sí, aunque a diferencia de mí, tú la amas. Cualquier hombre no estaría dispuesto a compartir su vida con alguien que sufre de amnesia. Sin saber si va a recobrar sus recuerdos. Imagino que debe ser muy frustrante ver que no te recuerda. Mis pacientes sufren mucho con esta enfermedad, también los cuidadores que son quienes están a su alrededor y no es fácil para ellos estar en esta situación. No adelantemos acontecimientos, confiemos en que se recupere.

—No me importa en absoluto estar cerca de ella, para apoyarla y cuidarla. Me he propuesto hacerla todo lo feliz que pueda, aunque no sienta lo mismo que yo. Quiero intentar que me ame como yo lo hago, pero si pasado un tiempo veo que no llego a su corazón, me alejaré e intentaré seguir manteniendo nuestra amistad. No pienso perderla.

—Eres un buen hombre McMoray, estás dispuesto a luchar por la mujer que te ha robado el corazón, eso me demuestra que lo que sientes por ella es auténtico. Te envidio, me pregunto si yo sería capaz de darlo todo por una sola mujer.

—Estoy convencido de que también lo harías si estuvieras en la misma situación. El amor es dar sin esperar, dejando el egoísmo a un lado.

—¿Y qué piensas hacer cuándo regresen sus padres?

—En cuanto lleguen, me iré de su casa en la que, por cierto, estoy muy bien porque ella es quien más me importa. Volveré a la mía, aunque mi intención es seguir viéndola a diario.

—Brindemos por el amor entonces, pediremos al camarero otra copa más. —Daryl sigue mirando a Teresa con deseo. Mientras cantaba la rumba, ella ha tocado las palmas con gracia y salero, animando a la gente que hay en la sala a hacer lo mismo.

Al terminar la canción del karaoke, las chicas caminan sonrientes hasta los asientos de sus dos acompañantes.

Alexander felicita a Keyla por su bonita voz aguda con la que ha llegado a las notas más altas.

Él no podía apartar sus ojos de ella durante los minutos que ha durado la canción. Parecía una auténtica cantante famosa con el micrófono en la mano, lo ha cogido como si fuera una profesional, incluso él le ha recomendado presentarse a un concurso de grandes talentos musicales, pero ella se ha negado.

La prioridad de la taxista es volver lo antes posible a su trabajo.

Al poco tiempo de su baja laboral, a causa del accidente, Keyla decidió escribir en un diario todo lo que sentía.

Desde entonces, ha sido una buena terapia para ella.

Nadie lo ha leído, es muy personal, entre esas letras están sus sentimientos más profundos.

Un día de los que estaba bastante deprimida y baja de moral, escribió casi una página entera.

21 de enero de 2025

Hoy no tengo ganas ni de escribir estas letras, a diferencia de los días anteriores.

Lo que me sucede a nivel personal, con la enfermedad, es bastante complejo y difícil de explicar.

Por suerte, con este diario puedo expresarme con absoluta sinceridad, ya que estoy convencida de que nadie puede leerlo.

Intento sonreír para que mi familia y amigos no me vean triste porque sé que sufren por mí, pero no puedo más.

He perdido la ilusión, tengo ganas de recobrar mi vida tal como era antes de aquel día que lo cambió todo.

Necesito volver a trabajar conduciendo mi taxi, estoy deseando recorrer las calles de Edimburgo con el coche, siento que me falta algo esencial para mí.

Cierro los ojos, todo está oscuro en mi mente, la tengo en blanco y eso me produce una gran angustia.

Se esfumaron en mi cabeza la infancia, así como mi juventud, en resumen, todo lo vivido hasta ahora.

No sé cómo afrontar lo que está pasando.

Me miro al espejo, no sé quién soy ni cuáles son mis sueños pendientes de realizar. Esta situación es insostenible por momentos.

Unos amigos de Zaragoza me han llamado hoy por teléfono para interesarse por mi salud. Han mencionado los divertidos ratos que disfrutamos juntos cuando yo vivía allí, por lo visto solíamos vernos con frecuencia para tomar unas cervezas en cualquier terraza de un bar.

También han comentado lo bien que lo pasábamos al salir de fiesta.

Según me dicen, soy muy juerguista, bailaba y cantaba *en cualquier evento que se tercie.*

Parece ser que no me daba vergüenza cantar en público, de hecho, me admiran por ser una mujer impetuosa.

Se sienten orgullosos de mí, me animan a luchar para curarme.

No he podido reprimir las lágrimas, me siento una inútil sin hacer nada

ni poder ejercer mi trabajo.

Me he despedido de ellos con una excusa, prometiendo que otro día seguiremos con la conversación.

Estoy fatal, no sabían qué decir para alegrarme el día.

Me he sentido muy vulnerable, sé que son geniales, al menos es lo que me han demostrado en esa videollamada, pero no quiero dar lástima. No sé si prefiero que me hablen del pasado o que no, estoy bloqueada.

Me obligo a recordar todo lo que los demás me explican, cuentan lo que vivieron conmigo, sin embargo, me agobio si pretendo forzar mi memoria.

No consigo recordar mi pasado.

Hoy me siento mal, espero que mañana me encuentre mejor.

Capítulo 11



Curando la herida emocional

Llegó la primavera a Edimburgo, atrás se quedó el invierno pese a que los días siguen siendo bastantes fríos, sobre todo para la taxista y su familia que no están acostumbrados a las bajas temperaturas de Escocia y a las frecuentes lluvias de este país.

Un buen día, al despertar por la mañana, Keyla recordó a su familia y amigos, así como todo lo que ha vivido junto a ellos.

De la noche a la mañana desapareció la amnesia que la mantuvo unos meses decaída.

Por fin ha terminado su pesadilla y ha recobrado su vida tal como era antes del accidente.

Es una mujer nueva y con más experiencia.

Han sido meses de sufrimiento debido a su pérdida de memoria. Al ver que la recuperaba, tuvo deseos de llorar de alegría como si fuera una niña pequeña. De hecho, se le escapó alguna lágrima al saber que se había curado por completo, nunca lo habría imaginado.

Aunque no perdió la esperanza, algunos días fueron una verdadera pesadilla.

Su diario ha sido muy útil para expresar por escrito todo lo que pasaba por su mente. Sigue escribiendo las emociones que necesita exteriorizar.

Esa pequeña libreta se ha convertido en una buena excusa para escribir sus pensamientos más

íntimos sin temor a que nadie sienta lástima por ella, odia causar pena. No suele escribir cada día, pero sí bastante a menudo.

Por fin ha recuperado sus recuerdos y, desde entonces, ha cambiado su vida.

Alicia vuelve a tener largas conversaciones con su princesa, como la continúa llamando de forma cariñosa.

Todos la abrazaron al conocer la noticia, fue una auténtica sorpresa.

El reloj del tiempo que parecía estar parado, mientras la taxista estaba anclada en el presente, volvió a poner las agujas en funcionamiento.

Ella ha vuelto a sonreír gracias a todos los que la quieren.

De nuevo ha recobrado la ilusión y la esperanza de cumplir sus sueños.

Ha demostrado ser una mujer increíble que se ha propuesto no rendirse nunca. Pese a que tuvo miedo de no volver a ser quien era, ha luchado para seguir adelante. No es perfecta ni pretende serlo, pero su fuerza de voluntad ha sido un arma muy poderosa para la lucha contra la enfermedad.

La llegada de Teresa, así como también de su familia, supuso para la joven una buena ráfaga de aire fresco. Algunos días, Keyla estuvo acompañando a su amiga por varios trayectos con el taxi.

Quiso ayudarla más que nada por el idioma, sobre todo para que no se viera apurada en el caso de subir al coche algún cliente que no hablara español, tal como pasó en varias ocasiones. Si no llega a ser por ella, Teresa se hubiera visto en un aprieto en más de una vez.

Juntas, también han afrontado el problema de salud de Keyla.

Jesús, Alicia, sus respectivas parejas y todos los que la quieren han procurado ayudar en lo que han podido para ejercitar su mente.

Varios días, estuvieron mirando sus propias fotos de meses y años atrás, como también comentaron con ella momentos compartidos del pasado, incluso se divirtieron con diferentes juegos de mesa.

El único propósito, era hacer posible que volviera a tener sus recuerdos. La mayoría ya han vuelto a su memoria, por lo que se sienten felices.

Sus padres siguen teniendo una buena relación, no discuten por nada y su prioridad continúa siendo la felicidad de su hija, quien se ha ido recuperando gracias a su esfuerzo personal y a sus muchos cuidados, no la han dejado sola ni un solo momento desde su llegada a Peebles.

Se siente orgullosa de ellos, son cariñosos y únicos, los mejores que puede tener. Alardea de ser una privilegiada por tener su amor incondicional, está muy agradecida por sus continuas atenciones.

Aún se alojan en su casa, aunque saben que pronto deben regresar a España.

La vida cotidiana va volviendo a la normalidad, Keyla poco a poco va cogiendo confianza en sí misma. Ha tenido momentos complicados al no saber si iba a recuperar sus recuerdos, ni si volvería a ser la mujer que es. Tanto sus padres como sus amigos han vivido junto a ella días tristes debidos a la incertidumbre de no saber qué le deparaba el futuro. En el caso de los primeros, han secado sus lágrimas con besos, dándole esperanza.

Ha sufrido mucho y ha pasado largas noches de insomnio sin poder dormir, estaba nerviosa por la situación, pero gracias a sus dos ángeles de la guarda, como familiarmente llama a sus padres, ha salido adelante.

Cada día, Jesús ha caminado con ella durante dos horas, las charlas entre padre e hija han sido terapéuticas para Keyla. Él es tan paciente, que en ningún momento le ha demostrado su miedo, lo ha mantenido oculto. También ha padecido por su hija, igual que su exmujer, aunque lo han

disimulado para que la joven no se hundiera moralmente.

En algunos momentos, han tenido la impresión de ser unos extraños para la taxista, por suerte, todo ha quedado atrás.

Daryl la ha visitado diariamente y está satisfecho de su evolución, por su parte ya les ha comunicado tanto a ella como a su familia, quienes confían mucho en él, que la taxista ya no necesita que la vea con frecuencia. Aún no le han dado el alta médica, pero está convencido de que se curará por completo. Le ha cogido cariño, ha sido una buena paciente.

Ella ha seguido a rajatabla los consejos de su psicoterapeuta con el que ha ido progresando.

Alexander también ha sido imprescindible en su vida. Días atrás, se lo mencionó a él en un momento de sinceridad, mientras le daba las gracias por preocuparse tanto por su salud. Él ha logrado que su vida haya sido más fácil durante el período de amnesia. Se ha convertido en una persona muy importante para ella.

También ha sufrido al verla padecer un cuadro amnésico que por suerte ha sido temporal, se alegra de ser testigo de su recuperación.

El soplagaitas, como continúa llamándole con la intención de seguir bromeando con él, ha ido ganando su corazón poco a poco.

Si antes del accidente ya comenzaba a sentir algo por él, desde que ha recobrado la memoria siente que su vida no sería la misma si Alexander no estuviera presente. Un hombre discreto y excepcional, cualquier mujer se sentiría halagada de recibir su atención.

Los últimos días han sido muy reveladores para Keyla en cuanto a sus sentimientos.

Le parece mentira que su muro protector contra el amor se haya derrumbado por completo.

Se asombra de la facilidad con la que se negó a amar a un hombre, debido al trauma que le creó la separación de sus padres, y cómo ha cambiado su percepción al conocer a Alexander.

Nada puede darse por hecho, la vida te da sorpresas, a ella le ha dado una inesperada.

Ha soñado varias veces con él, tiene sueños eróticos y desea que se hagan realidad. A veces le vienen a la mente la primera vez que hicieron el amor, fue meses atrás, antes de sufrir el accidente. Incluso sueña con aquel día en el que fue feliz mientras estaba en los brazos del joven.

Cuando están cerca uno del otro, debe reprimir el impulso de abalanzarse a su cuello para besarlo, su embriagador perfume la vuelve loca y le cuesta contenerse.

Se hace muchas preguntas respecto a los sentimientos que ha inspirado en él, está confusa porque no los ha dejado entrever.

También tiene alguna duda, ¿siente pena por ella y por esa razón, hace todo lo que puede para distraerla e intentar que sea feliz? ¿O por el contrario la ama? Porque si es lo primero, no quiere su lástima ni tampoco que se sienta comprometido a apoyar estando convaleciente, ella tiene orgullo.

En la actualidad, es su persona favorita. Quien la hace reír y sentirse cómoda siendo ella misma en todo momento, sin hipocresía.

La clase de persona que hace fácil lo difícil gracias a su buena voluntad e intenta hacerte feliz a toda costa, sin excusas. Es un hombre comprensivo que la escucha con atención cuando conversan juntos y empatiza con ella.

Cuando poco a poco ha vuelto a recordar el pasado, ha estado completamente segura de que nunca ha sentido por un hombre algo parecido.

A todas horas piensa en él, si no lo ve, se pregunta qué estará haciendo, se emociona con sus mensajes, se ruboriza con algún que otro comentario halagüeño que le dedica.

Parece una colegiala en el período de adolescencia, claro que también podría ser una de ellas, ya que nunca ha estado enamorada y por primera vez, sabe lo que se siente.

Odia sentirse tan frágil cuando él está cerca, pero no puede evitarlo, es superior a sus fuerzas.

Un día, en los que hojeaba el periódico, vio un anuncio publicado en el que Alexander sonreía junto a una chica llamativa.

Posaban delante de los periodistas que hacían fotos mientras la pareja sostenía un vaso de whisky.

Al leer el artículo con interés, supo que el anuncio promocional era de la empresa de Alexander, no obstante, en cuanto lo vio, preguntó quién era la mujer que estaba con él. Sabía que no tenía ningún derecho a un interrogatorio, porque no hay ninguna relación entre ellos como pareja, pero aun así no se echó para atrás a la hora de satisfacer su curiosidad.

Alexander aclaró que su amiga es una buena empleada de su empresa y aparte ejerce de modelo de pasarela, por lo visto se ofreció a ayudarle con la nueva campaña, por lo que está muy agradecido.

Al aclarar sus dudas, Keyla intentó que la disculpara por pedirle explicaciones mencionando que no tenía derecho a preguntar sobre su vida privada.

Él es muy complaciente y en cierta manera lo vio normal, por otro lado, esa pregunta le demostró que ella siente interés y está seguro de que algunos celos también.

Comienza a ilusionarse al sospechar que, bajo la indiferencia de la taxista, está naciendo un sentimiento muy fuerte que espera que admita tarde o temprano, aunque no quiere hacerse ilusiones.

Su abuela solía decir que lo que esté destinado para una persona, nada ni nadie lo puede impedir, tanto lo bueno como lo malo. Si Keyla siente algo por él, el tiempo lo dirá.

Durante el tiempo que estuvo de baja, no se negó a hacer nada de lo que ella le pidió. Solo le bastaba abrir la boca y decir lo que se le antojaba en ese momento para tenerlo. Ya fuera algún delicioso dulce para comer o quizás ir a algún lugar específico de los muchos lugares bonitos que hay en Escocia.

Nada más oírla, él hacía sus deseos realidad sin poner ninguna objeción. Es todo un caballero que la ha mimado mucho. A nadie de su entorno le han pasado desapercibidas sus atenciones.

Todo el tiempo que Keyla ha estado grave, Alexander ha sido el cuidador perfecto.

Ha demostrado con creces ser paciente pese al fuerte carácter que demuestra en ocasiones, sobre todo en los negocios, cuando algo sale mal en la destilería.

Durante su convalecencia, Alexander solía citarse con ella muy a menudo con intención de enseñarle diferentes lugares de Escocia para distraerla del agobio que sentía al no poder trabajar debido a la amnesia.

Si alguna tarde, de las que ha estado más decaída, no han podido salir a hacer turismo a causa del mal tiempo, igualmente ha ido a recogerla para ir a algún sitio y tomar algo.

Le ha enseñado todos los negocios típicos de la ciudad que él conoce muy bien.

Con frecuencia, reprime el deseo de besarla, pero no se ha declarado.

Día tras día se lo manifiesta de alguna manera, aunque sus labios están sellados y no se atreva a confesar sus sentimientos.

En estos últimos meses, no ha querido decirle que, al menos por su parte, hay algo más que amistad.

Prefirió mantenerlo en secreto para no influenciar en ella.

Sería el hombre más feliz del mundo si naciera el amor en la chica para poder demostrarle cuánto la ama. Si finalmente surge, mantiene la esperanza de vivir una apasionante historia junto a la mujer de sus sueños.

Para él, la taxista es un rayo de sol en Edimburgo, su vida tiene más luz desde que se ha

cruzado en su camino.

Cuando confesó a Bonnie lo que siente, su propia madre le advirtió que estuviera preparado emocionalmente por si ella lo rechaza.

No le gustaría verlo sufrir por amor ni tampoco que ninguna mujer le rompiera el corazón, no obstante, algo le dice que la muchacha, que tanto aprecia, siente lo mismo que su hijo. Solo basta ver cómo se miran. El amor se percibe, aunque no se exprese en palabras.

Teresa es la única persona que sabe lo que Keyla siente por él, con frecuencia le recuerda las muchas ocasiones que se negó a enamorarse de un hombre.

En Zaragoza, Keyla salió con dos o tres chicos, pero no hubo nada serio entre ellos.

Es una mujer liberal que ha disfrutado del sexo sin ataduras ni compromisos, por esa razón no ha querido tener pareja estable por mucho que se lo hayan propuesto.

Estaba convencida de que ningún hombre sería tan especial como su padre, que nunca habría una profunda conexión entre ambos.

El miedo a enamorarse y a sufrir por amor, ha frenado sus impulsos, aunque reconoce que toda su vida ha estado equivocada, por fin piensa lo contrario. Una vez, lo reconoció delante de su mejor amiga, ante todo es sincera consigo misma, admite sus sentimientos.

Teresa ha sido un gran pilar para Keyla.

Los últimos meses, su excelente jefa se ha encargado de conducir el taxi en Edimburgo. Debe volver a Zaragoza y seguir trabajando en la oficina, ya que Keyla está preparada para seguir ejerciendo como taxista.

Desde que Teresa llegó a Escocia, ha ido manteniendo un contacto más directo con Daryl. Se han visto con frecuencia, han coincidido varias veces e incluso han comido juntos en algunas ocasiones. Entre ellos ha surgido algo especial.

—Keyla, sé sincera, ¿piensas que Daryl siente por mí lo mismo que yo? —pregunta a su amiga un momento en el que están a solas en la habitación del hotel, mientras prepara su equipaje para regresar a Zaragoza.

Teresa es adicta a las prendas de ropa de los mercadillos, lleva en su maleta varias para su familia, que la esperan con los brazos abiertos. No podía olvidarse de comprar los objetos de recuerdo de Edimburgo, imanes y alguna botella de whisky, entre otros. El licor, cómo no, de las destilerías de Alexander y Daryl, dos de los mejores whiskys que ha probado en Escocia.

—Tere, sé que le gustas. Las chicas tenemos un sexto sentido para estas cosas, creo que no me equivoco.

—Gracias, brujita, tú en ocasiones hasta parece que tienes artes adivinatorias, estoy alucinada. ¿Te das cuenta? Las dos estamos enamoradas de unos muchachos que prácticamente acabamos de conocer. Quién me iba a decir que viviríamos esta situación a la misma vez.

—Sí, ¿y qué más da si los conocemos desde hace poco tiempo? Eso no tiene importancia. Creo que las personas nunca se llegan a conocer del todo, siempre hay algo que nos puede sorprender. Alexander y Daryl han sido dos de ellas.

—¿Cuándo le vas a confesar a Alexander que lo amas? —pregunta la jefa con interés.

—No lo sé. Suelo alardear de ser sincera y a veces yo misma me niego a expresar mis sentimientos. En el fondo me da miedo saber su reacción, no estoy preparada para que me rompan el corazón ni sufrir un rechazo. Sería muy deprimente, justo la primera vez que me he enamorado.

—Pues ya va siendo hora de que hables con él.

—¿Y si no siente lo mismo por mí?

—Tendrás que arriesgarte, Keyla, si te declaras y no te corresponde, podéis seguir con vuestra

amistad.

—Estoy de acuerdo, pero ya nada sería lo mismo, en ese caso me costaría mucho estar cerca de él. Prefiero esperar a ver qué sucede. En estos meses ha sido maravilloso dejarme mimar. En unos días, quiero volver al trabajo. Entonces veré cómo va todo entre nosotros.

—Cómo quieras, ya veo que estás buscando excusas. Te aconsejo que no tardes mucho en confesar tus sentimientos.

—Te recuerdo que tú estás en la misma situación, amas a Daryl y aún no te has declarado.

—Es que también tengo dudas respecto a qué hacer. Dentro de dos días regreso a España, sé que lo echaré de menos, pero no sé cómo reaccionará cuando yo esté lejos. En los próximos días, una vez que la distancia nos separe, podré saber si siente algo por mí. Quizás me eche de menos o tal vez no. El tiempo me dará todas las respuestas. El amor no debería ser tan complicado.

Keyla la abraza, decide despedirse en ese momento. Piensa ir a casa y dejar tranquila a Teresa para que continúe preparando su equipaje. Sabe que su amiga sufre a medida que se acerca la fecha de su marcha porque teme alejarse del que considera su chico ideal, Daryl.

Desde que llegó a Escocia, el joven inglés la ha acompañado a donde ella ha querido. Cada día, ha sido el causante de que vuelva a confiar en los hombres.

Sin planearlo, ha vuelto a enamorarse como una quinceañera.

Mientras sigue haciendo la maleta en el hotel, llega un mensaje de Daryl a su teléfono, está sola en la habitación.

«Hola, Teresa, te espero dentro de diez minutos en la entrada del hotel, ¿te va bien que vayamos a dar un paseo?».

Ella contestó a los pocos segundos, ha aceptado quedar con él, pero no sabe para qué quiere verla.

A los diez minutos, sale a la calle y ve a Daryl fumándose un cigarrillo, está inquieto por algún motivo. Nunca lo había visto fumar, desconocía que tuviera esa adicción.

Al verla, tira la colilla al suelo, se acerca a ella para darle dos besos en las mejillas.

Teresa había sido fumadora, no le molesta el olor al tabaco en la ropa, pero prefiere no tener que olerlo, aunque Daryl tiene un perfume muy varonil, apenas se aprecia que ha fumado.

—¿Sucede algo? Me ha extrañado tu mensaje.

—Teresa, por fin te veo —responde cogiendo su mano, por un momento ella cree desmayarse al sentir su contacto.

—¿Estás bien? Me tienes preocupada. —Lo mira con perplejidad, jamás lo había visto así.

—Estoy nervioso, no lo niego, como ves he tenido que encender un cigarrillo, llevaba días sin fumar porque tengo intención de dejarlo, pero hoy no es el mejor día. En fin, el tema del tabaco es lo de menos, a lo que iba. Pasado mañana, vuelves a España porque ya nada te retiene aquí, ¿me equivoco? —pregunta Daryl con interés de forma directa.

—Sí, claro, Keyla ya puede conducir el taxi y no me necesita, vine a Edimburgo para ocupar su lugar mientras estuviera de baja, pero ese episodio se quedó atrás, gracias a Dios.

—¿Y si te dijera que me gustas mucho? ¿Que estoy convencido de que eres la mujer que he estado esperando toda mi vida? —confiesa mirándola a los ojos, acercándose para besarla. Ella le corresponde ilusionada, ofrece sus labios con deseo. Extiende sus brazos al cuello del chico y se deja llevar.

—Por lo que veo no pierdes el tiempo —comenta una vez que ha dejado de besarlo.

—Me ha costado separarme de tus labios, besas de maravilla —susurra Daryl en su oído.

—Te confieso que yo tampoco suelo reprimir mis impulsos. ¿Y ahora qué hacemos?

—¿A qué te refieres, Teresa?

—A ver, creo que te acabo de demostrar que yo también siento algo por ti, pero me tengo que ir a España, y si te soy sincera no me gustan las relaciones a distancia.

—Desde que te conocí, supe que eres una mujer maravillosa, no solo admiro a la mujer tan bonita que tengo al lado, sino a la muchacha que tiene personalidad, sería un idiota si te dejara escapar. Te aseguro que ninguna otra ha llegado a mi corazón como tú lo has hecho.

—Me halagas con tus palabras, contigo sé que podría funcionar. Jamás me he sentido tan cómoda al lado de un hombre, aparte que eres muy guapo y me alegra la vista cada vez que te tengo delante, pero te recuerdo que aún no has contestado a mi pregunta.

—Gracias por tu piropo. Ahora mismo te respondo, aunque antes quiero repetir el beso, soy adicto a tus labios, no lo puedo evitar. —Vuelve a besarla con ímpetu, no le importa que los vea alguien, necesita demostrarle a Teresa que lo que siente por ella es auténtico. En los últimos días, ha pensado mucho sobre su futuro junto a la chica. Le ha costado tomar una decisión, pero quiere hacer lo que sea necesario para comenzar una relación estable con ella. La muchacha ha pedido sinceridad, afirmando que una relación no debe basarse en mentiras, sino que debe haber confianza entre la pareja, sin secretos. Daryl coge su mano y le pide dar un pequeño paseo, lejos de las miradas de los huéspedes del hotel que entran y salen del recinto. Mientras caminan ilusionados por haber comenzado una bonita historia en común, comenta sus planes de futuro junto a ella—. Teresa, varias veces te he contado mi vida, pero hay algo que nunca te he dicho.

—Espero que no sea nada por lo que deba preocuparme.

—No, te explico. El caso es que he pensado irme a vivir a España. En primer lugar, si te parece bien, quiero estar cerca de ti. Coincido contigo, tampoco me gustan las relaciones a distancia. En segundo lugar, también quiero irme por mi trabajo. Nunca te he mencionado que hace años trabajé en un hospital de Zaragoza. He sabido que hay una plaza libre, me han propuesto volver a trabajar allí.

—¿Serías capaz de dejar tu vida en Escocia? ¿Renunciarías a trabajar en tu consulta particular, por ese otro puesto en mi ciudad? —Teresa está muy sorprendida, nunca hubiera imaginado lo que iba a suceder respecto a Daryl.

—Por ti haré lo que haga falta, sé que diriges la empresa de taxis y tienes mucho trabajo, por lo que he supuesto que no puedes quedarte a vivir en Escocia.

—Supones bien, estos últimos meses he estado aquí para sustituir a Keyla, pero ya no puedo quedarme más tiempo.

—He decidido irme a Zaragoza, seguiré dirigiendo mi empresa de whisky desde tu país. No quiero vivir lejos de ti, alquilaré un piso, ¿qué te parece?

—Pues, ¿qué quieres que te diga? Es muy buena idea, quiero conocerte más y ver qué surge más adelante entre nosotros. —Al decir estas palabras, Daryl la coge en brazos y la besa. Es feliz cuando está con ella. Teresa ha puesto su vida patas arriba en el poco tiempo que hace que la conoce.

Cuando se despide de él, que ha prometido coger el mismo avión que ella, Teresa, muy emocionada, llama a Keyla para contárselo. Ya sospechaba que había algo entre ellos, pero nunca imaginó que todo iría tan rápido. Por lo visto, en cuanto Daryl se ha enterado de que la muchacha regresa a España, no se lo ha pensado dos veces y ha confesado lo que siente por ella.

—Me alegro mucho por los dos, hacéis muy buena pareja y sé que seréis felices. Jamás pensé que dos de mis mejores amigos saldrían juntos, mereces estar con un chico que te valore y te respete. Daryl es un hombre admirable también muy afortunado, sale con la mejor mujer que ha podido conocer —responde Keyla con alegría.

—Gracias, cariño, sé que la noticia te haría muy feliz, por esa razón has sido la primera

persona en conocerla. Eres mi hermana, no lo olvides. En cuanto regreses alguna vez a Zaragoza, volveremos a disfrutar de nuestras juergas en la mejor discoteca. En este país las he echado en falta.

—Me gustaría ver la cara de tus padres cuando les digas que sales con un inglés, ¿recuerdas cuando nos mofamos de uno porque no sabía hablar español? Madre mía, si es que mira que tenemos anécdotas para contar.

—Ya ves si me acuerdo, estaba coladito por ti. Como no lo entendíamos, nos indicaba por gestos que solo pretendía bailar contigo. Un poco pesado sí era, la verdad. Entre eso y que habíamos bebido más de la cuenta, me harté de reír al ver que le diste calabazas.

—Solo tenía intención de escaquearme, como bien dices, era muy empalagoso. Menos mal que no volvimos a vernos porque hubiera sido un problema, y eso que desde el principio le dejé bien claro que no quería enrollarme con él, no era mi tipo.

—Si es que no podría haber tenido una amiga mejor que tú. Respecto a mis padres, no sé cómo reaccionarán cuando sepan que tengo novio, aunque mi madre ya sospecha que Daryl me gusta. Ha intentado sonsacar información, pero no lo ha conseguido. Tengo confianza con ella, sin embargo, no he querido decirle nada hasta que no esté en Zaragoza.

—¿Seguirás viviendo con tus padres? Te lo pregunto porque ya es hora de que te independices, dudo que Daryl quiera ir a verte a tu casa tan a menudo como si estuvieras sola.

—He pensado en eso también, en cuanto llegue, busco un piso y me traslado cuanto antes. Quiero disfrutar con mi chico todos los momentos que tenga libre. Con mis padres en casa, sería misión imposible dar rienda suelta a mi imaginación con Daryl, ya me entiendes.

—Lo sé, eres muy fogosa, no discrepo. Como es normal, necesitaréis momentos de intimidad. Viviendo todos bajo el mismo techo, dudo que los podáis tener. —Teresa asiente, se despide de ella para seguir haciendo el equipaje, pero con más ilusión que un rato antes, sabe que no se va sola de Escocia, sino con el chico de sus sueños.

Por su parte, Keyla también echará de menos a su amiga, es maravillosa, qué va a decir. Continuará su vida en Peebles, que es la razón por la que llegó a este país solo unos meses atrás. Volverá a conducir su taxi y a retomar lo que se vio obligada a dejar cuando tuvo el accidente.

El chico de la bici que se cruzó en su camino aquel día ha intentado disculparse varias veces. Ella lo ha perdonado, también le ha pedido que olvide el incidente. Cualquier persona puede despistarse en algún momento, no se puede evitar y así se lo dijo al muchacho que estaba muy nervioso por lo sucedido. Se sentía culpable. Ella intentó tranquilizarlo para que no tuviera remordimientos.

Alexander ha prometido estar cerca de ella. Con él y los padres, y como no, los dos amigos andaluces, sabe que tiene otra familia con la que puede contar si necesita algo y no se sienta sola en Peebles. Un día de los que estuvo de baja, Bonnie fue a verla a su casa y a la misma vez, conoció a sus padres que le cayeron muy bien. Ella es como un ángel que intenta hacer la vida más bonita a todas las personas que tiene a su alrededor.

La vida por fin le sonríe a la taxista, los últimos meses han sido muy difíciles. Al colgar el teléfono tras hablar con Teresa, les dice a sus padres que Daryl se va con ella.

—Yo intuía que se gustaban, hacen muy buena pareja —contesta Alicia al saber que el inglés y la amiga de su hija salen juntos y comenzarán una nueva vida en Zaragoza. Keyla la está ayudando a preparar el equipaje, su madre lleva la maleta llena de ropa y objetos de recuerdo para sus vecinas y amigos. Es muy generosa, disfruta comprando cosas para los demás.

—Os echaré de menos, mamá. Me he acostumbrado a estar con vosotros en esta casa y cuando os vayáis la veré vacía.

—Keyla, me voy tranquila porque sé que te dejo en buenas manos, en todo este tiempo que hemos estado aquí, he visto cómo te trata Alexander. Es un hombre que nunca te defraudará, sé que siempre te ayudará en lo que pueda. Cualquier día te declarará su amor, ya lo verás —comenta Alicia muy convencida de sus palabras. Ha notado el interés que Alexander muestra hacia su hija. Su intuición no la engaña.

—¿Ya das por hecho que me gusta? ¿No cuenta mi opinión?

—No soy tonta, cariño, aunque no lo hayas admitido aún, os habéis enamorado. He visto cómo os brillan los ojos cuando estáis juntos.

—¿Sabes, mamá? Yo siempre he dado mucha importancia a las personas que intentan que la vida de otras sea más fácil, y él es uno de ellos.

—El amor que sientes es el que hace que lo veas perfecto, aunque reconozco que ha demostrado quererte mucho. Ha estado acompañándote en momentos difíciles y es de agradecer.

—Sí, estoy enamorada de él, voy conociendo tanto sus virtudes como sus defectos. Para mí tiene mucho valor lo que ha hecho, admito que ha sido un gran apoyo. —Keyla le guiña un ojo a su madre, le gusta mantener largas conversaciones con ella. Sabe escucharla y da buenos consejos, que a veces aplica y otras no. Alicia lo hace con buena intención, pero no siempre su opinión es la correcta.

—¿Te das cuenta cómo puede cambiar tu vida sin esperarlo? Cuando cumpliste quince años, que papá y yo nos separamos, dijiste que nunca te enamorarías porque estabas muy decepcionada debido a que se rompió nuestra relación. Por fin has reconocido tus sentimientos. Estoy sorprendida, la verdad.

—No hay quien me entienda, es cierto, ni yo misma hubiera dicho que me iba a enamorar como una colegiala. —Ríen a carcajadas debido a la que le parece una absurda situación la de entonces, una vez más, se arrepiente de su comportamiento infantil. Para ella fue traumático ver que su madre se iba de casa, aquella sensación de desamparo, nadie la puede borrar de su cabeza.

—Hace once años, te dije que algún día sabrías lo que es el amor y veo que ha llegado ese día, me alegro mucho por ti. —Se acerca a su hija para darle un abrazo.

Capítulo 12



Confesiones íntimas en el diario

Pasados dos días, Keyla se despide en el aeropuerto de sus padres, también de Eloy, Mercedes, Teresa y Daryl que viajan en el mismo avión con destino a Zaragoza. Todos han sido un gran apoyo cuando más los ha necesitado. No puede evitar las lágrimas, nunca le han gustado las despedidas y ver irse a unas cuantas personas que le importan, la deprimen. Se queda en el aeropuerto hasta que despega el avión hacia Zaragoza. Cada uno de los que se han ido, le ha aconsejado lo mismo, que no tarde mucho tiempo en declarar sus sentimientos a Alexander. Es como si hubieran leído su pensamiento. Nunca creyó que fuera tan evidente para los demás lo que siente por él, está visto que, aunque lo negase, ninguno la creería. Necesita tiempo, antes quiere estar segura de que él también la ama, no quiere meter la pata.

Cuando ve despegar el avión donde viaja su familia y amigos, va hacia el parking para buscar su coche. Es su primer día de trabajo tras un largo paréntesis debido a su accidente. A la media hora de volver a conducir el taxi, recibe una llamada de Bonnie, por lo visto está de compras y quiere que la recoja para llevarla a casa. Una vez que llega al lugar, baja del coche con intención de ayudarle a guardar las bolsas de la compra en el maletero.

—Hola, Bonnie, vas muy cargada, ¿cómo estás? —Se acerca a ella para darle dos besos y

coger las bolsas que la buena mujer lleva en la mano.

—Gracias, estoy perfectamente, me alegra saber que tú también. Tenía ganas de verte conducir, no sabes lo feliz que me hace saber que vuelves a ser tú misma.

—Eres increíble, gracias por tu cariño. Quiero que sepas que mis padres te aprecian mucho. De hecho, me han pedido que te diga que cuando vuelvas a España, vayas a su casa.

—Ellos también son encantadores, lo tendré en cuenta, seguro que Diarmad y yo iremos a hacerles una visita.

—Sé que todos lo pasaréis muy bien en Zaragoza. Me hace feliz saber que tenéis bastantes cosas en común.

—Lo cierto es que Diarmad me dio una bonita sorpresa el otro día. Según me dijo, hace meses hizo la reserva para nuestro crucero por el mar Mediterráneo. Aparte, cuando el barco amarre en Barcelona, quiere que vayamos a hacer ruta por tu país. A Zaragoza también iremos, por supuesto. Me siento muy cómoda en compañía de tus padres y sus respectivas parejas.

—¿Ya tienes todo lo necesario para el viaje?

—Me faltaban unas cosas, por eso he ido de compras. En algunos países europeos, el clima es más cálido que aquí y he querido comprarme ropa más adecuada para ese viaje.

—¿Cuándo os vais? —pregunta Keyla mientras conduce hacia la mansión de los McMoray.

—Pasado mañana, tengo muchas ganas de ir. Siempre me ha llamado la atención hacer ese crucero, así como ver mejor algunas ciudades de tu país. Mi marido lo ha tenido en cuenta.

—¿Estaréis fuera varios días?

—Sí, tal vez un mes, por eso no descarto ir a ver a Jesús y Alicia.

—Cuando estéis por Zaragoza, te doy su número de teléfono y os ponéis en contacto, ya de paso podrán conocer a Diarmad. —Keyla sonríe de forma cariñosa al decir estas palabras. Al llegar a las tierras de los McMoray, aparca el coche y se dispone a despedirse de Bonnie, quien después de pagar la tarifa del taxi, no está dispuesta a dejarla marchar sin invitarla a tomar algo en casa. Keyla acepta a regañadientes. Cuando entran, no esperaba que al otro lado de la puerta estuviera el hombre que ama.

—Bienvenida, menuda sorpresa que estés aquí. —Alexander sonríe, se acerca a la taxista para darle dos besos en la mejilla. Aunque los escoceses suelen saludarse con la mano, él se está adaptando a las costumbres de Keyla.

—Ella ha venido a acompañarme y la he invitado a tomar algo con nosotros. —Bonnie responde a su hijo antes de que lo haga ella.

—Sí, pero pronto me iré, no puedo entretenerme mucho, el trabajo me espera —contesta la muchacha.

—Cariño, te he comprado unos regalos para agradecerte lo buena que eres conmigo. —Le entrega un par de bolsas dejándola tan asombrada como a Alexander, quien no conocía las intenciones de su madre. Cuando abre los regalos, se queda anonadada. Bonnie le ha regalado ropa y calzado adecuados para montar a caballo.

—Muchísimas gracias, esto es demasiado para mí —responde con sinceridad.

—Mamá, ¿cómo es que no me lo habías comentado? Me hubiera gustado saber que le ibas a regalar todo el equipamiento de montar. —Alexander sigue desconcertado. Por su tono de voz, se ve a simple vista que no le ha hecho gracia el regalo que su madre ha hecho a la chica.

—A ti también quería darte una sorpresa. Una vez, Keyla me comentó que le encantan los caballos. Papá y yo nos vamos de viaje, mientras estemos fuera, he pensado que ella puede montar a mi yegua, es dócil y no la tirará al suelo. —Bonnie está entusiasmada con la idea.

—Pero ¿le has preguntado si está de acuerdo? Eres genial y has tenido una excelente idea,

aunque antes de comprarle ropa deberías haberte interesado por su opinión, ¿no crees? A lo mejor ella no quiere aprender a montar.

—Bueno, en realidad quiero hacerlo desde hace años, pero nunca he podido por varias razones.

Keyla explica que un amigo de su padre tiene una casa rural en Zaragoza y alquila habitaciones por temporadas. Como actividad para los huéspedes que lo contratan, organiza excursiones a caballo por los alrededores de la casa. Es una zona boscosa, con amplios caminos de tierra. Siempre ha querido montar, pero por falta de tiempo no ha podido, por más que el buen amigo de Jesús haya insistido. Le sabe muy mal que Bonnie le haya hecho ese regalo tan costoso, ha pensado en pagarlo, pero está dudando. Cree que, si lo refiere, la mujer se ofendería, ante todo no quiere herirla. Se siente acorralada, sin saber qué hacer. Finalmente, opta por callarse y aceptarlo.

—¿Ves, hijo? Al final no ha sido mala idea, además, tú puedes ser su profesor de equitación. Se te da muy bien enseñar, no será la primera vez que lo hagas.

—Eres incorregible que lo sepas —dice de forma tajante. A simple vista se intuye que no le ha gustado esa intromisión por parte de su madre. Quiere disimularlo, pero su cara en estos momentos es un fiel reflejo de lo que siente. Intenta comprender la actitud de Bonnie y cree adivinarla. Está convencido de que ha ideado un plan desde hace días para que entre Keyla y él haya un acercamiento. Odia que se entrometa en su vida. Una cosa es darle un consejo y otra muy distinta que intente hacer de celestina, por ahí no pasa. En cuanto la chica se vaya, después de tomar el café con leche que está bebiendo, piensa reñir a Bonnie. Le pedirá que no se inmiscuya más, no duda que lo hace con buena intención, pero él no quiere esto. Pretende lograr el amor de la mujer que ama, demostrando sus sentimientos abiertamente y sin ayuda de nadie.

—Pues si a Alex le parece bien, no me importa que sea mi profesor. Bonnie, montaré tu yegua en mis clases de equitación. Una vez más te doy las gracias, eres maravillosa. —Keyla se ha percatado de la tensión que hay entre madre e hijo y no quiere ser un motivo de disputa entre ellos.

—Yo encantado, te advierto que soy muy exigente con los alumnos que se apuntan a mis clases. —Al sonreírle de forma descarada, y sentir su contacto mientras le susurra esas palabras al oído, la muchacha no puede evitar ruborizarse imaginando apasionados momentos junto a él.

Bonnie ha salido del salón al recibir una llamada en su teléfono móvil y no ha podido ver las miradas cómplices de los dos.

Si la taxista pudiera, allí mismo besaría al guapo escocés.

Es un hombre extrovertido y seductor, su mirada es pícara y tiene cierto aire de malote, del tipo que le gustan. Un chico que no solo es guapo y atractivo, sino que sabe mantener una buena conversación de cualquier tema que surja. La mayoría de las veces la hace reír con sus comentarios.

Desde que recuperó la memoria, no han tenido ocasión de hablar entre ellos sobre los momentos que habían compartido antes de su accidente y eso la tiene confundida.

No sabe si él siente algo por ella, o si las veces que estuvieron juntos supuso solo sexo para Alexander.

No le gustaría descubrir que sus continuas atenciones hacia ella, mientras ha estado convaleciente, hayan sido por lástima. Está dispuesta a descubrirlo cuanto antes para no hacerse demasiadas ilusiones respecto a él.

Sabe utilizar sus armas de mujer para intentar seducir a un hombre.

—Lo tendré en cuenta, tienes que saber que soy una alumna muy aplicada, pero tendrás que

esforzarte mucho para lograr que me convierta en una buena amazona. —Se aproxima para darle un beso en la mejilla, está decidida a flirtear con él todas las veces que sean necesarias. Alexander se excita al imaginarla cabalgando desnuda a lomos del caballo. La erótica escena pasa por su mente. Se queda mudo al no saber qué contestar.

—Hijo, ¿te pasa algo? —pregunta su madre al verlo ensimismado.

—No, no, pensaba en mi negocio —miente para no ser descubierto, mirando a Keyla que le sonríe haciéndose la inocente, intuyendo que estaba pensando en ella.

—La compañía es muy grata, pero me tengo que ir, se me hace tarde, debo volver al trabajo. —Keyla se despide de Bonnie, deseándole buen viaje. Coge las bolsas de ropa de equitación e informa que se la probará en casa.

—Nos veremos a mi vuelta, cariño. Aprovecha tus clases, estoy convencida de que cuando regresemos Diarmad y yo, habrás disfrutado mucho descubriendo nuestras tierras montando a mi yegua.

—Avísame el día que vayáis a Zaragoza para decírselo a mis padres. Disfrutad mucho del viaje, ya me contarás —responde la joven desde el asiento del coche, Alexander y Bonnie han salido de casa para despedirse.

Él la ha invitado a cenar esa misma noche para celebrar su vuelta al trabajo. Al verla marcharse, se queda mirando el coche hasta que Keyla se aleja por el camino.

Ama a esa mujer con toda su alma, no puede decir desde cuándo. Solo sabe que movería cielo y tierra por hacerla feliz, espera que ella sienta lo mismo.

Cuando entra en casa junto a su madre, le recrimina su atrevimiento. El hecho de haberle comprado a la chica el equipo completo de equitación, lo considera excesivo.

—No te preocupes por lo que yo haga, céntrate en tu felicidad —responde una sonriente Bonnie.

—Que sea la última vez que intentas inmiscuirte en mi vida privada, no me ha hecho ninguna gracia que te hayas tomado tanta confianza con ella, apenas la conoces.

—Te pones muy feo cuando te enfadas.

—No intentes ignorarme, sabes que tengo razón. Ella ha aceptado el regalo por educación, pero ¿te has preguntado si quería que escogieras su ropa? —pregunta a Bonnie que tiene prisa por terminar la conversación.

—Bueno, aquí lo dejamos. Tengo que preparar mis maletas. Tu padre está a punto de llegar.

—Muy bien, te dejo tranquila, no quiero ser insistente. Divertíos mucho en vuestro viaje —dice a sus padres. Diarmad acaba de entrar al salón y no ha escuchado la conversación que han mantenido madre e hijo, este último se despide de ellos. Tiene un bonito plan para esa noche. Quiere disfrutar de una rica cena junto a la taxista.

—Vamos hablando, ya te llamaremos. —Diarmad y Bonnie le dan un abrazo antes de irse.

Mientras conduce de vuelta a Edimburgo, Alexander reflexiona sobre cómo ha transcurrido toda su vida.

Siempre ha tenido lo que ha querido, una infancia perfecta con unos padres ejemplares que han procurado darle lo que han considerado que era lo mejor para él. Estudió en los mejores colegios, con alumnos de clase media. En casa, lo han educado para tratar a la gente por igual, sin ninguna distinción por su clase social ni por su economía. Bonnie le ha enseñado a empatizar con las personas, a tener humildad y eso le ha servido para ser un hombre muy admirado por quienes lo conocen. Nunca le han gustado las mujeres que han intentado acercarse a él por su dinero.

Es muy desconfiado en ese aspecto.

A más de una mujer, la ha alejado de su vida al darse cuenta de que solo lo quería por su posición social.

Está acostumbrado a tratar con gente distinguida, algunos de ellos incluso con títulos nobiliarios, pero no los ve diferentes a las demás personas, de hecho, considera que no lo son.

Al conocer a Keyla, ha descubierto a una mujer que apenas da importancia al dinero, es desinteresada en ese aspecto.

Cuando salen a algún sitio, la muchacha no permite que él pague la cuenta a no ser que la haya invitado con antelación. La primera vez que quedaron para comer, en un restaurante famoso de cinco tenedores, la taxista propuso que los gastos fueran a medias. Alexander quiso invitarla, Keyla se ofendió por su insistencia, la cara de ella era como un espejo, mostrando indignación. Él terminó entendiendo su postura, poniéndose en su lugar. No quiso discutir con ella por ese motivo y desde entonces dividen los gastos de las consumiciones cuando salen juntos.

—¿Qué tal estás? —pregunta a Keyla por teléfono desde el coche mientras va conduciendo con el manos libres.

—Hola, soplagaitas —esta palabra lo hace reír cuando la escucha de sus labios—, de momento bien. Hoy tengo una jornada tranquila, estoy sola en este momento y puedo hablar contigo. Ya tenía ganas de volver a conducir el taxi.

—Es normal, te confieso que yo también estaba deseando verte al volante. Cuando te he visto alejarte de casa de mis padres me he emocionado, estoy orgulloso de ti. Por cierto, ¿tienes algún plan esta noche?

—Sí, dentro de un rato iré a comer al SaLuMa, después trabajaré unas horas más. Después iré a casa a ducharme y vestirme para la ocasión. Esta noche tengo una cita con un guapo escocés. ¿Te lo había comentado?

—¡No me digas! Ese hombre debe sentirse muy afortunado al cenar con una mujer tan encantadora como tú. ¿A dónde iréis?

—Pues si te digo la verdad, no lo sé, a él se le da muy bien sorprenderme.

—¿Celebráis algo? Tengo entendido que solo hace unos meses que os conocéis.

—Sí, mi vuelta al trabajo y a mi vida anterior —responde ella muy emocionada siguiendo el juego de seducción. Aún no cree que se haya recuperado de la amnesia que sufrió. Lo que pasó, nadie puede cambiarlo. Está decidida a pasar página y dejar el pasado atrás.

—Pues entonces, déjate sorprender. Te pasaré a buscar a las siete. Un beso, ¡preciosa!

Al colgar el teléfono, Alexander sigue conduciendo en dirección a Peebles.

Antes de llegar a casa, compra tulipanes rojos para ella en la floristería, encargó una docena el día anterior. Espera que la cena íntima le guste a la taxista.

Ha planeado que sea en su casa, lejos de miradas y posibles periodistas alrededor.

Será una cena típica escocesa en la que tendrán tiempo para conversar. Un buen amigo suyo se ha llevado a casa a Magic para que no los moleste.

Está nervioso, ha soñado muchas veces con este día. Nadie de su entorno sabe que tiene una invitada muy especial.

Antes de ir a despedirse de sus padres, esa misma mañana, estuvo limpiando el piso. Bonnie le insiste que debe contratar a alguien para que lo ayude a hacer las tareas, pero se niega, es muy ordenado y odia que una extraña toque sus cosas.

Cuando estudiaba en la universidad, y tenía los libros y los apuntes en la habitación en la cual dormía en casa de sus padres, tampoco quiso que la señora de la limpieza entrara. Prefiere encargarse él mismo de su espacio personal.

A las siete de la tarde, llama al timbre de la puerta de Keyla.

Cuando la ve salir, se queda anonadado.

La chica está radiante con su abrigo blanco, debajo tiene un vestido negro, largo y ceñido, con escote palabra de honor que le sienta genial, mostrando sus generosos senos que le gusta tanto acariciar. Lleva su abundante cabello suelto, moviendo su buena melena con orgullo.

Los ojos de Alexander delatan lo mucho que la admira, el deseo es incontrolable. Cuesta mucho reprimir sus impulsos.

—¡Estás deslumbrante! —dice besando su mano con admiración.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal, me encanta el traje típico escocés, el kilt te sienta de maravilla, la verdad. No esperaba que te lo pusieras esta noche, nunca te lo había visto —anunció ella con sinceridad.

—Lo cierto es que solo me lo pongo para ocasiones especiales.

—Pues deberías llevarlo con más frecuencia.

—Esta noche quiero que disfrutemos de una velada inolvidable. Eres mi invitada y me gustaría ser un buen anfitrión, por eso he comenzado vistiéndome de manera tradicional.

—¿Intentas seducirme? —pregunta sonriendo y cogiéndose al brazo del muchacho, caminando en dirección a su casa.

Al llegar, la ayuda a quitarse el abrigo antes de ofrecerle una copa de vino.

Keyla ve la mesa del salón muy bien decorada, en el centro, encima del mantel, hay un gran jarrón de tulipanes.

Por segunda vez, él ha recordado que son sus flores preferidas y lo ha tenido en cuenta, hecho que valora. Siempre le han gustado los hombres detallistas, nunca le importaron los regalos de mucho valor, sin embargo, es muy importante para ella que el chico que le gusta tenga en cuenta tanto sus preferencias personales, como musicales y demás.

En definitiva, que conozca sus aficiones en general, ya que demuestra tener interés hacia ella.

En ese momento, mientras están sentados en el sillón, disfrutando de su copa y charlando de diversos temas, Alexander decide poner música.

Suena un tema romántico de uno de sus solistas españoles preferidos y la invita a bailar. La agarra de la cintura apretando su cuerpo al de la joven percibiendo su perfume. Keyla extiende los brazos a su cuello, la atracción entre ambos es muy fuerte.

—Ni te imaginas las veces que he soñado con tenerte tan cerca —le susurra al oído mientras ella se estremece con sus palabras.

—Reconozco que también ansiaba que llegara este momento. Al recobrar la memoria, recordé nuestros efusivos recuerdos del pasado en los que hicimos el amor, estábamos muy bien juntos, ¿no te parece? —responde ella rozando sus labios con la lengua, a él le cuesta contenerse, está deseando besarla, pero antes Keyla tiene que conocer sus sentimientos.

—Sí que lo estábamos. De hecho, tenía ganas de mantener contigo una conversación sobre nosotros. Desde que tuviste el accidente no hemos tenido ocasión de hablar a solas, quiero hacerte una pregunta.

—Dispara, pregunta lo que quieras.

—Antes quiero hablarte de mis sentimientos aun a riesgo de que me rechaces. Eres la primera mujer que me importa de verdad.

—Me siento halagada, Alex, vas a hacer que me ruborice. —Ella decide volver al sillón para continuar con la conversación, él la sigue y se sienta a su lado, acariciando su cabello con suavidad.

—Keyla, para mí eres un rayo de sol en Edimburgo. Sé que te sorprende mi comentario y quizás te parezca que es demasiado romántico, pero es lo que siento, así soy yo.

—Tus palabras son muy profundas, me recuerdan al título de aquella película que vimos en casa *Un rayo de sol en mi vida* —comenta emocionada, tiene ganas de escuchar lo que él ha decidido decirle.

—La primera vez que te vi, el día que subí al taxi, ya me gustaste, pero, por otro lado, no te soportaba por tu chulería, aunque en mi interior te admiraba, lo sigo haciendo. Me pareces una mujer increíble en todos los aspectos. Poco a poco, te voy conociendo mejor. Estoy loco por ti, eres una mujer encantadora.

—¡Y tú, un hombre maravilloso!

Sin pensárselo dos veces, se acerca y besa sus labios. Se dan un beso largo, muy deseado por los dos.

Se olvidan de la cena mientras continúan besándose y quitándose la ropa, van hacia la habitación donde hacen el amor en la amplia cama, entre sábanas de seda.

Atrás quedaron los malos recuerdos que sufrieron juntos.

—Me has embrujado por completo, te amo. Hasta que te he conocido, no sabía lo que era el amor. Me gustaría que saliéramos juntos, que seas mi pareja para conocernos más —le declara Alexander mientras enreda los dedos en el sedoso cabello de Keyla. Ella tiene la cabeza apoyada en su pecho y escucha con atención. Es un instante único e irrepetible, minutos antes, él la ha hecho muy feliz en la cama.

—Alex, yo también siento algo por ti, sin embargo, creo que nos estamos precipitando. Debo irme a casa, disculpa, ya quedamos otra noche. Siento dejarte aquí plantado y con la cena lista, sé que no tengo remedio, pero es que soy muy impulsiva.

La taxista coge su ropa del suelo y comienza a vestirse. Está dispuesta a marcharse del piso cuanto antes, sin mirar atrás.

—¿De qué tienes miedo, Keyla Cárpena? Acabo de confesarte mi amor, ¿tanto te ha sorprendido que me haya declarado?

—Te he pedido disculpas, Alex, recuerda que de momento quedamos en que solo habría sexo entre nosotros, no me esperaba esto.

—Sé que dijimos que entre nosotros solo habría sexo, pero no tengo la culpa de haberme enamorado de ti como un adolescente. Intentas huir despavorida y no entiendo por qué, creo que merezco una explicación. Por favor, sé sincera conmigo y dime qué temes.

Alexander disimula su mal humor, lo disimula muy bien para no herirla.

Está muy asombrado por la actitud de la taxista que, al vestirse, ha cogido su bolso con intención de correr en dirección a su casa. No se ha visto capaz de decirle que está bloqueada pese a verlo muy sorprendido. Él se ha mantenido inmóvil y no ha ido tras ella para respetar su decisión.

Este 20 de abril, siempre lo recordará por haber declarado su amor a una mujer por primera vez.

Poco después, lloró por ella como un niño.

Es un hombre muy maduro, pero no se esperaba ese comportamiento por parte de Keyla, que se ha marchado sin darle una explicación por su desconcertante actitud hacia él.

20 de abril de 2025

Acabo de llegar a casa, iba caminando tan nerviosa por la acera, que

incluso no he visto a una señora mayor que venía en dirección contraria a mí y por poco no la tiro al suelo. Suerte que iba agarrada del brazo de su hija porque de lo contrario, la pobre anciana estaría con alguna fractura de huesos debido al golpe, ya que yo caminaba a gran velocidad. La hija me ha puesto de vuelta y media, a base de insultos.

¿Justificados? Pienso que no, pero puedo llegar a entenderla.

He sentido mucha vergüenza, ni siquiera he querido contestar al pasar de largo después de pedirles disculpas.

¿Es que yo no puedo tener un día horrible, como tanta gente que conozco?

A veces hay que tener un poco de empatía hacia el prójimo, digo yo.

Estaba deseando abrir la puerta de mi piso para respirar hondo y poder tranquilizarme.

La sensación de angustia me oprimía el pecho.

Me siento culpable por haber huido como si fuera una cobarde. No he actuado bien con Alexander y por esa razón he venido a toda prisa para llegar a casa lo antes posible.

Necesitaba desahogarme una vez más entre las páginas de este diario que nadie leerá excepto yo.

Tengo una taza de tila en mi mano izquierda, es lo único que me va a relajar una vez que la beba. Me ha dolido mucho dejar allí plantado a Alexander después de hacer el amor con él, porque la cita ha comenzado muy bien.

He disfrutado del sexo con mi escocés como en las ocasiones anteriores, antes de sufrir mi accidente.

Cuando me estaba vistiendo con intención de marcharme, sus preciosos ojos me miraban con impotencia, nunca se me olvidará.

Sé que le he hecho daño y no se lo merece.

Admito que soy una cobarde que presume de ser sincera y transparente y no tengo valor de expresar con claridad lo que siento por él, incluso por momentos, me cuesta asimilar que estoy locamente enamorada.

El miedo me ha vuelto a dominar, no he sido capaz de afrontarlo.

He puesto la excusa de que solo le pedí que hubiera sexo entre nosotros, pero ni yo misma me la creo, antes de conocerlo tal vez era lo único que

buscaba en un chico, sin embargo, con él todo es diferente.

Hace latir mi corazón como nadie.

Algún día, le explicaré mis razones, quiero que sepa el motivo real de mi bloqueo.

Reconozco que estoy dejando escapar una bonita oportunidad de vivir mi primera historia de amor con un hombre que me ha ayudado tanto.

Me siento cómoda cuando estamos juntos, nos divertimos y me hace reír con sus frecuentes bromas. Los fantasmas del pasado, respecto a mi rechazo al amor que pensé que estaban olvidados, me siguen persiguiendo.

Cuando Alexander ha hablado de sus sentimientos, me he sentido la mujer más feliz del mundo, por un momento he imaginado nuestro futuro como si fuera la escena de una película de cine romántico.

Deseaba un final feliz para nuestra apasionada relación.

A los pocos segundos de oír sus bonitas palabras, he sentido miedo a expresar lo que siento, a veces las palabras que no se dicen se quedan enterradas y hacen que duela el corazón.

Quiero con locura a Alexander, pero sigo sintiendo pavor a que me abandone algún día.

Sé que tengo un problema a causa de mis emociones contradictorias, la pura realidad es que un hombre maravilloso está enamorado de mí y debería sentirme la mujer más feliz del universo, en cambio, no es así.

En este preciso instante, no estoy junto a él y es una verdadera lástima.

Soy una idiota por no saber aprovechar la oportunidad de ser feliz junto a un chico que me ama sin condiciones, me siento estúpida al haberlo alejado de mí.

Quizás aún es pronto para que forme parte de mi vida, aun amándolo con toda mi alma.

Reconozco que me ayudó mucho mientras estuve con amnesia y se lo agradeceré siempre.

Hacerle daño es lo que más me duele.

Estoy confundida, ¿tendré miedo al compromiso?

¿O tal vez a que, si comienzo una relación con Alexander, terminemos como mis padres, cada uno por su lado?

No pretendo que mi relación sea eterna y dure hasta que la muerte nos

separe, pero al menos me gustaría comenzar una bonita historia sólida y sin posibles desengaños.

Es mucho pedir, ya que no hay nada seguro en nuestra vida, en cambio, no soportaría que él me dejara.

Creo que lo mejor es no comenzar nada serio, prefiero ir despacio.

Odio ser tan insegura e inestable, aunque no lo puedo evitar.

Mi vida es como una rueda, gira y gira sin parar y ni yo misma me entiendo.

Intento dejar el pasado atrás, olvidarme de todo, sin embargo, es casi imposible.

No sé si me equivoco con esta decisión, pero prefiero alejarme un tiempo de él, al menos hasta que sepa qué hacer.

Debo valorar si quiero seguir viéndolo los próximos días o, por el contrario, es preferible esperar un tiempo prudencial hasta estar segura de cómo debo actuar.

No tengo ninguna intención de decirle cara a cara lo que he decidido, de hacerlo, temo caer de nuevo en sus brazos.

Enviaré un mensaje a su teléfono, que el destino haga el resto.

Capítulo 13



Un rayo de sol en Escocia

Alexander ha leído el mensaje una y otra vez, ha pasado un mes desde que Keyla se lo envió y aún le sigue sorprendiendo porque no se lo esperaba. En esas palabras, ella confiesa tener miedo de comenzar una relación sentimental, insiste en que, si se diera el caso de salir juntos y no funcionara, se sentiría culpable de romperle el corazón. Tampoco está dispuesta a sufrir si él la abandona y por ese motivo, pidió tiempo.

Él no quiso contestarle para no agobiarla, considera que si necesita tiempo para aclarar sus sentimientos no se opone a darle el que sea necesario, pero la echa de menos, no puede evitarlo.

Se despierta algunas noches mientras sueña con ella, sobre todo al extender su brazo y ver que no está a su lado. Edimburgo es diferente desde que Keyla, su brillante rayo de sol, como suele llamarla, se ha alejado de su vida.

Ese hecho le produce amargura.

La ha visto en varias ocasiones y ha tenido que reprimir el deseo de acercarse a ella, se saludan a distancia como si fueran dos extraños. Es difícil no poder acariciarla, la desea tanto que le duele hasta el alma.

Durante los últimos treinta días, ha intentado centrarse en el trabajo para no hundirse, la

empresa de whisky ha obtenido un gran reconocimiento a nivel internacional y cuenta con nuevos clientes.

Gracias a ello, la producción ha aumentado, por lo que ha tenido que viajar con frecuencia a otros países. Está satisfecho a nivel laboral, debería estar orgulloso por lo mucho que ha conseguido, pero su situación personal no puede ser más deprimente.

Hasta hace poco tenía la esperanza de comenzar una apasionada historia con Keyla. No se explica por qué han llegado a este punto sin retorno, está desconcertado. Suena el teléfono y lo coge.

—Hola, Alexander, ¿cómo va todo?

—Daryl amigo, gracias por tu interés. Mi vida es un desastre desde que ella me alejó.

—Imagino lo mucho que estás sufriendo, te entiendo. Teresa suele hablar con Keyla bastante a menudo. Sé que vuestra relación no va cómo hubieras deseado.

—Creía que sentía algo por mí, pero por lo visto estoy equivocado.

—Tranquilízate, ya aclararéis las cosas entre vosotros. No quiero entrometerme, ahora estás enfadado, es normal. Yo en tu lugar también estaría desesperado.

—Soy un hombre muy paciente, puedo llegar a entenderla, me pidió tiempo y se lo estoy dando, pero no comprendo su actitud. Cuando nos vemos por la calle, por casualidad, está distante conmigo. Su indiferencia me hunde por completo.

—Espero que muy pronto podáis cambiar vuestra situación. Te llamo para que sepas que ella viene mañana a Zaragoza, Teresa me ha pedido que te lo diga.

—Gracias a los dos, Daryl. Has hecho bien en avisar, al no verla por Peebles me hubiera preocupado. Su vuelta a España, ¿es por algún motivo? ¿Estará muchos días allí?

—No lo ha dicho. Mi chica me ha comentado que viene a Zaragoza de vacaciones.

—Hace bien coger unos días libres para desconectar del trabajo. La última vez que nos vimos, ya me dijo que tenía intención de volver a su ciudad, supongo que habrá decidido hacerlo ahora.

—Por lo visto desea celebrar su cumpleaños junto a su familia.

—Es cierto, en unos días cumplirá veintiséis años. Si te digo la verdad, no sé qué he podido hacer mal para que haya tomado esta decisión. He hecho todo lo posible por verla feliz.

—Permíteme un consejo, imagino que es difícil ver las cosas desde fuera, pero creo que no deberías sufrir más. Sal con amigos y diviértete, el tiempo lo cura todo. Lucas y Santi también están cerca y sabes que son como de la familia, te ayudarán en tus momentos de bajón.

—Estaré bien, no te preocupes por mí. Seguimos hablando en otra ocasión, disculpa, tengo una llamada de negocios en la otra línea y debo atenderla. Te felicito, al menos Teresa y tú sois felices.

—Cuídate, amigo, te llamo en otro momento.

Alexander cuelga el teléfono, no era cierto que alguien lo estuviera esperando al otro lado de la línea telefónica, odia las mentiras, pero no sabía qué excusa poner a Daryl para no seguir escuchándole, continúa cabizbajo por lo sucedido con Keyla. Agradece que se preocupen por él, sin embargo, no tolera consejos de casi nadie.

A él mismo le parece rara su actitud, aunque sabe que la chica no piensa cambiar.

Está dolido, había hecho planes, soñaba con poder galopar con ella por varios lugares de Peebles mientras le hubiera dado clases de equitación.

En los próximos días, tenía previsto conducir su coche e ir con ella a la isla de Skye donde los McMoray tienen otra preciosa mansión.

Una vez allí, aprovechando el viaje, podrían haber hecho un recorrido por el castillo de Eilean Donan y, ya que Keyla había mencionado con frecuencia que está enamorada de las

fortificaciones escocesas, pretendía seguir haciendo de guía. En una ocasión, fue con ella a los castillos de Edimburgo y Stirling y le gustó muchísimo la visita.

También estaba dispuesto a caminar junto a la taxista por algunos pueblos costeros de las Highlands. Coger una pequeña mochila, chubasquero, ropa y calzado adecuado para practicar senderismo y recorrer junto a ella los mágicos paisajes escoceses. También soñaba con visitar el teatro y alguna ciudad europea en compañía de Keyla si hubiese aceptado su proposición.

Tenía tantos planes para disfrutarlos juntos, que incluso había escrito un plan para cada día de los que tuvieran libres en el trabajo, pero el sueño se ha esfumado.

Alexander ha comprendido que los sueños no siempre se cumplen por mucho que queramos realizarlos.

Quiere pasar página cuanto antes. No volverá a acercarse a la taxista si ella no desea tener una relación. Incluso la ha borrado de sus redes sociales para no saber nada de su vida. Es consciente que no es la mejor solución, pero al menos si no la ve, cree que no sufrirá tanto.

Sale de su despacho, se dirige al SaLuMa, una vez allí ve una mesa vacía y se sienta en una silla.

La camarera toma nota de lo que prefiere para comer.

Mientras sirven el primer plato, observa a una pareja que está en la mesa de al lado. Se les ve tan felices uno al lado del otro que siente envidia de ellos.

Está tan pensativo, que no se da cuenta de que Santiago se ha acercado a él.

—Alexander, ¿te gusta este vino? Pedí a la camarera que te trajera una copa, lo hemos recibido de unas bodegas andaluzas que tienen bastante fama.

—Sí, gracias, al probarlo, he percibido que tiene un sabor afrutado que me resulta agradable al paladar. Perdona, Santi, no te he visto venir.

—No me pidas disculpas, cualquiera tiene un despiste. A veces tenemos tantas cosas en la cabeza que nos olvidamos de lo que sucede alrededor.

—Es que últimamente no logro concentrarme, ella ocupa mi pensamiento.

—Sé que se ha ido unos días. En cuanto a vuestra relación, me consta que te ha pedido tiempo para aclarar sus sentimientos.

—Jamás pensé que me iba a doler tanto el corazón, solo pienso en ella, es todo mi mundo.

—Me sabe mal por vosotros, ojalá se solucionen vuestros problemas. Os aprecio mucho a los dos.

Alexander agradece sus palabras, al terminar de comer se marcha del restaurante.

Esta tarde no tiene mucho trabajo y necesita una distracción, llama por teléfono a tres de sus mejores amigos para salir a tomar algo.

A la media hora de llegar a un pub bastante conocido de Edimburgo, una despampanante chica morena, con unas bonitas curvas, no le quita ojo. Está sentada muy cerca, en uno de los taburetes de la barra del bar. Las miradas que le dedica no han pasado desapercibidas para sus amigos que le aconsejan aprovechar la ocasión y olvidarse de sus problemas sentimentales.

En ese momento, optan por salir del local y apartarse de su lado para dar más intimidad. Al ver que se queda solo, la mujer coge su bebida y va hacia él.

En ese mismo instante y a cierta distancia, un fotógrafo capta la imagen de ese encuentro con su cámara.

Sin previo aviso, hace una foto de la pareja justo cuando la muchacha se estaba presentando a Alexander dándole dos besos en las mejillas, muy cerca de los labios.

Él, que ha bebido un poco más de la cuenta, la coge por la cintura dispuesto a permitir que siga coqueteando. Es una joven muy llamativa y pretende olvidarse de Keyla, aunque sea por un

instante.

Al percatarse que le habían hecho una foto sin su consentimiento, corre hacia el fotógrafo profesional que huye al verse descubierto mientras hacía su trabajo.

Ha logrado esconderse hasta que ha salido al exterior.

Está dispuesto a que esa fotografía sea publicada junto a un buen titular de la revista del corazón europea, Alexander lo ha reconocido y sabe para quién trabaja.

Después de admitir que el hombre de la cámara es inalcanzable, vuelve a la barra y se disculpa con Penélope, que así se llama la acompañante que lo está esperando. De forma educada, la invita a una copa para disculparse por lo que acaba de suceder, se siente abochornado.

—Tú no tienes la culpa del incidente con el fotógrafo, si te digo la verdad, no entiendo por qué eres tan perseguido por la prensa —comenta ella al ver su preocupación.

—Yo tampoco lo comprendo.

—¿Eres alguien famoso tal vez?

—Solo un hombre de negocios que suele ser asediado por la prensa rosa, no me extrañaría que mañana mismo salga nuestra foto en alguna revista.

—Por mí no te preocupes, hoy día no tengo a nadie en mi vida a quien deba darle explicaciones, estoy libre como un pájaro.

—Me preocupo por si la foto llega a manos de una persona a la que quiero. Si ella la ve, mi vida será un auténtico desastre, más de lo que es.

—¿Estás casado, tienes pareja?

—Digamos que intenté ser feliz junto a una chica, pero me llevé una sorpresa cuando le hablé de mis planes de futuro. Me dio calabazas.

—Uy, no me digas que estás enamorado porque si es así, yo no quiero ser la responsable de hacerte olvidar a esa mujer.

—Te entiendo. Hasta hace poco tiempo, si te hubiera conocido por entonces, hubiéramos disfrutado mucho porque eres preciosa, pero mi pensamiento y mi corazón pertenecen a otra. Nunca podría tener sexo con ninguna mientras esté pensando en Keyla.

—No quiero indagar en tu vida privada porque apenas nos conocemos, pero déjame decirte, que la chica que mencionas es muy afortunada al ser amada por un chico como tú. Eres fiel a tus sentimientos y sobre todo a ella.

Dejan a un lado el tema sentimental y comienzan una entretenida conversación sobre Escocia.

Penélope Jiménez es una doctora cacereña que ha ido unos días de vacaciones por primera vez, ha pedido a Alexander algunas recomendaciones, sobre todo dónde comer bien durante su estancia.

Él, por supuesto, le ha aconsejado varios restaurantes de la ciudad, entre ellos da la dirección del SaLuMa, la muchacha le inspira confianza. Viaja sola, en su agenda tiene anotado el itinerario que piensa seguir para no dejar de ver los lugares más emblemáticos del país.

Al terminar su copa, Penélope se levanta del taburete dispuesta a marcharse del local. Se han intercambiado los números de teléfono por si alguna vez quieren volver a verse para charlar.

Alexander ha visto en ella a una buena persona, ideal para tener una bonita amistad, la chica le ha caído bien.

Una vez que se despiden, conduce su coche hasta casa, Magic, su perro, va hacia él cuando escucha la llave de la puerta, esperando uno de sus paseos diarios.

A los cuatro días de ese encuentro, sobre las nueve de la mañana, lo despierta una llamada de teléfono.

Bonnie le da la noticia, en la portada de una revista europea del corazón, sale una foto en la

que se le ve en actitud cariñosa con la atractiva Penélope, por lo visto el fotógrafo y periodista ha hecho bien su trabajo.

El titular da a entender que hay entre ellos algo más que amistad; PILLAMOS A ALEXANDER MCMORAY EN COMPAÑÍA DE UNA PRECIOSA CHICA, ¿SERÁ SU NUEVO AMOR?

Al comentarlo, su madre no sale del asombro, le dice que no hay nada entre la muchacha y él.

Bonnie lo cree, pero le advierte que, si la revista llega a manos de Keyla, ella tal vez no quiera escuchar su versión.

Alexander le recuerda que no tiene por qué darle explicaciones, ya que entre ellos no existe ninguna relación.

Cuelga el teléfono dispuesto a darse una ducha, después de desayunar va a la calle a pasear a Magic y de paso compra la revista para leer las sandeces que el periodista ha escrito sobre su vida, al que piensa demandar por difamación. Una cosa es posar para la prensa rosa y cobrar por la exclusiva, y otra muy distinta que le hayan hecho fotos sin su consentimiento. Menos aún que hayan publicado algo que no es cierto.

Ese mismo día, en Zaragoza, Keyla se está preparando para salir a desayunar con Teresa. Aún le quedan unos días de vacaciones, pero pronto regresará a Escocia para seguir con su trabajo.

Todavía no ha decidido qué hacer respecto a Alexander, al que echa de menos cada vez más.

En su cumpleaños, él le envió un breve mensaje a su teléfono y se sintió un poco decepcionada, es cierto que ella misma pidió tiempo para aclarar sus ideas, aunque esperaba algo más de atención por su parte.

Celebró sus veintiséis años junto a sus padres, Mercedes, Eloy, Teresa, Daryl e incluso también con Bonnie y Diarmad que siguen su ruta por España alargando sus vacaciones en el país. Quiso invitarlos aprovechando su estancia, pero sintió un extraño vacío en su corazón, faltaba Alex a su lado.

Ese día fue muy especial, comieron todos juntos en un buen restaurante y recibió muchos regalos. Ninguno de ellos ha querido aconsejarle sobre su relación, prefieren mantenerse al margen de la pareja.

Cuando va caminando hacia donde ha quedado con su jefa, al pasar por un quiosco de prensa, ve varias revistas y una en concreto llama su atención.

Alexander es el protagonista de la portada y no está solo.

Sorprendida y nerviosa por lo que esa imagen puede significar, la compra para leer lo que hay publicado. Pasa las páginas de la revista con rapidez, necesita saber cuanto antes quién es la acompañante que lo besa.

El artículo no es muy extenso respecto a la información que hay de la pareja, no obstante, da a entender que, entre el guapo empresario, de una de las mejores destilerías de whisky de Escocia,

y la impresionante mujer, que no debe tener más de treinta y cinco años, hay alguna aventura sentimental.

Nunca ha sentido celos de nadie, pero ver al hombre que ama en compañía de otra mujer, la inquieta.

Al llegar al local, Teresa está sentada en una silla.

La observa asombrada cuando se sienta enfrente de ella. Se acerca la camarera y pide una caña de chocolate y una infusión para relajarse. Lo que menos necesita en estos momentos, es tomarse un café por lo agitada que está.

—Guapa, menuda cara tienes, estás pálida, ¿te pasa algo?

—Mira lo que he visto, compruébalo tú misma. —Le da la revista a Teresa que se ha quedado perpleja al ver la foto.

—Brujita, no te enfades que te veo muy alterada. Todo tendrá una explicación, seguro que no será lo que imaginas.

—Ah, ¿no? ¿Y según tú qué significa esta imagen? Porque yo no tengo dudas.

—Tranquilízate o te va a dar algo. Baja la voz porque el resto de clientes de la cafetería no tiene por qué saber de lo que estamos hablando.

—Me da igual si nos oyen, no importa que se enteren las personas que hay aquí, también aprenderán a no fiarse de ningún hombre que les declare su amor y luego apuñalen su espalda a la primera de cambio.

—Perdona, no todos son iguales, a mi Daryl ni lo menciones, además, estás sacando las cosas fuera de contexto. Recuerda que no hace mucho, también viste a Alexander posando con una modelo en una revista, aquel día te comentó que, si estaba tan bien acompañado, fue para promocionar su whisky en la prensa, esta vez será con ese mismo propósito.

—No lo discuto, es cierto que entre la modelo y él no había ninguna relación sentimental y como es lógico me creí la versión de Alex, pero si te fijas, esta foto es diferente de aquella. Han pillado desprevenidos a los dos y no sé qué puede significar.

—Te recuerdo que fuiste tú la que le pediste tiempo para aclarar tus ideas, es normal que salga a divertirse.

—Sé que te cae genial, pero recuerda que yo soy tu mejor amiga desde hace muchos años, no lo defiendas.

—Disculpa, entiendo que estés celosa, la chica es un auténtico bombón.

—Gracias por mencionarlo, no me había dado cuenta.

—No seas sarcástica, por lo que he leído en el artículo, el periodista insinúa que hay algo entre ellos, pero de todas maneras tendrás que preguntárselo a Alexander. No vale la pena que sufras sin motivo, ¿o es que acaso él no puede tener amigas?

—Por supuesto que sí, pero una amiga no lo besaría en la mejilla tan cerca de sus labios. Ponte en mi lugar, fíjate bien en la foto. Esa chica está dispuesta a conquistarlo, no hay más que verla desplegar sus armas de mujer.

—Eres muy desconfiada, la relación de pareja se basa en la mutua confianza, además, él no te va a esperar eternamente, al menos yo no lo haría. Tendrás que decidirte pronto y tomar una decisión, no puedes seguir dudando sobre vuestro futuro.

—Yo creo que la separación de mis padres, cuando cumplí los quince años, ha condicionado toda mi vida, lo asumo.

—Sigo diciéndote lo mismo de siempre, olvida lo que pasó y confía un poco más en las personas, sobre todo en los hombres. Alexander está demostrando que te quiere de verdad, no te culpo de lo que sucede, pero deberías reflexionar sobre ello.

—Tere, ¿crees que debería dejar mis miedos a un lado e intentar ser feliz junto al hombre que amo?

—Yo no puedo decidir por ti, pero debes reconocer que tiene derecho a rehacer su vida, le rompiste el corazón y es posible que haya decidido pasar página. Si fuera al contrario, ¿tú harías lo mismo, estarías dispuesta a esperar por él?

—No sé cómo actuaría si estuviera en su lugar, eso sí, intentaré que sufra lo menos posible, pronto le daré una respuesta. Simplemente le pedí tiempo para superar mi miedo a tener pareja, no me gustaría ser abandonada como le sucedió a mi padre.

—Eres muy testaruda, reconócelo. Te lo digo con cariño, amiga. La vida es arriesgada y va hacia adelante. Te he dicho muchas veces que te olvides de ese pasado que no te permite avanzar.

—Sí, pero es difícil hacerlo.

—Como bien sabes, yo también tengo un pasado, no me siento orgullosa de mi comportamiento en algunos aspectos, pero debe quedar atrás. Lo hecho, hecho está por más vueltas que le demos. No podemos cambiar lo que hicimos o dijimos en algún momento. En la vida, tendremos que tomar algunas decisiones que tal vez no sean las correctas, aunque sí las que nos harán madurar al convertirse en experiencias.

—Te has puesto muy seria dando el sermón. Por un momento me has recordado a mis padres, hablas como ellos. —Keyla suelta una carcajada.

—Vaya, pues tengo tu misma edad, no soy tan mayor. A ver, considéralo. Tu felicidad está en juego. No quiero hacerme pesada solo pretendo que me comprendas. Si Alexander ve que no deseas nada con él, comenzará una nueva relación, tenlo muy claro. Poco a poco se irá alejando de tu camino y lo perderás para siempre. Es comprensible que lo haga tarde o temprano. Siempre y cuando, claro está, sospeche que te es indiferente lo que pudiera haber entre vosotros.

—Debería respetar mi opinión, pero tampoco quiero hacerlo padecer. Mi intención ha sido venir a Zaragoza durante unos días para no tenerlo cerca de mí, a la vuelta pienso hablar con él sin tapujos. No esperaba que reaccionara así, verlo en la foto con otra mujer me ha dolido mucho.

—Es normal que te hayas disgustado. No le des más vueltas a lo que imaginas, no sabes si hay algo entre ellos. Intenta ser más valiente para tomar decisiones. Si lo amas tanto como dices, tendrás que decidir pronto qué vas a hacer respecto a lo vuestro.

—Tienes razón, el amor es coger de la mano a tu pareja. Crear magia en su vida para hacerle feliz y yo estoy haciendo todo lo contrario, estoy permitiendo que él se acerque a otra mujer y se aleje de mí.

—Veo que ya vas captando lo que significa esa palabra, aunque quieras negarlo, sé que en el fondo eres muy romántica. Alexander estuvo a tu lado cuando sufriste amnesia, no soltó tu mano durante esa etapa. Keyla, ¿qué otra prueba de amor necesitas que te demuestre?

—La última vez que nos vimos, después de hacer el amor, me preguntó a qué tenía miedo. Ahora ya lo veo con claridad.

—Pues no tardes en declararte, no seas tonta.

—Te prometo que en cuanto vuelva a Escocia, lo haré. —Mencionó con sinceridad.

Keyla y Teresa salen de la cafetería, la charla entre amigas siempre ha significado para ellas una buena terapia. Se conocen muy bien y no escatiman en darse consejos.

Desde que llegó a Zaragoza, después de estar varios meses fuera de casa, Keyla vio que la vida de sus seres queridos ha cambiado bastante desde que se fue.

Ha podido ver con sus propios ojos lo dichosos que son Daryl y su jefa. En cierta manera,

siente un poquito de envidia. El guapo inglés se adaptó enseguida a vivir en Zaragoza desde donde sigue dirigiendo su negocio del whisky a distancia.

Aparte, ejerce como médico en un prestigioso hospital de la ciudad. Los dos, comparten un pequeño piso en la capital, decorado con mucho gusto y al que no le falta ningún detalle.

Por otra parte, sus padres dejaron atrás por fin las desavenencias que tuvieron en el pasado y mantienen una buena relación.

De vez en cuando quedan con sus respectivas parejas para salir los cuatro a tomar algo. No les importa coincidir en casa de Keyla si van a visitarla, hay espacio para todos en el piso y no se sienten incómodos.

Durante su estancia en Zaragoza, se ha alojado en casa de su padre, pero también ha procurado estar varios días junto a su madre.

En cuanto a Taxis Vázquez, también ha notado un notable cambio desde que se marchó. Sigue en auge y cada día cuenta con más clientes que confían en sus fieles empleados, tanto en España como en Escocia.

En este último, Keyla ha logrado tener un excelente prestigio, los clientes están muy satisfechos con la taxista española que ofrece sus servicios de una manera intachable. En la empresa, mantienen un horario establecido y flexible que garantiza la puntualidad a cualquier destino que escoja el cliente. Se han comprometido a valorar a la gente que mantiene su confianza en ellos.

Keyla, por su parte, también suele tener en cuenta las normas establecidas que los dueños piden tener en cuenta a los trabajadores, antes de contratarlos. Aunque hay varias que son fundamentales, cuatro de las más importantes son:

1. Ser amable, correcto y respetuoso con el usuario.

2. Dar la bienvenida al cliente con simpatía. Atender sus peticiones respecto a sus preferencias mientras viaja en el taxi, como pueden ser: bajar el volumen de la radio, subir la temperatura del aire acondicionado, apagarlo, abrir o bajar la ventanilla del vehículo. En definitiva, hacer que el trayecto sea lo más cómodo posible para el usuario.

3. La honestidad es un valor fundamental para Taxis Vázquez, ante todo procuran ser fieles a sus clientes y empatizan con ellos. Si alguien se deja olvidado algún objeto en el coche, los taxistas deben comunicarlo a la empresa que en pocos minutos se encarga de avisar a las autoridades para que ese objeto sea devuelto a su dueño.

4. Valorarse como persona y profesional. No se debe permitir que ningún cliente humille ni intente cualquier tipo de agresión, tanto verbal como física, contra los empleados. Ante todo, son personas que trabajan honradamente. Sería inadmisible este tipo de comportamiento.

Keyla ha admitido en más de una ocasión, que se saltó una de las normas cuando Alexander subió a su taxi la primera vez.

Incluso una vez se lo refirió a él asegurando que tenía todo el derecho a haberse quejado de su comportamiento ante la empresa.

Finalmente, no fue el caso, ya que él, antes de conocerla mejor, aceptó que un mal día lo tiene cualquiera. No quiso tomar represalias contra la taxista de quien terminó enamorado.

Capítulo 14



El tiempo transcurre y el amor sigue intacto

Peebles, agosto de 2025

Sigo escribiendo en este diario y reconozco que hasta ahora me ha ido bastante bien.

Me sirve para desahogarme en estas páginas secretas que, cualquiera que las leyera, descubriría mis más profundos sentimientos.

Han pasado cuatro meses desde que vi aquella foto de portada de Alexander y su acompañante femenina.

Posaban sonrientes para una revista internacional y mi reacción a esas imágenes fue digna de cine.

Mi malhumor de entonces no pasó desapercibido para nadie de mi entorno más cercano. Yo estaba insoportable, lo reconozco, discutía con

ellos por cualquier tontería.

Los celos por mi inseguridad se hicieron visibles para mi familia que demostraron tener mucha paciencia conmigo, por esa razón quise marcharme cuanto antes de Zaragoza cuando estuve allí meses atrás.

Entre otras cosas que no vienen al caso, tampoco soportaba que mis padres me recriminaran mi actitud hacia Alexander.

Estaban un poco pesados con el tema.

Aún no comprenden que no estemos juntos si nos amamos tanto como decimos.

Tienen la percepción, de que él y yo estamos perdiendo un tiempo valioso al seguir separados.

No pueden evitar entrometerse y ese hecho me incomoda.

Visto lo visto, he optado por no explicarles demasiado respecto a lo que hago, tampoco con quién suelo salir para tomar unas cervezas.

En todos estos meses que llevo viviendo sola en Escocia, he aprendido a conocerme mejor, intento no ser tan dependiente de mi familia.

Aprendí a callar y no contar todo acerca de mi vida.

Por fin me he dado cuenta de que en Zaragoza dejé una parte de Keyla, la inmadura muchacha que vivía sola con su padre y estaba acostumbrada a tenerlo todo a punto.

La comida siempre estaba hecha cuando yo llegaba de trabajar. Papá se encargaba tanto de la cocina, como de tener siempre toda nuestra ropa limpia y planchada.

De la limpieza de la casa nos encargamos los dos durante el fin de semana, así como también de la compra.

En resumen, la mimada taxista que viajó a Peebles, dispuesta a ganar el suficiente dinero con la intención de comprar un piso de propiedad, se «quedó» en Zaragoza.

Hoy puedo decir con orgullo, que soy otra nueva mujer, diferente a la de entonces. Con mi esfuerzo y mi trabajo, estoy ahorrando bastante dinero que me permitirá comprar un modesto piso, sea en España o en Escocia, ya lo decidiré.

De vez en cuando, es ideal sentarnos a reflexionar sobre hacia dónde queremos ir en el futuro. Sin imposiciones. Me siento libre, segura de mí

misma.

Ser independiente, me ha ido de maravilla a nivel personal.

Admito que, en la vida, no se trata solamente de intentar hacer felices a los demás, sino también procurar ser nosotros.

A solas en casa, pienso a todas horas en Alex, el único hombre que he amado y quiero con toda mi alma.

Cuando volví hace meses de Zaragoza, por entonces le prometí a Teresa que hablaría con él acerca de mis sentimientos, pero no me vi capaz.

Quise seguir manteniendo las distancias y a día de hoy, aún no le he dado la respuesta que se merece.

Cualquiera puede pensar que mi comportamiento es de una chica malcriada y caprichosa, aunque yo no me veo así.

Quiero hacer las cosas con calma.

Hace meses que no nos vemos Alex y yo, procuro evitar cruzarme con él.

Respeta mi decisión de haberle pedido tiempo para reflexionar sobre nuestro futuro juntos y se lo agradezco, aunque pueda parecer que mi comportamiento es egoísta. Creo que ya llegó la hora de avanzar en nuestra relación, sé que solo depende de mí.

Anteayer recibí una carta suya, junto con un ramo de tulipanes rojos que me dejó un mensajero, me hizo mucha ilusión, me sentí halagada por el detalle.

Pienso que, para regalar flores, no hace falta que haya un motivo en concreto, cualquier día es especial.

Suelo interesarme mucho por el significado del color de las flores y lo que simbolizan.

Leo la carta una y otra vez, hoy es sábado, tengo el día libre, y vuelvo a emocionarme con esas letras.

Cuando la abrí, mis lágrimas no tardaron en aparecer, estas fueron sus palabras:

«Hola, Keyla, supongo que te sorprenderá que te escriba estas líneas, ya que llevamos algún tiempo sin relacionarnos.

Preferiría verte y charlar contigo, aunque respeto tu opinión, ya lo sabes, que conste que es difícil mantener las distancias.

Te aseguro que, si estuvieras delante de mí, tendría que reprimir el deseo de besarte, sería imposible contener mis impulsos.

Sé qué mantenemos las distancias y seguirá siendo así hasta que admitas que merecemos vivir una apasionada historia como alguna que otra que solíamos ver en las películas de ficción románticas y te emocionaban tanto.

Es complicado para mí el hecho de tener que reprimirme cada vez que te veo por la calle, si coincidimos en algún lugar, con un simple hola no me basta.

Quiero amanecer cada día contigo en la misma cama. Prepararte el desayuno. Tener pequeñas discusiones a causa de nuestras diferencias como una pareja normal y corriente. Me gustaría abrazarte, darte todos los besos que mereces.

Pondría el mundo a tus pies si me dejaras, porque así te considero, mi mundo, el rayo de sol en Escocia que ilumina cada uno de mis días oscuros.

Quizás mis palabras te resulten demasiado cursis, pero es lo que siento.

Soy consciente que de momento no es probable que cambie nuestra situación, han pasado algunos meses desde que estuvimos juntos.

Estoy dispuesto a esperar por ti el tiempo que sea necesario si de ello depende nuestra felicidad.

Sé que me amas tanto como yo a ti, lo leo en tus expresivos ojos que te delatan, igual que los míos al mirarte.

Poco a poco te voy conociendo un poco más. Voy descubriendo a una mujer increíble. Intentas no ocultar tus sentimientos y afrontar tus miedos con valentía, te admiro.

En esta etapa de mi vida, tengo muy claro con quién quiero estar en el futuro.

Eres la chica con la que siempre he soñado, mi alma gemela que pone pasión en todo lo que hace. Nos compenetramos a la perfección, ambos tenemos sentido del humor, nuestra vida en común no sería nada aburrida, estoy seguro.

Por otro lado, no pretendo que haya malentendidos entre nosotros, me gustaría aclarar algo antes de que sigas pensando cosas que no son. Verás,

ha llegado a mis oídos que hace meses viste la portada de aquella revista del corazón. Por lo visto creíste que entre Penélope y yo, que así se llama mi buena amiga, hay algo más que amistad. Es lógico que lo pensaras, pero te equivocas. No quiero que haya confusiones erróneas ni celos infundados. Sería un idiota si dejara escapar a una mujer con incontables virtudes como tú y no me considero como tal, estamos hechos el uno para el otro, ¿aún no te has dado cuenta, mi amor?

Keyla Cárpena, en un futuro, espero poder demostrarte cada día de tu vida lo mucho que te amo».

Al leer estas líneas, no tardé ni dos minutos en enviarle un mensaje para darle las gracias por las flores.

Decidí ignorar las letras con las que me declaró su amor una vez más y no las mencioné. No sabía qué escribirle, pues me quedé muy sorprendida por todo.

Alexander me ha demostrado que no se rinde, que lucha por mí. Su respuesta a mis sinceras palabras de agradecimiento fue contestarle con la cita de un libro que me dejó muy pensativa, él ya me había hablado varias veces del libro *Escritos de un Hada* que, por cierto, leí hace poco.

La cita dice así: «Un día cualquiera, sentirás un extraño vacío en tu interior, es añoranza de querer tener cerca a quien realmente echas de menos».

Esa sensación de vacío es lo que estoy sintiendo yo, me falta él, es tan necesario para mí como el aire que respiro.

Mi escocés ha entrado galopando en su caballo por las tierras de mi solitario castillo de princesa, sin previo aviso. Ha descubierto la llave perfecta, indicada para abrir la complicada cerradura de mi sensible corazón, que temía ser herido de gravedad.

Hasta ahora, nadie más se atrevió a rescatarme ni a ayudarme a superar mis miedos. Me gusta saber que está decidido a quedarse para siempre.

Creo que he encontrado al príncipe azul de cuentos de hadas que siempre soñé y pensé que no existía, en realidad, nadie es perfecto, pero nuestra imaginación, puede verlo como tal. Él pretende serlo, siendo auténtico y honesto conmigo.

Cuando lo necesité, estuvo cuidándome y preocupándose por mí, por esa

razón sé que es el hombre indicado.

Todo lo que hizo durante aquellos días, fue una gran prueba de amor. Una de esas con las que el destino te sorprende sin esperarlo. No sé si lo nuestro durará toda la vida, el tiempo lo dirá.

Estoy dispuesta a vivir el presente sin preocuparme por el futuro ni por el pasado que se queda atrás. He estado tan ciega, que no vi que tengo la felicidad al alcance de mi mano. Comprendí que toda mi vida he estado equivocada respecto al amor.

La separación de mis padres se quedó anclada en mi memoria. Reconozco que, con solo quince años, vivir esa experiencia me dejó alguna huella que inconscientemente me ha afectado.

Los días que estuvieron cuidándome en casa, después del accidente en el que perdí la memoria, hablamos mucho, ellos y yo, sobre su ruptura matrimonial. Intentaron hacerme comprender que en algunas ocasiones el amor se termina. Cuando sucede en algunas parejas, el paso siguiente es procurar mantener una amistad para no sufrir demasiado con frecuentes discusiones y reproches que no conducen a nada. Mis padres mencionaron que se debería ser consciente de cuando se termina, ya que sucede de forma inevitable.

En el fondo, sé que tomaron la decisión correcta al divorciarse, nadie puede obligar a su pareja a sentir lo mismo hacia él, lo admito y sé que lo he superado.

Mi padre no se equivocó cuando afirmó que un día iba a encontrar al chico ideal, cada vez que me lo dijo, lo negué con firmeza, convencida de que se equivocaba. Quién me iba a decir a mí que tendría que cerrar mis labios y admitir su premonición, era demasiado evidente que, tarde o temprano, caería en las redes del amor siendo una romántica empedernida. La vida te da sorpresas, yo precisamente soy una de las sorprendidas. Estoy bastante impresionada por todo lo que acontece.

Por lo visto, conocer a Alex estaba predestinado, aunque al conocernos ninguno de nosotros nos soportamos.

Creo en el destino y sé que todo sucede por alguna razón.



Keyla cierra su diario, está muy emocionada y tiene lágrimas en los ojos. Envía una breve frase al teléfono del joven, pidiéndole que esa misma tarde acuda a las siete a su casa para hablar con él.

Alexander se ha quedado perplejo al recibir el mensaje. A los dos segundos de leerlo, le ha confirmado a Keyla que acudirá a la cita. Por un lado, está deseando escucharla para saber qué quiere decir, pero, por otro, teme que lo rechace. Si es lo segundo, lo aceptará con resignación. Es un hombre comprensivo. Hace meses que espera una respuesta a su declaración de amor y está deseando oírla. Han sido días bastante difíciles para él, su pensamiento iba en dirección a la mujer que ama, para distraerse ha procurado centrarse en el trabajo.

Antes de ir a casa de Keyla, conduce su coche y va a comprar para ella un ramo de rosas azules de una exclusiva floristería de Edimburgo. Desde que leyó un relato sobre esas flores, en el libro que regaló a su madre, las estuvo buscando por toda la ciudad hasta que por fin pudo encontrarlas. Está nervioso, le sudan las manos. Sabe que su futuro con la taxista depende de ese encuentro.

—Hola, abre, soy Alexander —anuncia al picar el timbre de la puerta de acceso a la finca. Al entrar, la saluda con dos besos en las mejillas y le da el ramo de rosas que ella coge con sorpresa. Nunca había visto unas flores tan llamativas. Da las gracias, lo invita a pasar. Él se quita la chaqueta y la cuelga en el perchero del recibidor, continúa inquieto. No sabe qué hacer ni qué decir para no meter la pata. Ella abre una botella de champán, le ofrece una copa mientras coge la suya, se sientan en el sillón.

—Brindemos por tu paciencia, por tu amor incondicional y tu apoyo.

Acerca la copa a la de su invitado que guarda silencio sin saber qué decir hasta que comenta:

—Keyla, no es necesario que brindemos por mí, yo quiero hacerlo por ti.

—Por favor, no me interrumpas, déjame terminar. He sido tan tonta, que he dejado pasar un tiempo precioso sin aprovecharlo a tu lado. —Se levanta y se sienta en las rodillas de Alexander. Mirándolo a los ojos, observa sus llamativos labios con deseo, humedece los suyos con la lengua.

—Te ruego que no me hagas sufrir más, Keyla. Dime lo que tengas que decir porque no respondo de mí. Siento unas enormes ganas de besarte y un deseo irrefrenable de hacerte el amor. —Su tono de voz suplicante, así como la erección que ha notado en el hombre que ama, excita aún más a la taxista que quiere seguir deleitándose con ese gran momento antes de declararse.

—Mi escocés favorito está nervioso y no veo porqué. Te amo, soplagaitas, te amo como jamás imaginé que podría amar a un hombre. He sido una idiota, lo sé, pero quiero compensarte por

todo lo que te he hecho sufrir. Quiero que vuelvas a mi vida para mirar hacia adelante cogidos de la mano. Perdóname por el daño que te hice. —Sus palabras son de arrepentimiento, sus ojos brillan de emoción. Las lágrimas nublan sus preciosos ojos.

—¿Cómo puedes pedirme perdón? No tengo nada que reprocharte, necesitabas reflexionar durante un tiempo, es comprensible. En parte entiendo que te diera miedo comenzar una relación debido a la separación de tus padres, pero celebro que lo hayas dejado atrás. Nunca he dudado de tu amor, aunque confieso que no sabía qué me ibas a contestar. El miedo a veces nos frena en muchas situaciones. —De pronto, Alexander saca del bolsillo de su pantalón una caja pequeña de color rojo. Se levanta del sillón, la invita a hacer lo mismo mientras él posa su rodilla en el suelo. Abre la caja, ella se queda muy sorprendida al ver que, en el interior, hay una preciosa sortija de oro blanco y diamantes—. Keyla Cárpena, hoy he traído este anillo para ti sin saber qué ibas a responder a la propuesta que te hice meses atrás. Sigo diciendo que eres mi rayo de sol, ¿quieres casarte conmigo? —pregunta emocionado.

—Alexander McMoray, sí, acepto ser tu mujer. Toda mi vida he soñado contigo aun sin conocerte. En mis sueños, veía un jinete cabalgando en su caballo que me salvaba de cualquier obstáculo, tal como has hecho tú desde que nos conocimos.

—En estos momentos, soy el hombre más feliz del mundo. —Coge la mano de la taxista y le pone la alianza en su dedo antes de besar sus labios con deseo.

—Es una joya preciosa, Alex, no la merezco.

—Con este mismo anillo, mi abuelo materno le pidió matrimonio a mi abuela. Al fallecer, me lo entregó mi madre por deseo expreso de ella. Bonnie me refirió, que siempre quiso que yo, su único nieto, me casara por amor.

—Tuvo que ser una mujer maravillosa, igual que tu madre. Me enorgullece llevar la misma alianza que ella, por cierto, es de mi medida. Estoy segura de que aprobaría nuestro matrimonio.

—Así es, fue una mujer de carácter, aunque muy romántica, igual que mi madre. Creía en el amor, pensaba que este sentimiento es el que hace girar al mundo. Pero bueno, dejemos el tema de los familiares y sigamos con lo nuestro, ¿por dónde íbamos? —pregunta Alexander atrayéndola hacia él.

—No sé, me parece que teníamos algo pendiente. —responde ella coqueteando. Sobran las palabras cuando, en algunos instantes, se pretende tener contacto corporal con la persona que amas. No puede ni quiere reprimir sus sentimientos. Desea a ese hombre, necesita rozar su piel mientras recibe sus caricias en cada centímetro del cuerpo. La cena la dejan para más tarde, su sed y su apetito, son de otro nivel. Se besan con pasión, hacen el amor alcanzando juntos el clímax. Ella se apoyaba en el pecho de su prometido mientras él acariciaba su cabello.

—No imaginas cuánto te quiero. Quién me iba a decir hace meses, que la taxista engreída que conocí en Zaragoza me iba a llevar al altar.

—A ver, un momento, ¿quién ha dicho que nos vamos a casar por la iglesia? —pregunta muy seria, aunque bromeando con él. Una vez comentó que le gusta asistir a las bodas escocesas. De hecho, él siempre imaginó que, si se casaba algún día, celebraría un enlace tradicional tal como hicieron sus antepasados.

—Haremos lo que tú digas, da igual si celebramos una boda civil o presbiteriana. Si nos casamos en alta mar o en mi avión privado mientras volamos por Escocia. Lo importante es que formaremos una familia —dice esas palabras tan convencido, que Keyla decide ser sincera y dejar de bromear con él.

—Alex, quiero casarme contigo como siempre soñaste, siguiendo las tradiciones de tu clan. Antes estaba de coña, no me importaría casarme en Escocia. Adoro tu tierra y su gente, los

verdes paisajes contrastando con el profundo mar. Antes de cenar, quiero enseñarte una cosa. —Se levanta de la cama y va hacia el tocador. En el primer cajón, esconde su diario íntimo, quiere que Alexander sepa dónde ha ido expresando sus sentimientos más profundos. Pretende que no haya secretos entre ellos, el chico se sorprende al verlo. Ella le pide que lo lea, en cambio, él no está de acuerdo. Siente que invade su intimidad al descubrir las líneas del diario de su prometida.

Finalmente, acepta por la insistencia de la taxista. A medida que va leyendo el diario, de vez en cuando la mira con pasión, besando su frente con ternura. Cuando llega a la última página escrita, devuelve el diario a su dueña.

—Mi amor, ¿por qué no me dijiste antes lo que sentías por mí? Nos hubiéramos ahorrado algunos disgustos.

—Tenía miedo de que me abandonaras, siento mucho haber desconfiado de ti. Por fin me di cuenta de que, si deseas alcanzar tus metas, debes poner todo tu empeño en conseguirlo, confío en ti plenamente. No sé si nuestra vida en común será como un cuento de hadas. Si escribiremos el «vivieron felices para siempre», pero me he propuesto vivir el presente sin pensar en el futuro.

—Gracias por abrirme tu corazón, puedes estar tranquila, nunca me alejaré de tu lado, eres muy valiosa para mí.

—Se me está ocurriendo una idea, ¿qué te parece si escribimos juntos el final de este diario?

—¿No te apetece seguir haciéndolo tú, cómo hasta ahora? Es tuyo y te toca decidir.

—Me hace ilusión que lo terminemos juntos. Reconozco que me vino muy bien escribir en estas páginas, pero mi intención no es continuar.

—Te agradezco que cuentes conmigo para esto, aunque lo suyo es que tú misma, si así lo deseas, pongas la palabra «Fin».

—De acuerdo, pues mañana mismo lo hago. Ahora, vamos a vestirnos para cenar. Tengo un hambre voraz y he preparado una cena muy rica, modestia aparte.

Una vez en el comedor, Keyla enciende dos velas perfumadas, coge una botella de vino de la nevera y se la ofrece a Alexander para que la abra con el sacacorchos. Mientras se calienta la cena en el fuego, se dedican miradas de complicidad que reflejan el amor que hay entre ellos. Después de cenar, a la luz de las velas, bailan un tema romántico en el salón. La música es un regalo para sus oídos.

—Estoy deseando informar a mis padres de nuestro compromiso, pronto serás la señora MCMoray.

—Son maravillosos, tu madre me cayó muy bien nada más conocerla, se alegrará de la noticia. Tú y yo tenemos muchos preparativos que organizar para la boda. Le pediré ayuda tanto a ella como a mis padres, seguro que no pondrán ningún obstáculo.

—Qué va, si tanto los tuyos como los míos, estarán deseando saber que nos casamos. Yo no sé lo que ha hecho tu madre en todo este tiempo que hemos estado separados, pero la mía, de vez en cuando, me ha soltado alguna indirecta.

—Supongo que las dos han sido muy perseverantes, eso sin mencionar a Teresa. Ha llegado al extremo de hacerme sentir culpable por no solucionar lo nuestro.

—Las mujeres sois incansables, la mayoría lucháis por lo que queréis, os admiro. En parte, les doy las gracias a las tres, sé que mi madre no te sacó el tema en ningún momento, pero Alicia y Teresa imagino que son más persuasivas.

—Créeme cuando te digo que me han estado presionando para que hablara contigo cuanto antes. Admito que, al ver la portada de esa revista, me puse celosa de Penélope.

—No sé por qué, intenté no darte motivos. Solo tengo ganas de ti, ¿aún no eres consciente?

La coge en brazos y la lleva a la cama mientras la besa. Sus lenguas entrelazadas impulsan a la pareja a dejarse llevar por el deseo que arde en su interior. Son dos amantes que se quieren con toda su alma, el destino los ha unido y no renunciarán a su historia de amor.

A la mañana siguiente, él se marcha a trabajar muy temprano, procurando no despertarla, ya que sigue dormida. Cuando ella se despierta, alarga su brazo para acariciar a su prometido. En ese momento, recuerda que comentó que debía ir a la empresa por un asunto urgente, aunque no tardaría en volver. Se levanta de la cama para desayunar, mientras toma una taza de café con leche en la cocina, escribe en su diario.

Hoy es un día como tantos otros en el que el mundo sigue girando alrededor del sol, aunque es muy especial para mí.

Se acabó.

He decidido dejar de escribir en estas páginas. Este diario me ha servido para desahogarme. Creo que ya no hace falta seguir negando lo evidente. Amo a Alexander, confío en él.

Estoy segura de que nunca me romperá el corazón, y si lo hiciera en un futuro, no pienso hundirme.

La misma vida es un riesgo constante en la que debes enfrentarte a todo lo que depara. En la mano de cada uno, está la clave para afrontarla con entereza.

Desde que cumplí los quince años, he vivido traumatizada por la separación de mis padres, gracias a eso, ha faltado muy poco para que se esfume mi felicidad y sé que, si hubiera dejado ir a Alex, no me lo habría perdonado en un futuro.

Lo curioso es que hace meses admití que debía mirar hacia adelante e ignorar lo que sucedió entre mis progenitores, pero tomé la decisión equivocada, también se aprende de los errores.

Me costó mucho aceptar que el amor puede terminar de un momento a otro, como fue en su caso.

Tienen derecho a vivir su propia vida, la única que tenemos, al fin y al cabo.

Nadie dijo que el amor deba ser para siempre, comprendí que, en el caso de algunas parejas, llega a su fin.

Me hago varias preguntas acerca de este profundo sentimiento que me negué a admitir, una en concreto me tiene bastante alucinada.

¿Cuál es el secreto de los matrimonios que llegan a cumplir cincuenta años de casados?

No digo que entre ellos haya la misma pasión que cuando eran jóvenes, pero siguen juntos después de haber salvado algunos baches en su vida.

No me extraña que lo celebren por todo lo alto, es como debe ser. Esas personas suelen decir que, si tienen algo que discutir, lo hacen como cualquier pareja, pero siempre priorizan al otro, lo cierto es que son dignos de admirar.

A mí también me gustaría alcanzar la tercera edad junto a mi amado escocés.

Soy muy tradicional en ese aspecto, valoro mucho a la familia.

De aquí a unos años, me gustaría soplar las velas de la tarta, por nuestro aniversario de boda, con el número cincuenta para brindar los dos con champán por los años cumplidos en los que permanezcamos unidos, con arrugas en la piel.

Él cogió mi mano tan fuertemente, que mis cinco dedos quedaron atrapados entre los suyos.

Cuando yo estuve a punto de caer al vacío a causa del accidente que lo cambió todo, Alexander lo evitó.

Hoy, puedo decir en voz alta que la herida del pasado cicatrizó.

No necesito seguir anotando en estas líneas el miedo que he sentido a ser abandonada por ningún hombre.

Sé que no dependo de nadie en esta vida, excepto de mí misma. Comprendí que soy la única responsable de mi propia felicidad. La autoconfianza es esencial para conocernos mejor a nosotros mismos.

He madurado, se acabaron las dudas.

La taxista de Edimburgo ha llegado a su más importante destino, al corazón de mi escocés.

Escribo un punto final a esta historia plasmada entre las páginas de mi diario, que conservaré como recuerdo. En adelante, solo me preocuparé de ser feliz junto a mi prometido. He encontrado en Escocia a mi alma gemela, el hombre que ha logrado derribar la gigantesca barrera que me impedía disfrutar plenamente del verdadero amor. Me siento una privilegiada.

Fin

Epílogo

Han pasado dos años desde que la boda de Keyla y Alexander se celebrara en Edimburgo.

Fue una boda íntima, prebisteriana, al estilo tradicional.

Él llevaba puesto el kilt escocés, igual que los hombres invitados por petición de la novia.

Ella lucía un vestido blanco con escote palabra de honor, de pedrería en la parte superior, ceñido a su cuerpo.

No faltaron los buenos amigos de uno y otro en el enlace. El padrino fue Braden, el mejor amigo de Alexander, también escocés, que hizo un bonito discurso sobre los novios en la sala de celebraciones. Por supuesto, también asistieron los padres de ambos junto a su respectiva pareja, en el caso de los padres de Keyla.

Al final de la ceremonia, un chico tocó un tema romántico con la gaita escocesa. Más tarde, todos celebraron el banquete en el SaLuMa, los invitados comieron suculentos platos de cocina española, en honor a la novia que adora su país.

La pareja continúa manteniendo una buena amistad con Santiago y Lucas. Tras casarse, ella se mudó al apartamento que su marido tiene en Peebles, aunque meses después, decidieron alquilarlo. Keyla se quedó embarazada y quisieron trasladarse a una vivienda más espaciosa antes de que naciera su bebé. Entre los dos, compraron una bonita casa con jardín en el mismo condado al que estaban acostumbrados a vivir y donde Magic podía correr libremente.

A ella no le importó quedarse a vivir en Peebles cuando su marido se lo propuso. Debido a su negocio de whisky, prefería estar cerca de la empresa para dirigirla personalmente. Ella aceptó su petición y más sabiendo que sus padres también iban a residir en Escocia para compartir bonitos momentos junto a su única hija, a la que adoran.

A los nueve meses de contraer matrimonio, Alexander y Keyla fueron padres de una hermosa niña a la que llamaron Meribeth que hizo muy felices tanto a los padres como a sus abuelos.

Daryl y Teresa fueron los padrinos de la pequeña y a su vez, Alexander y Keyla también bautizaron en la iglesia a Calvin, el hijo que ambos tuvieron y al que educan en España, donde residen. El niño es solo un par de meses más pequeño que Meribeth.

La taxista de Edimburgo sigue ejerciendo como tal, trabajando a media jornada para poder cuidar de su hija mientras sea pequeña. Tarea que compagina con Alexander para no dejar de disfrutar, ni un minuto, de la increíble aventura de ser padres junto a su preciosa Meribeth McMoray.

En un futuro, Meribeth y Calvin también tendrán su propia historia. Oirás hablar de ellos más adelante.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi marido e hijos por su gran apoyo, así como por compartir conmigo la ilusión. Ellos son mis mejores fans, los adoro. Mi vocación es escribir, aunque en particular mis dos chicos son quienes se encargan de la publicación de todas mis novelas, así como de otros detalles de las mismas.

Gracias a mi hermana, que también espera entusiasmada, junto a su familia, mi nueva obra.

No quiero olvidarme de Sandra García, mi genial correctora. Gracias a ella que me ha ayudado a que esta novela llegue a vuestras manos. Es una gran profesional a la que aplaudo.

Gracias a los seguidores de redes sociales, tanto autores y lectores que me envían su cariño y me animan a seguir adelante, les doy las gracias por su apoyo.

Algunos escritores son grandes compañeros de letras, a los que admiro. Los nombraría a todos, sin embargo, ellos ya saben quiénes son mis preferidos.

Por último, gracias a ti, que has llegado a esta página. Deseo que te haya gustado mi nueva novela, recuerda que para mí es muy importante conocer tu opinión.

Si quieres estar al día de todas mis novedades, sígueme en mis redes sociales.

Instagram: @escritosdeunhada

Facebook: Toñi García (Escritos de un hada)

Biografía



ANTONIA GARCÍA LOZANO, Toñi, es una escritora barcelonesa de nacimiento y de sangre andaluza pues sus padres eran de Granada. En la actualidad, está casada y tiene dos hijos, la familia siempre ha sido su mayor prioridad.

Amante desde bien pequeña de las letras y de todo lo que las rodea, se inició en el mundo de la escritura en 2020, con su primera novela "Dos corazones y una vida" en la que la autora nos relata una historia de amor basada e inspirada en la misma que vivieron sus adorados padres.

Tal como ella se define, es una autora vocacional que disfruta escribiendo. Tal es así que la escritora ha ido realizando distintos proyectos para todos los públicos.

En 2021, dando rienda suelta a su imaginación, Toñi nos presentaba su primera novela fantástica "El mágico cuento de Amicitia", con la que viajamos a un mágico planeta paralelo a la Tierra que no esconde más que sorpresas y encanto. Un año más tarde se publicaba "Los mundos de Ágada", ofreciéndonos así la que es, por ahora, la maravillosa bilogía Amicitia.

El mismo año 2022, publicó su primer cuento dirigido al público infantil, "La nave de los sueños", con el que anima a niños de entre 10 y 12 años a luchar por sus objetivos, tal como nos muestra a través de su imperfecta protagonista, Anais.

Toñi ha ido cambiando de género en sus novelas, aunque cada una la ha escrito con la misma ilusión. Su quinta obra, Escritos de un hada, publicada en 2023, es una bella recopilación de relatos y pensamientos que nos invita a leer, poquito a poco, lo que viene siendo tanto la vida de Toñi, como la tuya y la mía.

La sexta, publicada en 2024, es una novela romántica en la que el amor no es de color rosa. La Taxista de Edimburgo, perteneciente a la serie EUROPA IN LOVE**.**

Otros libros de la autora



-Dos corazones y una vida
-El Mágico Cuento de Amicitia
-Los Mundos de Ágada
-La Nave de los Sueños
-Escritos de un Hada

CONSÍGUELOS AQUÍ